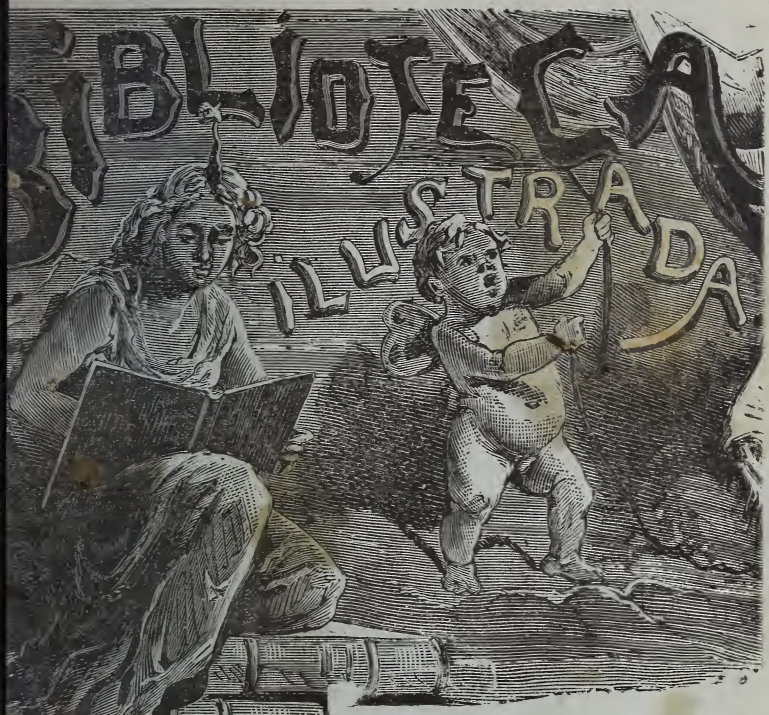
PQ
6570
.T3B7

SHOUT
SHARE
IT

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800



BODAS REALES.

POR

D. TORCUATO TÁRRAGO.

PRECIO: 4 REALES.

Administracion:
Calle del Meson de Paredes, núm. 100.
MADRID.

MANUEL MARTINEZ, EDITOR

BODAS REALES

DURAN. LIBRERO
MADRID.

Esta obra es propiedad de don Manuel Martinez, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. de la *Biblioteca Ilustrada*, Meson de Paredes, núm. 100.

CÁRLOS II.

BIBLIOTECA ILUSTRADA

BODAS REALES

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. TORCUATO TÁRRAGO

35
Jb

MADRID

—

MANUEL MARTINEZ, EDITOR

1875

PQ6570
.T3B7

BODAS REALES.

I.

El retrato de S. M. la reina

Fecundo fué el año de 1679 en acontecimientos agradables para España.

Principiaba el reinado de Cárlos II, despues de los desórdenes de la regencia y de los desastres del Franco-Condado, y todos abrigaban la esperanza de dias prósperos y felices.

El 10 de Enero de aquel año la *Gaceta de Madrid* participaba la llegada del baron de Sabelton, nuestro ministro plenipotenciario en el Congreso de Nimega, el cual era portador del tratado de paz que acababa de verificarse entre la casa de Austria y la casa de Borbon.

Por este motivo hubo iluminaciones, repique de campanas y el rey fué á Nuestra Señora de Ato-

cha á dar gracias por la conclusion de la guerra.

Contaba á la sazon Cárlos II diez y ocho años y ya entonces tenía el tipo melancólico y la pálida é interesante fisonomía que Carreño y el segundo Coello supieron trasladar al lienzo para darnos una idea del último y desdichado descendiente de Cárlos V.

Los médicos de la córte y los Consejos de Castilla y Aragon habian tomado por su cuenta fortalecer la débil organizacion del rey y todos los dias tenía éste escuela de equitacion por la mañana y cacería por la tarde en el Pardo.

Habia dos partidos entre los palaciegos.

Los que tenían algo que agradecer á la regencia y que iban á buscar inspiraciones al palacio del Buen Retiro, donde vivia la reina madre, deseaban que el rey hiciese una vida más devota; los que esperaban algo de la monarquía y del porvenir, pretendian sustraer á don Cárlos á la influencia de la *córte negra*, como se llamaba la de doña Mariana de Austria, deseosos de hacer de él un rey digno y valiente.

Para conseguir que éste no encontrase grandes dificultades al principio de su reinado, se pensó en casarlo. ¿Con quién? El tratado de Nimega, abria las puertas para verificar una boda que estableciese en lo futuro la paz entre españoles y franceses, y con el objeto de llevarla á cabo, se dieron las instrucciones más convenientes á nuestro embaja-

dor en París, el excelentísimo señor marqués de los Balbases de Spínola y Colonna, para que obrase en este sentido, invistiéndole al efecto con los más ámplios poderes.

Tal arte se dió el referido marqués de los Balbases para buscar una princesa de la casa de Borbon, que el 18 de Julio de 1679 publicaba la *Gaceta* la noticia de haberse ajustado el casamiento de su magestad el rey don Cárlos II con la serenísima *Madamosela* de Orleans, doña María Luisa, prima hermana de S. M. cristianísima Luis XIV de Francia.

Los regocijos públicos fueron con este motivo dignos del pueblo español.

El 25 de Agosto se celebró en la capilla real la fiesta de San Luis, y con ella la de los dias de la reina, en razon á que los desposorios reales debian tener lugar en Fontainebleau el 31 del mismo mes, mediante los poderes que S. M. Católica habia otorgado á su embajador, el marqués de los Balbases. Despues de la misa hubo besamanos, y terminado éste, el rey se retiró á sus habitaciones.

Era el momento en que segun el ceremonial de la casa de Austria debia presentarse á S. M. el retrato de su prometida, y la córte en masa, entre la que descollaban los duques de Osuna y Uceda, los marqueses de Alcañices, Leyra, Cogolludo y Priego, y los condes de Altamira y Lemus; se dirigió á la cámara para ver la imágen de la reina, magistralmente pintada por Le Brun.

El rey estaba vivamente agitado. Tímido por naturaleza, experimentaba en el fondo de su corazon esa vaga inquietud de la inexperiencia que es la precursora del deseo de un amor nuevo é inmaculado. Para él, ver el retrato de su futura esposa, era como verla á ella misma, y temblaba. Sin embargo, una curiosidad voluptuosa le hacia sentir de antemano el que María Luisa de Orleans no tuviera aquella suma de belleza de que aduladores contínuos habian hablado con gran entusiasmo, y este sentimiento se traducia en la inquietud de su mirada y en el ligero color de púrpura que sombreaba sus megillas.

El retrato se hallaba en medio de la cámara cubierto con un rico velo de raso carmesí bordado de estrellas de oro, y á los lados de él, como centinelas de honor, dos de los principales jóvenes de la nobleza castellana, que estaban al inmediato servicio de S. M.

Estos jóvenes eran don Fernando de Toledo y don Francisco de Córdoba, sobrino el primero del duque del Infantado y hermano el segundo del marqués de Priego. Vestian el uniforme blanco de guardias españolas, y llevaban sobre los hombros las insignias de capitanes, destinos que equivalian á una coronelía en los tércios viejos de Castilla.

Cuando el rey llegó ante el retrato, y todos los que tenian derecho á acompañarle, formaron un semicírculo detrás de S. M.; el mayordomo mayor

de palacio descorrió el velo de raso carmesí, quedando de manifiesto la imágen de S. M. la reina que fué saludada con entusiastas aclamaciones.

En honor de la verdad la reina no era hermosa, ni bonita siquiera, dadas las condiciones relativas con que es considerada la belleza en todos los tiempos. Su cuerpo era elegante y esbelto, pero su brazo, algun tanto delgado, no revelaba esa redondez de formas de que Rubens ha sabido abusar en demasía. El semblante era noble, y en todo él habia un sello de bondad que encantaba. No era ovalado; se distinguia como los de los príncipes de la casa de Borbon, por el lábio inferior un poco grueso y la nariz algun tanto prominente, pero la dulce modestia de una mirada tranquila y virginal, la frente casta, las megillas pálidas, el cútis suave y terso, embellecian de tal modo á aquella princesa real, que Cárlos II sintió que toda su sangre se agolpaba con violencia al corazon, mientras que experimentaba en su rostro como picaduras de alfileres á causa de una emocion profunda que no le era posible contener.

Ni una palabra dijo S. M., y la córte guardó profundo silencio por exigirlo así la etiqueta. No dejó de advertirse que la contemplacion del rey fué larga y detenida.

—Es una niña,—dijo el duque de Osuna al oido del conde de Altamira.—¿Podrá ser una buena reina, esa flor juvenil de los jardines reales de Francia?

El de Altamira hizo un ligero mohin con los lábios y replicó:

—Es muy estrecha de cintura y eso no me agrada.

—Puede ser que sea defecto del traje.

—Nó, duque; las romanas, que comprendian perfectamente que la mujer se ennoblecia por medio de la fecundidad, no martirizaban el talle de ese modo.

No todos estaban al alcance de la profundidad de esta observacion, y aunque no se hablaba, las muestras de admiracion y de entusiasmo menudeaban por todas partes.

Hizo el rey una señal al mayordomo mayor para que volviese á cubrir el retrato, y en seguida despidió á su córte, citándola para la noche, puesto que debia solemnizarse la fiesta de San Luis con una *Comedia en música*, que se representaría en los salones del alcázar.

Cuando Cárlos II se encontró libre de aquella nube de cortesanos y palaciegos, ordenó al mayordomo mayor que se retirase quedando únicamente con los capitanes don Fernando de Toledo y don Francisco de Córdoba, que aún permanecian inmóviles á los costados del retrato de la reina.

Jóvenes eran, como hemos dicho, estos dos caballeros, y presentaban el bello y noble tipo de la aristocracia española. Pertenecientes á la guardia personal del rey, merecian de éste las mayores muestras de aprecio tanto porque la juventud en-

cuentra simpatías en la juventud misma, cuanto porque en los instantes en que Cárlos podia hallarse libre de las formalidades de la etiqueta y del perpétuo ceremonial de las cosas palaciegas, encontraba en don Fernando y en don Francisco, no tan solo la lealtad de dos fieles servidores, sino la confianza respetuosa de dos amigos.

—Dejad vuestros puestos,—dijo el rey á los dos capitanes,—y veamos ahora más despacio á S. M. la reina. Para juzgar con acierto es necesario observar con calma, y os confieso, mis buenos señores, que me ha faltado durante el acto oficial que acaba de trascurrir. Quitad el velo, Córdoba.

El capitan obedeció, y Cárlos quedó de nuevo considerando la imágen de la que iba á ser su esposa. En aquel momento desaparecia el rey y quedaba el hombre.

Despues de una detenida contemplacion en la que el inexperto monarca sintió otra vez que su sangre se sublevaba, haciendo que su corazon latiese con inusitada violencia, dijo:

—¿No es verdad que es muy bella? Encuentro en su fisonomía un encanto indefinible y ansío que llegue el momento de poderla estrechar entre mis brazos.

—Sin embargo, —observó don Fernando de Toledo,—segun entiendo, el retrato, aunque hecho á plena conciencia, es muy inferior al original.

—¿Sí?—exclamó el rey expresando una viva alegría:—¿Estais seguro de ello?

—Señor, lo he sabido por carta de París.

—¡Ah! en efecto; ¿Os ha escrito la señorita de Spínola?

Sonrióse el capitan y movió la cabeza afirmativamente.

—Pues cuando media la autoridad de una mujer tan linda y tan competente como la sobrina del marqués de los Balbases, no hay que dudar. Os confieso, amigos mios, que estoy enamorado.

—¡Oh!—observó Córdoba;—el generoso corazon de V. M. despierta entónces á la vida del amor.

—¡El amor!—exclamó el rey temblando.—Es la vez primera; mi alma no estaba preparada, y quiero que vosotros que amais me ilustreis sobre tan delicada materia. El relámpago ha venido á deslumbrarme. Es preciso abreviar las bodas. ¡Oh! María Luisa; ¡esposa mía! ¡yo te amo!

El rey se expresaba con el aliento abrasado de la juventud, y si en aquel momento hubiera sido Pigmaleon hubiese dado vida al retrato.

Los dos capitanes conocieron aquella primera explosion de sentimientos, y dejaron decir y obrar al rey.

—Hoy estamos á 25 de Agosto,—dijo éste sonriente y apasionado;—el dia 31 se celebrarán mis desposorios en París: los ceremoniales de ámbas córtes me tendrán separado por algunos meses de

esa hermosa hija de la flor de lís, pero mi alma no puede permanecer tanto tiempo sin gozar de la correspondencia de ese amor. Don Fernando, vos que amais á la señorita de Spínola; don Francisco, vos que adorais á Carolina de Sandoval, es necesario que me digais lo que debo hacer.

Y el rostro, no ya pálido, sino encendido, del jóven monarca, expresaba toda la turbacion de su inexperiencia y toda la febril exaltacion de su espíritu.

—Señor,—dijo don Fernando,—el corazon es siempre maestro en estos casos.

—Pero, el mio...

—El de V. M.,—añadió don Francisco,—le indicará todo lo que debe hacer.

—Sí, sí; es verdad,—contestó Cárlos;—yo quiero que la reina sepa que la adoro. No entra en esto para nada la etiqueta y es preciso que yo me comunique secretamente con ella, por más que esto sea una contravencion de las prácticas establecidas.

—Pero, ¿cómo?

El rey contempló de nuevo el retrato y contestó:

—De un modo muy sencillo. Vos, don Fernando, marchareis en posta esta misma noche á París.

Un resplandor de extraordinaria alegría apareció, como un relámpago, en los ojos del noble capitan.

—Estoy dispuesto para todo cuanto ordene V. M.

—Sereis portador de una carta mia para la reina.

—¿Carta secreta?

—¡Ah! por supuesto. Así es que saldreis de Madrid luego que esta noche se verifique la fiesta musical que va á ejecutarse en palacio. En cuanto á vos, señor de Córdoba, continuareis á mi lado, pues necesito de vuestros consejos, en tanto que no sea necesario disponer otra cosa. ¿Quereis mucho á la señorita de Sandoval?

—¡Con toda mi alma!

—Pues bien: tanto mejor. Vos sereis mi guía en la materia de que se trata.

El rey que abria los ojos á la vida del amor; que sentia surgir en el fondo de su pecho esa luz de la existencia que se llama esperanza, volvió á contemplar el retrato. La simpatía que brota en el alma entre dos séres que están destinados el uno para el otro, dominó por completo el espíritu real. No era ,segun él, la imágen que tenia delante el precio de una alianza que costaba á España dos hermosas provincias flamencas; era la aparicion divina de la mujer, obra perfecta de la naturaleza y compañera cariñosa del hombre, la que él admiraba.

Dos ó tres veces creyó que el retrato le sonreia, y acaso, si su educacion y sus sentimientos no se lo hubieran prohibido, hubiese estampado un beso en aquellas castas y virginales megillas.

Las olas de su sangre generosa invadian su cabeza, y acabó por decir:

—¡Y yo que no sabia cuánto se puede amar! Hasta luego, amigos mios.

El rey cubrió con su misma mano la imágen de la princesa que estaba destinada para su lecho, y salió palpitante y trémulo de la estancia.

Los dos capitanes se inclinaron y pronto se perdieron por las largas galerías del alcázar.

II.

La fiesta musical del real alcázar.

Si la felicidad es un don que emana del cielo, bien puede asegurarse que éste derramaba todos sus beneficios en el corazon juvenil de Cárlos II. Despertando de pronto á la vida del sentimiento y del amor, olvidando por completo la razon de Estado que le obligaba á contraer matrimonio, antes tal vez de lo que exigia su delicada naturaleza, se hallaba como enagenado dentro de un mundo inmaterial poblado de fantasmas voluptuosos.

Él comprendia perfectamente que la córte severa y tenèbrosa que le rodeaba no podia discernir nada acerca de las profundas sensaciones de su espíritu; así es que mostrábase grave é indiferente con todos cuantos pretendian una representacion oficial en los magníficos obsequios y admirable re-

cibimiento que se preparaban, en tanto que era espontáneo y explícito con los que pudieran interpretar su pensamiento.

Doña Mariana de Austria, la reina madre, habia intentado arrancar algunas palabras á su hijo acerca de la opinion que le mereciera su futura esposa; pero Cárlos, lejos de contestar, se puso encendido como la grana. La reina adivinó el carácter de aquella turbacion, y lo comunicó á sus más íntimos cortesanos.

La córte del Buen Retiro, verdadera contraposicion de la córte del Alcázar Real, no pudo ménos de mostrarse alegre y risueña, aunque no faltaron maliciosos que dijeran que aquella satisfaccion reconocia otra causa diferente, puesto que el implacable enemigo de la reina, don Juan de Austria, se hallaba postrado desde el dia anterior en el lecho, á causa de unas cuartanas malignas.

Pero la enfermedad de aquel príncipe ambicioso no podia ser motivo para que dejase de estar brillante y magnífica la fiesta musical que se preparaba en palacio.

Toda la córte estaba en ella. Los grandes y soberbios salones del alcázar brillaban bajo el fuego de centenares de bugías, y las damas más hermosas se presentaban allí para dar con el prestigio de sus encantos, mayores atractivos á la real solemnidad.

Cárlos II se hallaba al lado de su madre, her-

mosa todavia, á pesar de los profundos padecimien-mientos que habia sufrido, y todos los cortesanos se inclinaban á su paso, en tanto que las damas hacian la reverencia conforme á las más rígidas prescripciones de la etiqueta.

El salon del teatro donde debia celebrarse la representacion musical, especie de opereta pastoril sembrada de alegorías, se encontraba al extremo de una série de habitaciones espléndidas. Cuando el rey y su madre entraron en aquel santuario de las artes, la orquesta llenó el espacio con las más cadenciosas armonías.

Una vez sentados los reyes, debajo de un dosel de terciopelo carmesí, la córte ocupó los asientos que se hallaban dispuestos para el efecto.

Al lado del dosel se colocaron algunos guardias, y entre ellos don Fernando de Toledo y don Francisco de Córdoba, á quienes el rey no pudo ménos de mirar como los únicos confidentes de los sentimientos que dominaban su corazon.

Momentos despues principiaba el espectáculo.

—Hijo mio,—dijo doña Mariana, dominada por un pensamiento que no habia querido expresar hasta aquel instante.—Van á verificarse las bodas reales en ocasion no muy ventajosa para nuestra España; mas por lo mismo, es necesario deslumbrar y vencer en grandeza á la orgullosa córte de Francia. Yo no dudo que nuestro embajador, el marqués de los Balbases, cumplirá en París tal co-

mo corresponde á la altivez y arrogancia castellana; pero quisiera por mi parte más aún.

—Todo lo que sea engrandecer á la futura reina de España,—contestó el rey,—estoy dispuesto á consentirlo.

—En ese caso, yo desearia que saliese hoy mismo para Fontainebleau un embajador extraordinario, llevando nuevos regalos de boda.

—El pensamiento es digno de V. M., madre mia,—replicó Cárlos.

—Embajador con esta mision única,—insistió la reina.—Y digo esta noche, porque no hay tiempo que perder, hijo mio. Debiendo celebrarse tu desposorio por poderes el dia 31, solo quedan seis dias escasos.

—Es verdad; ¿pero habeis pensado en los regalos?

—Los regalos los constituyen las joyas más hermosas de la casa de Austria. No tendrá Francia tantos diamantes que oponer.

El enamorado Cárlos se hallaba loco de alegría ante el feliz pensamiento de su madre, y esto mismo le facilitaba medios más sencillos para entenderse con su futura esposa.

La música que en aquel instante llenaba de armonías todo el espacio, era una cosa tan secundaria para el monarca, que ni siquiera le prestaba la más ligera atencion. En vano se esforzaban los cantantes é instrumentistas para agradar á la real

persona; ésta parecia sorda ante aquella tempestad de notas, calderones y fermatas; solo vivia para la nueva felicidad que se presentaba en el horizonte de su vida.

Dominada la reina madre por el pensamiento que en aquel instante procuraban ocultar sus ojos, prosiguió:

—Previendo todo cuanto acabo de manifestarte, las joyas están ya empaquetadas y solo falta nombrar la persona que haya de llevarlas. Escusado es decirte que esta persona debe reunir á la elevacion de su gerarquía, altas dotes de talento y discrecion.

—¡Ah! No cabe duda,—contestó el rey.

—¿Has pensado á quién podremos honrar con esta embajada?

—Señora... ¡tan pronto! Para ese asunto hay que reflexionar algun tanto.

Y al decir esto, el rey paseó por toda su córte una mirada investigadora como si buscara á la persona que debia recibir aquella improvisada mision.

Todas las cabezas se irguieron para exhibirse, conociendo por instinto que el jóven monarca deseaba alguna cosa. Doña Mariana de Austria se anticipó entonces, y dijo con la más bondadosa de sus sonrisas:

—Yo he meditado en ese asunto, y creo que he dado con el embajador extraordinario que necesitamos.

—¿Sí?

—Justamente.

—¡Oh! ¿y cuál es?

—El duque de Pastrana.

—En efecto, señora; la eleccion no puede ser más acertada. El duque es el más apropósito para el caso.

—Me alegro de que te agrade, y seria conveniente que ahora mismo...

—¿Ahora mismo?

—Ya ves que no hay tiempo que perder.

El rey hizo un ligero movimiento de rebeldía, puesto que el duque era de los cortesanos del Buen Retiro; pero disimuló su disgusto al verse envuelto por la brillante mirada de su madre.

Mientras tanto, doña Mariana de Austria habia hecho una señal con la mano al duque, que parecia prestar atencion extraordinaria á la representacion de la opereta; pero como los cortesanos tienen cien ojos como el Argos de la fábula, corrió al lado de la reina madre creyendo—y no se equivocaba,—que se preparaba para él un espectáculo más agradable y magnífico.

—S. M. tiene que hablaros, señor duque,—dijo la reina con aquella dignidad suprema con que sabia fascinar hasta á sus mismos enemigos.

El de Pastrana se inclinó respetuosamente, y Cárlos II le comunicó al oido la embajada extraordinaria con que se le honraba en aquel momento.

—Vais á ser portador de nuevas joyas,—continuó con voz trémula,—y las presentareis en mi nombre á S. M. la reina el mismo dia de nuestros desposorios. Partireis esta misma noche, y para que el señor marqués de los Balbases, nuestro embajador en Francia, no extrañe vuestra presencia, os precederá un correo.

El rey volvió la cabeza y fijando su mirada en el jóven y arrogante don Francisco de Córdoba, que contemplaba en mudo extásis á la señorita de Sandoval, le llamó y le comunicó la órden de que se dispusiera á marchar á París, tan luego como terminase la fiesta musical de palacio.

Nada comprendia la córte de lo que se trataba en el luminoso círculo en que se encontraban las personas reales; pero no dejaba de adivinar que allí ocurria algo de nuevo y aun de extraordinario.

El duque de Pastrana habia quedado á la izquierda de la reina madre, mientras don Francisco de Córdoba estaba á la derecha del rey.

—Vais á París, capitan,—repitió Cárlos,—y vais á tener la dicha de ver á la reina. Llevais una mision distinta de la de vuestro amigo don Fernando de Toledo; y, sin embargo, los dos teneis el encargo especial mio de servirme ocultamente.

Al decir estas palabras, el rey bajó mucho la voz para que ni su misma madre pudiera oirlo.

El capitan se inclinó, y Cárlos continuó hablando:

—Del mismo modo que don Fernando lleva la expresion de mi amor y él será quien manifieste á la reina todo cuanto pasa en mi alma, vos, don Francisco, llevais el encargo de saber todo cuanto haga por allá el duque de Pastrana. Es cosa que me interesa mucho, y confio en vuestra discrecion.

—Juro á V. M. que cumpliré sus reales órdenes.

Como el rey no queria ser sorprendido en aquella conversacion, continuó hablando con el capitan; pero en voz tan baja, que era imposible escucharle.

Mientras tanto la reina madre, segura de que su hijo se ocupaba de algunas frivolidades, decia al duque de Pastrana lo siguiente:

—Vuestra mision es importantísima, y es indispensable que me deis cuenta de todo... de todo cuanto quiero saber.

—Las órdenes de V. M. serán fielmente cumplidas,—contestó el duque.

—En virtud de vuestro carácter de embajador extraordinario, procurareis estar al lado de Madamosela, la princesa María Luisa.

Y fijando en el duque una intensa mirada, prosiguió:

—¿Sabeis la historia inglesa?

Esta pregunta hizo poner al de Pastrana los ojos como platos.

—¿Que si sé la historia inglesa, señora?

—Sí.

—Creo estar medianamente instruido en ella.

—Perfectamente. ¿Entónces sabreis lo que se practica en aquella córte, desde los tiempos de la reina Ana?

El duque principió á turbarse á pesar de su larga experiencia palaciega.

—Se practican, señora, tantas cosas, que no es fácil acertar con un detalle... porque yo supongo que V. M., no me hablará nada más que de algun detalle.

—En efecto.

La reina madre volvió de un modo indiferente la cabeza para observar si el rey podia escucharla, y como éste seguia hablando con don Francisco de Córdoba, prosiguió:

—La práctica que se observa en la córte inglesa es muy importante para el porvenir de los pueblos. Figuraos, querido duque, que lo primero que se hace cuando contrae matrimonio un rey ó un príncipe de la casa de Tudor y de Nassau, es estudiar la organizacion de la princesa que debe casarse.

—¿Pero de qué modo?—exclamó el duque abriendo de nuevo los ojos de un modo exajerado.

—Mandando su embajador extraordinario, como vos lo sois ahora, para que llene este delicado cometido. Asi es que lo primero que allí se hace es medir la cintura de las futuras esposas reales.

—¡Medir las cinturas!

—Esa es la verdadera palabra.

—Pero creo que V. M. concederá á esas desposa-

das una resistencia pudorosa para consentir que nadie ponga las manos sobre su cuerpo.

—En eso consiste la habilidad,—replicó Mariana de Austria de un modo penetrante,—ninguna princesa debe tener muy estrecha la cintura; porque esta es señal casi segura de esterilidad y esto es gravísimo para una dinastía y para un reino.

—¿Conque V. M. desea que yo mida?...

—La cintura de la futura reina de España. El modo queda á vuestra discrecion.

El duque de Pastrana, aun infringiendo la etiqueta, se pasó una mano por la barba con nervioso movimiento.

—En fin,—murmuró sordamente,—yo haré todo lo posible por complacer á V. M.

—Es cosa de mucha importancia,—insistió la reina.—Las modas francesas no son las más á propósito para dar princesas casaderas, y desde que he visto el retrato de María Luisa estoy sobresaltada.

—¡Pues qué!—exclamó el duque como si se le hubiese atravesado un hueso en la garganta,—¿no es del agrado de V. M.?..

Una mirada expresiva, pero severa, detuvo la observacion del imprudente duque.

—No es eso. La reina está pálida, es muy niña... y nada más. ¡Ah! la última palabra, Pastrana, siguiendo las prácticas de la reina Ana de Inglaterra, observad la estatura de la princesa, estudiad sus gustos, ved si come mucho ó poco, y qué platos son

los de su predileccion, cuidad de saber si le huele el aliento, si es amiga de bailar, analizad sus grados de instruccion, en una palabra, no perdais un detalle, ni el más pequeño pormenor, comunicándomelo todo en seguida.

En aquel momento el rey acababa de hablar con el capitan don Francisco de Córdoba, cuyas instrucciones secretas estaban reducidas á observar todo cuanto el embajador extraordinario pudiera hacer en la córte de Francia. Jugábase una doble conspiracion, más bien que una intriga, en aquellas dos conversaciones, puesto que la reina madre no queria perder la influencia que ejercia sobre su hijo, y éste,—ardientemente enamorado,—deseaba que nadie, absolutamente nadie, pudiera influir cerca de su futura esposa, ya sobre los asuntos del reino, ya sobre los sentimientos más íntimos y privados.

Aunque Cárlos carecia de esa experiencia profunda que hace verdaderos linces de la gente cortesana, tenia el instinto suspicaz de su familia, y si no adivinaba del todo, sospechaba al menos las tendencias y móviles que se cernian en todos aquellos que, ya por preponderancia, ya por ambicion, ya por otras causas más inferiores, esperaban explotar en beneficio propio las circunstancias actuales.

Sin fijarse mucho en las razones de Estado, que no podian encontrarse á su alcance, porque era muy corta su edad, tenia el egoismo del enamorado, y

aquel pobre niño á quien la Historia ha pintado como un imbécil, mostrábase superior á la educacion que habia recibido, desde el instante en que latía su corazon al calor de la juventud.

La funcion musical que se estaba verificando tenia dos partes, y en aquel momento terminaba la primera con una riqueza de armonía tal, que el rey creyó oportuno aplaudir para demostrar que todo su cuidado habia estado fijo en el espectáculo.

Esto dió autorizacion á la córte, para que aplaudiera á su vez, resultando de aquí que brotase la animacion más completa y que se cruzasen las felicitaciones más vehementes.

Si bien doña Mariana de Austria habia dicho todo lo que le convenia al duque de Pastrana, al rey le quedaba mucho por decir. Faltábale en primer lugar, entenderse con el capitan D. Fernando de Toledo, que solo esperaba la órden de S. M. para marchar á París, á fin de que éste le diese noticias de la reina, y necesitaba en segundo, buscar un medio para estar en inteligencia con don Francisco de Córdoba, respecto del duque de Pastrana.

Buscar este medio era lo que convenia en aquel momento, tanto más cuanto que ya sabemos lo que es la impaciencia en las personas enamoradas.

Cárlos aprovechó la ocasion de que su madre estuviese rodeada de sus más fieles servidores y se levantó con ánimo de dar una vuelta por los salones del alcázar, mientras tenia lugar el intermedio de

la *Comedia puesta en música*. Pasó por delante de los cortesanos y de las damas, y á pretexto del calor que se esperimentaba, fué á colocarse en uno de los grandes balcones que caian al *Campo del Moro*, convertido entonces en enmarañado bosque.

Era este sitio el más apropósito para el objeto que se habia propuesto el rey, y llamó inmediatamente á su lado á los dos capitanes.

La servidumbre quedó á una distancia respetuosa.

III.

Carolina de Sandoval.

Era una expléndida noche de verano. La creciente luna derramaba una tibia luz sobre los muros del palacio. Las torrecillas angulares que le adornaban y defendian se asemejaban á centinelas gigantescos, y la iluminacion, agitada por una ligera brisa, parecia como una multitud de estrellas errantes que iban á confundirse con las estrellas verdaderas en el azulado fondo del firmamento.

Cárlos II miró á don Fernando de Toledo, y le dijo:

—La fortuna viene en nuestro auxilio, y ya no ireis solo á París.

—¡No!—exclamó el noble jóven.

El rey comprendió su inquietud, y prosiguió:

—Descuidad; es que debiendo salir esta noche para aquella capital el duque de Pastrana, con una mision cerca de S. M. la reina, quedais agregado á su comitiva. Esto cubre las apariencias, y vos desempeñareis el encargo especial que yo os doy sin que pueda este ser conocido de nadie. Ahora, tomad.

El rey sacó de uno de los bolsillos de su rico jubon de terciopelo un precioso estuche carmesí con las armas imperiales grabadas en oro, encima del mismo, y añadió:

—Esto, para *mi esposa*. Dentro de este estuche existe un recuerdo y una carta, vedlo, pues.

Y empujando un muelle de oro se descubrió en el centro una cifra de magníficos diamantes, en donde estaban enlazados por sus iniciales los nombres de *Cárlos y María Luisa*. Sujeta con el alfiler de aquella preciosa joya, habia una carta, y aquella carta inspirada y escrita por el jóven monarca, no era otra cosa sino la expresion de un enamorado, que por vez primera sentia las generosas sensaciones de su corazon.

Volvió el rey á cerrar el estuche, como si temiera ser sorprendido, y dándoselo á don Fernando de Toledo, prosiguió:

—Vos, y sólo vos, entregareis á la reina esta modesta expresion de mi cariño, diciéndole que mi mayor deseo será que la lleve puesta el dia de nuestro desposorio, para que sepa que no es el rey

de España, sino Cárlos de Austria, quien la ama con toda su alma.

Púsose encendido al decir estas palabras, y despues continuó con voz entrecortada:

—Ahora queda lo principal, don Fernando.

—Si tiene V. M. la bondad de decirlo...

—¡Ah! es indispensable. ¿Cómo he de saber vuestra entrevista con la reina, y todo cuanto ella pueda deciros respecto de mí?

—Si V. M. me autoriza, se lo participaré directamente.

—Eso es lo que yo quiero evitar,—repuso Cárlos con viveza.—Vuestras cartas serian al punto conocidas; se sabria el caso en la otra córte; no faltaría quien diese interpretaciones torcidas á lo que es en mí el resultado de un amor inmenso, y dariamos materia á todos esos señores para que estuviesen hablando por largo tiempo. Es preciso, para evitar estos inconvenientes, adoptar otro camino.

—El que me indique V. M., ese seguiré desde luego,—respondió el capitan.

—Como vos estais enamorado de la señorita de Spínola, sobrina del marqués de los Balbases, no quiero haceros volver tan pronto de París. Pero se me ocurre una idea. ¿Teneis completa y ciega confianza en esa señorita?

Don Fernando lanzó un verdadero suspiro de enamorado.

—¡Ah! señor, toda mi fé está reconcentrada en Adelaida.

—¿Se llama Adelaida?

—Justamente.

—Pues entonces, he aquí mi pensamiento,—dijo el rey.—Solamente Adelaida de Spínola sabrá de lo que se trata.

—Muy bien, señor.

—Como yo presumo que esta señorita será la discrecion misma, como yo me imagino que tendrá talento y sobre todo que estará completamente enamorada de vos, no hay que temer indiscrecion por su parte.

—Yo lo creo así.

—Por lo tanto, solo falta saber una cosa. ¿Cuál es la mayor amiga que Adelaida de Spínola tiene en España?

—¡La mayor amiga! La señorita de Sandoval.

—¿La sobrina del duque de San Pedro?

—La misma.

—Es decir... ¿La amada por nuestro buen capitan don Francisco de Córdoba?

Este se inclinó á su vez y contestó:

—Sí, señor.

—¡Oh! entonces todo sale á pedir de boca,—replicó el rey restregándose las manos.—Es decir, que vos, don Fernando, tendreis entrevistas con la reina: en seguida participareis á la señorita de Spínola todo cuanto ocurra, desde las palabras y los

pensamientos, hasta los gestos y suspiros de mi esposa; la señorita de Spínola escribirá todo esto detalladamente á su amiga Carolina de Sandoval, y la señorita Carolina de Sandoval, que es una de las damas más discretas de la córte, lo pondrá todo en mi conocimiento. De este modo, ningun cortesano se hará cargo del asunto.

Los dos capitanes se inclinaron respetuosamente.

—El plan está perfectamente combinado,—se aventuró á decir Córdoba,—mas para esto es preciso contar con la señorita de Sandoval.

—Pues qué, ¿dudais de ella?

—No es eso, señor. Es que como no sabe nada...

—Es cierto. Hay que prevenirla, y yo confio, señor capitan, que desempeñareis este encargo á las mil maravillas.

—Sin embargo, como V. M. me ha ordenado que salga al instante para París, precediendo al señor duque de Pastrana...

—No quita lo cortés á lo valiente, don Francisco. Tan luego como termine la solemnidad de esta noche, disponed de media hora para dar el adios de la despedida á Carolina de Sandoval. Despues, en marcha. Vos sereis en la córte de Luis XIV el que anuncie la llegada de mi embajador extraordinario: numerosos caballos de posta hay establecidos en todo el camino, y un ginete tal como vos lo sois,

de seguro que sabrá atravesar el espacio que hay desde Madrid á París en ménos de cuatro dias. Ya os encontrareis allí con vuestro amigo don Fernando.

El rey no dijo más, y volvió al salon del teatro en la ocasion en que la reina madre acababa de dar las más ámplias instrucciones al duque de Pastrana. Toda la córte se puso de pié á la nueva aparicion del monarca, mientras la orquesta que solo esperaba el que se presentase para ejecutar la segunda parte de la opereta, principió un vigoroso preludio lleno de los motivos más bellos y delicados de la composicion.

Hallábase en una de las filas delanteras la duquesa de San Pedro, entre otra multitud de damas, y al lado de aquella grave señora, veíase una preciosísima jóven con un traje color rosa con lazos y encajes blancos, la cual se hallaba preocupada, al parecer, bajo un pensamiento que parecia halagarla y envanecerla.

Su gallarda estatura era tan proporcionada, que á no estar envuelta por aquellos pomposos vestidos del último tércio del siglo XVII, de seguro que hubiera producido la envidia de la Vénus Afrodita que los génios de la Grecia sacaron de las azuladas espumas del mar. Sin embargo, entre aquellas flotantes nubes de raso, encajes, perlas y cintas, enseñaba un brazo tan puro, tan blanco, tan correcto, una mano tan bella y una garganta tan ebúr-

nea, que solo el suave pincel de Murillo ó de Van Dick, pudiera presentar un modelo tan acabado.

Si notables y admirables eran las formas de aquella jóven, más admirable era su rostro, donde se veia la noble hermosura de la española al par que los encantos avasalladores de la mujer árabe. Bajo una brillante cabellera negra, no empolvada á estilo de las damas francesas, habia una frente tersa y blanca de una perfeccion intachable. Los ojos eran negros y existia en el fondo de los mismos una irradiacion infinita. Recta era su nariz, pequeña y juguetona era la boca; tenia hoyuelos en los carrillos, que aparecian en aquel hermoso semblante cuando una ligera sonrisa le hacia enseñar unos dientes de perlas (no encontramos otra comparacion,) y tal era el conjunto de aquella juvenil belleza, que sobresalia en medio de la córte como uno de esos magníficos astros que en la magestad de la noche dominan con sus resplandores á las estrellas que los rodean.

Antes de sentarse bajo el régio dosel, Cárlos II dió una vuelta por la sala para dirigir algunas palabras á sus cortesanos. Por regla general, cuando pasaba por delante de las damas, se contentaba con inclinar la cabeza, pues en aquel corazon comprimido por una educacion estrecha y egoista, no habia palabras galantes, ni esas frases que caen como una gota de rocío en el seno perfumado de las flores.

Pero aquel dia el rey era otro. Todos habian notado que aquella fisonomía pálida, séria, abstraida, al parecer, de las cosas exteriores, estaba animada, alegre y llena de vivacidad.

Y en efecto; Cárlos II era dichóso aquella noche: gozaba con la esperanza, y la esperanza es en la juventud como el sol en la primavera.

Dirigió contra su costumbre algunas palabras á las señoras que al pasar le hacian la más cumplida reverencia, y despues de hablar un momento con la vieja duquesa de Terranova, puesto que ya estaba señalada para camarera mayor de la futura reina, fijó sus ojos en la de San Pedro, que se preparaba á hacer una de aquellas cortesías cuya tradicion y forma se ha conservado hasta nuestros tiempos.

La duquesa estaba satisfecha, pues su esposo tenia una alta representacion en la córte de Francia. Cuando el rey llegó á su lado, se inclinó haciendo la cortesía de tal manera, que su vestido de rico brocado de Amberes, formó un estrépito tal que parecia un trueno.

La hermosa jóven, que estaba á su lado, se inclinó más modestamente.

—No os incomodeis, señorita,—dijo el rey poniéndose encendido, al verse delante de aquella prodigiosa hermosura;—soy vuestro buen amigo, y quiero tener ocasion de demostraros mi afecto.

Estas palabras galantes, las primeras que sa-

lian de los lábios del rey, las primeras que él sentia, fueron oidas por gran parte de la córte.

Para muchos, aquello era como el primer relámpago del amor, mejor dicho, era el primer destello de aquel corazon que seguiria tal vez las apasionadas costumbres de Felipe IV.

La duquesa de San Pedro, como tia de aquella jóven que se habia sonrojado, á su vez tuvo ocasion de hablar.

—Mi sobrina, la señorita Carolina de Sandoval y Rojas, contará así, señor, con dobles motivos de gratitud, por las bondades que debemos á V. M.

El capitan don Francisco de Córdoba devoraba con su ardiente mirada el rostro de Carolina, en tanto que se cruzaban aquellas palabras.

Esta tenia los ojos bajos, y sus lábios se agitaban como si algunas tímidas frases no se atrevieran á salir de su boca encantadora.

El rey se aventuró á contestar:

—Sin embargo, mi querida duquesa; acaso Carolina no tenga los motivos de que vos haceis cumplido alarde en esta ocasion.

Cárlos volvió á mirar á la jóven, la cual adquirió su serenidad al poco tiempo, contestando con suma modestia:

—Mi gratitud, señor, es igual á la de toda mi familia.

—Asunto es ese del que ya hablaremos más tarde.

Esto dijo Cárlos, é inclinando la cabeza, volvió á su asiento.

Entonces los cantantes y los instrumentos llenaron el salon de ricas armonías.

IV.

Ecos de dos corazones.

Eran las doce de la noche cuando terminó la régia solemnidad.

Cárlos II se retiró á sus habitaciones, no sin mirar expresivamente á sus dos leales servidores, don Fernando de Toledo, y don Francisco de Córdoba y la reina madre se dirigió con toda su córte al Palacio del Buen-Retiro.

Los demás cortesanos, la grandeza, las damas, la servidumbre, todos ocupándose de sí propios, solo pensaron en buscar las escaleras principales del alcázar y tomar sus respectivas carrozas, cuyas ruedas formaban un estrépito infernal en las puertas del antiguo y casi feudal edificio.

Sumamente envanecida la duquesa de San Pedro, recibia felicitaciones de sus numerosos amigos

por la preferencia con que el rey la habia honrado aquella noche, si bien luego á la espalda aquellos mismos que buscaban su aprecio y acaso su proteccion, no dejaban de decir:

—En honor de la verdad, á quien ha distinguido el rey de una manera *singular* es á la sobrina.

—Es que la sobrina es sumamente hermosa.

—Y el rey es jóven.

—Sin embargo,—respondian algunos que hacian hipócrita alarde de severidad de costumbres,—en cuanto á Carolina de Sandoval, hay que convenir en que no ha levantado sus hermosos ojos del suelo.

Estas murmuraciones que principiaban á levantarse como nubes oscuras en el cielo trasparente y puro en que habian girado los sucesos de aquella noche, era como una atmósfera emponzoñada que podia hacer un daño inmenso para el porvenir.

Satisfecha la duquesa de San Pedro, y agena Carolina de Sandoval de aquellos aguijones de avispas que se agitaban en silencio, subió al fin con su sobrina en su carruaje, y se hizo trasladar á su palacio de la calle Ancha de San Bernardo, palacio que entonces existia más arriba del noviciado de San Camilo de Lelis.

La duquesa besó cariñosamente á su sobrina, y despues de hablarla del rey y decir que ella habia sido la primera señorita de la córte que habia arrancado palabras de galantería á su magestad, se retiró á sus habitaciones.

Carolina quedó asistida por dos respetables dueñas y dos doncellas; pero la bella jóven manifestó que solo necesitaba el servicio de Laura, una de las dos últimas, y ordenó que las demás se retirasen á descansar.

Cuando quedó sola con su doncella favorita; cuando el silencio más profundo principió á reinar en el vásto palacio de San Pedro, Laura la dijo con cierta ansiedad:

—¡Ah! señorita, deseaba quedarme sola con vos.

—¡Pues qué! ¿Hay alguna novedad?—preguntó Carolina levantando sus brillantes ojos.

—Sí, señorita; el capitan quiere hablaros.

—¡Don Francisco de Córdoba!—exclamó la jóven experimentando una vaga inquietud.

—¡Pues quién ha de ser!

—¿Y dónde está?

—En las rejas del pabellon del jardin.

—Ya ves, es tarde... estoy fatigada.

—Sin embargo,—insistió Laura;—cuando él viene á esta hora; cuando él, que os ama tanto, desea veros aunque no sea más que por un minuto, es porque algo de urgente y extraordinario debe ocurrir.

—Es verdad... tienes razon. Acompáñame.

Hizo Carolina un esfuerzo para vencer la languidez que se habia apoderado de su cuerpo, y envolviéndose en un manto de emir de Persia cubierto de ramos y florecitas de oro, se hizo preceder de su doncella favorita, y descendió al jardin.

Caia éste á la espalda del edificio, precisamente á donde hoy existe el jardin de la Universidad Central, ó sea en la parte inferior de la calle de Amaniel.

En efecto; don Francisco de Córdoba esperaba al pié de las gruesas rejas del jardin.

Pronto descubrió á Carolina, cuyas formas encantadoras desaparecian bajo el manto de cachemira. Su corazon latia con violencia. La jóven se acercó diciendo:

—Laura me ha avisado que esperabais. ¿Por qué habeis venido, cuando acabamos de vernos en palacio?

—Es que vengo á despedirme de vos,—contestó el capitan.

—¡Como!—replicó Carolina, entre risueña y sorprendida.—¿Pues á dónde vais, mi buen caballero?

—Voy á París.

—¿A París?

—Ciertamente.

—¿Pero cuándo?

—Esta misma noche.

Sonrióse la bella jóven, acercóse más á la reja y replicó:

—¡Oh! no concibo como puede ser ese viaje.

—¡Ah! pues es muy fácil de adivinar. Lo manda el rey.

A éste nombre se agitó involuntariamente el corazon de Carolina, y replicó:

—¡El rey!

—Sí, y como el rey manda, yo obedezco.

—Es cierto,—murmuró la jóven inclinando la cabeza y quedando profundamente pensativa.—Ahora bien, ¿pudiera saberse el orígen de ese viaje?

—Llevo instrucciones secretas de S. M.

—Pero instrucciones que no os detendran mucho tiempo en la córte de Francia. ¿No es así?

—Yo así lo espero, Carolina. Además, al despedirme esta noche de vos, llevando en mi alma el dolor de la ausencia, tengo otro deber que cumplir.

—¡Conmigo!

—Sí.

—¿Y qué deber es ese?

—Vais á oirlo,—replicó el gallardo capitan.—Sabed que el amor llama al amor, y el rey...

Carolina volvió á sentir una vaga y desconocida inquietud al oir por segunda vez este nombre y dijo:

—Proseguid.

—Y el rey que está enamorado...

—¡Enamorado!

—Enamorado el rey de su futura esposa quiere sostener una correspondencia secreta con ella. Como de esta correspondencia nadie debe tener noticia, ni aun la misma doña Mariana de Austria, sale esta noche tambien hácia París don Fernando de Toledo, llevando la primera carta para la reina. Como

es claro que ésta contestará á su real amante, se ha dispuesto que las cartas que escriba doña María Luisa de Borbon, sean entregadas por don Fernando á vuestra buena y cariñosa amiga la señorita Adelaida de Spínola, sobrina del marqués de los Balbases; que ésta, á su vez, os remita dichas cartas, y que vos, con la discrecion que os distingue, veais el modo de ponerlas á disposicion de S. M.

—¡Y quién ha pensado eso!—exclamó Carolina sintiendo que sus megillas se enrojecian tanto por el pudor de la juventud como por la altiveza de su sangre.

—El rey.

La hermosa jóven quedó pensativa como si una vaga inquietud viniese á clavarse en su corazon, y dijo al fin:

—Si no tuviera ciega fé en vuestras palabras, dudaria de lo que estais diciendo, don Francisco. Comprendo que S. M. piense comunicarse con la que pronto será su esposa, pero lo que no adivino es cómo he de entenderme yo con el rey. Os confieso, amigo mio, que esto me llena de confusion.

¿Presentia aquella brillante joya de la juventud los abismos que podian abrirse á sus piés, por el solo hecho de verse obligada á jugar en aquella intriga de amor? Tal vez sí. El alma rechaza instintivamente aquello que pueda empeñar la pureza de su esencia y el perfume de su virtud.

Ella tenia miedo á la envidia de la córte, á las murmuraciones de las damas, á cuanto pudiera ser objeto de malévolas interpretaciones en el caso de que se pudiese traslucir la comunicacion directa que habia de tener con el rey. Las miradas investigadoras, intencionadas, picantes y burlonas que se hubieron fijado en su rostro en aquella misma noche, cuando Cárlos II se dignó dirigirle algunas frases cariñosas, brillaron en el fondo de su mente; pero al ver la tranquilidad de su amante, al sentir el calor de aquella noble confianza que resplandecia en los ojos del capitan, quedó sosegada, haciendo desaparecer con una dulce sonrisa las estrañas inquietudes que acababan de mortificarla.

—Nada temais,—observó don Francisco:—el proyecto que acabo de indicaros permanecerá tan oculto para todo el mundo, que la malevolencia no podrá jamás disparar sus flechas emponzoñadas en contra vuestra. Vos teneis abiertas las puertas de palacio; vais á él siempre al lado de vuestra tia la duquesa de San Pedro; con motivo de las solemnidades de la córte, os será muy fácil hacer comprender al rey que sois poseedora de alguna carta de la reina, y ved aquí cómo podeis ser el medio más seguro para hacer un verdadero servicio, sin menoscabo de vuestra dignidad.

Las mujeres que, como Carolina, aman con toda la fé de la juventud, acaban por tener una confianza ciega en las palabras de su amante. Sonrióse dulce-

mente, y solo pensó en la ausencia del capitan.

—¡Dios mio! Y os alejais de mí... tan pronto!

—En esta misma noche, y vengo ¡ay de mí! á daros el adios de la despedida. Dejar de veros cuando os amo tanto; dejar de deciros mi última palabra de eterno amor, hubiera sido imposible. Si he cumplido primeramente como caballero y como fiel vasallo de S. M., ahora debo reiteraros cuanto siente mi alma. ¿Es verdad que seguireis siendo constante y leal al que os ha consagrado por entero su corazon?

—Sí, sí,—contestó tímidamente Carolina.—Acaso ¿dudaríais de mí?

—No: la duda no existe cuando se trata de vos, pero de la misma manera que habeis tenido presentimientos estraños, yo suelo tenerlos cuando estoy lejos de vuestro lado. El corazon es egoista; sois hermosa entre las hermosas; no faltará en torno vuestro quien pretenda robarme el tesoro supremo de vuestro amor, y esto me hace sufrir á veces de un modo espantoso.

La jóven se sonrió y dijo:

—Vivid tranquilo, caballero: no nos preocupemos de esas cosas. Lo que á mí me interesa es saber si vuestra ausencia durará mucho tiempo.

—Lo más que podrá durar es tanto, cuanto dure la de S. M. la reina.

—¡Oh! ¿y cuánto tardará S. M. en venir?

Esta pregunta hija del deseo, de la pasion y del

sentimiento, no tenia respuesta. Era como un rayo de esperanza que atravesaba resplandeciente por medio de nubes oscuras, pero rayo, en fin, que parecia el mensajero de la felicidad.

Despues de estas palabras principiaron esas confidencias que brotan espontáneamente como las flores de la noche y que desaparecen á los primeros rayos del sol. Ha dicho un poeta oriental que cuando las estrellas brillan, el alma busca á otras almas para volar por entre el cielo y la tierra; por eso los pensamientos de aquellos dos séres se confundieron bajo el prestigio misterioso de una voluptuosa noche de verano.

Veíanse Carolina y el capitan á través de esa trasparencia fantástica del aire, de esa pálida reververacion de las estrellas, de ese verde oscuro que forma la atmósfera de los jardines y esta triple naturaleza los llenaba de emociones impregnadas de sentimiento y de encanto que era casi imposible desvanecer.

Pero habia de llegar un instante en que aquellos dos séres volvieran á la vida real.

La campana de un relój les hizo comprender que no en vano corria el tiempo precipitadamente. Córdoba se acordó de que tenia que marchar á París; Carolina sintió una profunda inquietud por aquella ausencia, y ambos despertaron de aquel sueño de flores en que habian estado sepultados.

Su última mirada fué brillante como las promesas del porvenir; su postrer pensamiento fué triste como el dolor de la ausencia.

Un suspiro que se evaporó en el aire fué el último adios.

V.

En la córte de Francia.

Para seguir el curso de los acontecimientos que nos hemos propuesto referir, nuestros lectores tendrán que hacer con nosotros un viaje bien largo. Vamos hácia París, ó mejor dicho, hácia aquellos espléndidos y maravillosos sitios reales que el génio altivo y orgulloso de Luis XIV habia levantado en las inmediaciones de la gran capital.

A la sazon estaba la córte de Francia en Fontainebleau, morada embellecida con todo el lujo de las grandezas humanas y en donde el génio de la gloria unido al númen de las artes, habia derramado sus maravillosas combinaciones, para hacer más brillante la morada de aquel sol del siglo XVII que primeramente humilló á la Europa, y luego más tarde se vió humillado por ella.

Segun el ceremonial de la casa de Francia, se preparaban en aquella mansion del génio de la

poesía y del amor, las bodas que debian poner el sello de la alianza á las dos naciones que mayor influencia egercian en los destinos de Europa.

Luis XIV habia querido, en combinacion con el embajador de España, el marqués de los Balbases, que se celebrase en Fontainebleau ó en *Fontanablό*, como se escribia entonces por los españoles, las bodas de la serenísima real princesa doña María Luisa de Borbon, en 31 de Agosto, y todo se iba disponiendo á las mil maravillas para dar á este acontecimiento la solemnidad que era indispensable, para que el nombre de los dos pueblos rivales quedasen á la altura correspondiente.

Desde luego se habia despertado la competencia entre españoles y franceses para ver quién á quién superaba en magnificencia en las bodas reales. España, que en todos tiempos habia sabido mantener su tradicional fastuosidad, tenia en esta ocasion un doble interés en ofuscar el brillo de la córte de Francia, y nadie como el magnífico marqués de los Balbases podia interpretar la arrogancia y la riqueza española.

Acaso para dar un carácter menos ostentoso, en vista de los preparativos que se hacian, Luis XIV dispuso al dia siguiente de la fiesta de San Luis, que todos se trasladasen á San German de Laya, siendo el rey el primero que partió, acompañado de los duques, pares, príncipes, mariscales y multitud de señores de su córte.

El 29 de Agosto, cuando el marqués de los Balbases se disponia á seguir á la córte francesa, tuvo aviso de que acababa de llegar un emisario de España y al punto le dió audiencia; este emisario era el noble y bravo capitan don Francisco de Córdoba, que en menos de ochenta horas habia corrido la distancia que separa á Madrid de Fontainebleau, para dar aviso de la llegada del embajador extraordinario el duque de Pastrana, quien en nombre del rey de España, venia á entregar las joyas que el augusto novio regalaba á la régia esposa.

Al punto se estendió la noticia por toda la córte francesa y principió á hablarse de los diamantes, perlas y esmeraldas de que era portador el referido duque como se podia hablar de un cuento de hadas.

El marqués de los Balbases que estimaba y conocia las prendas de Don Francisco de Córdoba, le dijo:

—Supongo, caballero, que vendreis rendido y necesitareis descansar. En mi palacio teneis habitacion prevenida, y mientras yo regreso á París para recibir al duque de Pastrana, vos seguireis á la la señora marquesa á San German de Laya, en donde se traslada la córte de Francia.

Presentó el de los Balbases á su esposa al caballero español, y esta le hizo multitud de alhagüeñas preguntas acerca de la causa de su venida. Satisfizo Don Francisco á la marquesa, más cuando al

nombrar á los ilustres señores que venian en compañía del duque de Pastrana, pronunció el nombre de Don Fernando de Toledo;

—¡Ah!—exclamó la de los Balbáses, ¿viene tambien ese caballero?

—Si señora,—replicó Don Francisco inclinándose.

—Ved, pues, aquí una noticia que será muy agradable á una de las personas que me son más queridas en este mundo.

Sonrióse el capitan comprendiendo lo que queria decir la marquesa y esperó sus órdenes...

—Descansad, amigo mio, hasta la tarde,—le dijo al fin.—Entonces favorecereis parte de nuestra comitiva para marchar á San German.

Don Francisco se retiró al punto, y conducido por un page á una suntuosa habitacion, se consagró al descanso por algunas horas, hasta que á la tarde, conforme lo dispuesto por la marquesa, todos se trasladaron á San German.

Durante el alegre y corto trayecto, Córdoba saludó á Adelaida de Spínola, jóven hermosísima, blanca y rubia, de ojos de color de cielo y boca de coral, como decian los antiguos poetas, la cual estaba dominada por una dulce alegría á causa de la noticia que le habia comunicado la marquesa de los Balbases.

Córdoba la ratificó, añadiendo con la discrecion que le distinguia, que Don Fernando de Toledo

debia estar ya en París, y que seria muy probable que aquella misma noche durmiese en Fontainebleau.

Estas y otras amistosas confidencias demostraron al capitan el puro amor que Adelaida profesaba á su amigo; mas como quiera que los agradables acontecimientos que se iban á verificar absorbian la atencion de todos, los dos jóvenes se vieron en el caso de interrumpir su conversacion, á fin de ser espectadores de los sucesos que á cada instante tenian lugar.

Antes de llegar á San German, el marqués de los Balbases estaba ya de regreso al lado de su esposa, manifestando que el duque de Pastrana llegaria al dia siguiente á Fontainebleau.

Nuestros lectores nos dispensarán que al hacer la descripcion de todo lo ocurrido en aquellas célebres bodas, sigamos la detallada que hizo un caballero español que se halló presente, por ser muy curiosa y poco conocida; y al efecto, siguiendo la carta de este cronista, diremos que tan luego como nuestro embajador y su esposa llegaron al palacio, *fueron á rendir su obsequio á sus Majestades cristianísimas y Altezas reales*.

Celebrábanse en aquel momento grandes funciones en honor de la futura reina de España, y el marqués y la marquesa presentaron á ésta á Don Francisco de Córdoba, el cual fué graciosamente recibido por María Luisa de Orleans.

Terminada la solemnidad de palacio, el embajador de España, su esposa y su comitiva fueron alojados en una opulenta mansion cerca de las habitaciones de la reina de España.

Pocos instantes despues, y en los vastos salones de esta morada, Mr. de Pompone, secretario de Estado, tuvo una entrevista con el marqués de los Balbases, y en ella fueron leidas las escrituras que al dia siguiente habian de firmar sus Majestades y Altezas reales, por las que quedaba ultimado el contrato matrimonial y la forma con que seria ratificada la paz.

A la mañana siguiente, 30 de Agosto, vestido Luis XIV de toda ceremonia, envió, por medio de Mr. Colbert, un hilo de preciosas perlas y un aderezo de ricas piedras, estimado todo en cien mil escudos al señor duque de Orleans, para que éste lo diese en nombre del rey á la señora doña Luisa de Borbon.

Esta se puso inmediatamente el collar, en gratitud á quien se lo enviaba.

A la tarde recibió aviso el marqués de los Balbases de que acababa de llegar á Fontainebleau el duque de Pastrana y llamando á Don Francisco de Córdoba:

—A caballo, amigo mio, á caballo al momento. Desde aquí á mañana, en que deben celebrarse las bodas reales, es preciso que España quede en el alto lugar que le corresponde. Todo el mundo ha-

bla del collar de perlas y de diamantes que su Majestad cristianísima ha regalado á nuestra soberana, y nosotros necesitamos apagar el resplandor de esas piedras preciosas con una verdadera cascada de brillantes, esmeraldas, rubíes y amatistas.

Don Francisco comprendió perfectamente aquel arranque del noble marqués, y ambos partieron para Fontainebleau. Eran amigos íntimos Pastrana y los Balbases; se abrazaron y al momento dijo este último:

—¿Traeis las joyas?

—¡Oh!, sí.

—Entonces esta misma noche las presentaremos á la reina. Amigo mio, es preciso superar en magnificencia á estos señores franceses, engreidos hoy por la fortuna.

Mientras que los dos embajadores hablaban en este sentido, se abrazaban cariñosamente Don Fernando de Toledo y Don Francisco de Córdoba.

—¿La has visto?—preguntó el primero al segundo con viva ansiedad.

—¿A quién? ¿á la reina?—contestó Córdoba.

—No; á ella.

—Es decir, ¿á Adelaida?

—Justamente.

—Figurate si la habré visto, cuando ya hemos hablado de tí tres ó cuatro veces.

Los ojos de Don Fernando brillaron de alegría.

—¿Y la has dicho algo de nuestros encargos particulares?—preguntó éste.

—Ni una palabra; eso te corresponde exclusivamente.

—Tienes razon.

En aquel instante uno de los secretarios de la embajada española llegó á escape desde San German participando al marqués de que iban á buscarlo á su alojamiento, en una carroza del rey, el príncipe de Lorena, gran maestro de ceremonias, y Mr. de Boneville, introductor de embajadores, seguidos de un coche de la reina, en donde iba Mr. de Geraud, vice-introductor de embajadores.

—Ya lo veis,—exclamó el marqués de los Balbases;—la córte de Francia no nos quiere dejar tiempo para nada. Partamos en este instante, que ya tendremos ocasion para hacer brillar en los salones de San German toda la grandeza española.

Como la distancia era muy corta, los dos embajadores partieron inmediatamente, llegando á San German casi al mismo tiempo que los coches de Francia, se detenian en la puerta de la embajada de España.

Don Francisco de Córdoba recibió órden de llevar al duque á la presencia de la marquesa de los Balbases, y este fué á recibir á la ilustre comitiva que iba en su busca. Despues de los discursos preparados al efecto, el marqués de los Balbases fué invitado á pasar con la misma ceremoniosa etique-

ta al cuarto del príncipe de Conti, autorizado con poderes por Luis XIV para desposarse con doña María Luisa de Borbon.

Se trataba de firmar solemnemente los contratos matrimoniales, y como por encanto, los salones en donde estaban alojados los embajadores españoles resplandecieron con el concurso de caballeros y damas, vestidos de la manera más rica que podia concebirse.

Mientras tanto los coches de la casa real de Francia regresaban hácia palacio, llevando en el puesto de honor de la carroza del rey, al marqués de los Balbases.

Vestia éste el traje severo de terciopelo negro, llevando sobre el pecho el collar de la insigne órden del Toison de oro.

En el patio de palacio habia formadas tres compañías de infantería, que hicieron los honores tan luego como se presentó el embajador español. Subió éste con toda la comitiva al cuarto del príncipe de Conti, y despues regresaron á las habitaciones reales.

Hallábanse los reyes de Francia bajo dosel, teniendo á su lado y de pié al delfin, á los señores duques de Orleans, á la serenísima doña María Luisa de Orleans y Borbon y á los demás príncipes y princesas legítimos y naturales.

Hizo el marqués *discreta reverencia* á sus magestades y les manifestó con *soberana cor-*

dura (1) las felicidades que esperaban todos y se seguirian á tan cordial alianza.

Tomóse en seguida el consentimiento de los reyes con instrumento público y solemne, que fué firmado por todos los que tenian derecho á ello.

El marqués de los Balbases firmó al lado de la firma de la duquesa de Guisa.

Terminado el acto del consentimiento, entró el cardenal de Bullon vestido de capa pluvial, mitra y báculo, y habiendo reconocido el instrumento y dispensacion de Su Santidad, preguntó á Doña María Luisa de Borbon, si queria usar de ella y ser esposa del rey católico, á lo que, hecha reverencia al rey, á la reina y á los señores duque y duquesa, sus padres, respondió que Sí con *indecible modestia.*

Acabada la ceremonia y cuando iban á retirarse los reyes de Francia, el marqués de los Balbases se inclinó ante Luis XIV, y le dijo:

—Y ahora, señor, que tan felizmente acaba de celebrarse la ceremonia del consentimiento de S. M. la reina de España, tengo la honra de participar á V. M., que acaba de llegar, como embajador extraordinario de mi soberano, el excelentísimo señor duque de Pastrana, y pido audiencia para presentarlo en la córte.

---

(1) Repetimos que somos simples narradores de los detalles que se refieren al asunto del ceremonial de las Bodas, puesto que los tomamos, como hemos dicho antes, de la relacion escrita por un testigo presencial.

El rey la concedió al instante, y el embajador continuó:

—El señor duque es portador de algunos regalos que el rey mi señor hace á su augusta esposa y desea ofrecer sus respetos, tanto á su nueva soberana, como á los augustos reyes cristianísimos.

—Deseo,—contestó Luis XIV,—demostrar mi aprecio al nuevo embajador extraordinario, y estais autorizado, señor marqués de los Balbases, para presentarlo al momento á fin de que esta noche pueda asistir á las fiestas que tenemos preparadas.

El rey saludó, y salió de la estancia.

El marqués volvió á su alojamiento con la misma pompa y el mismo ceremonial con que habia salido de él.

VI.

Los regalos del rey de España.

La presentacion del duque de Pastrana se hizo al momento, y éste pidió permiso al rey para entregar á la reina de España los nuevos regalos de boda de que era portador. Concedida la autorizacion é invitado á las fiestas nocturnas de palacio, presentó el duque á su vez una numerosa y brillante comitiva, entre la que se hallaban don Fernando de Toledo y don Francisco de Córdoba.

De regreso todos al alojamiento del marqués de los Balbases, habia de principiar inmediatamente la mision especial que cada uno llevaba á la córte francesa.

El duque de Pastrana tenia que cumplir con el encargo secreto de doña Mariana de Austria, por más que ya fueran inútiles é ineficaces sus instrucciones.

Don Francisco de Córdoba estaba en el deber de inquirir todo cuanto hiciese el embajador extraordinario, y don Fernando de Toledo se hallaba en el caso de entenderse inmediatamente con Adelaida de Spínola para ver el modo de hacer llegar á manos de la reina la carta secreta de Cárlos II.

Era preciso llevar adelante aquella conspiracion de amor, de la que tenia que formar parte la dulce y cariñosa correspondencia que existia entre Adelaida y don Fernando, para lo que no tardaron en presentarse ocasiones oportunas, en virtud de los grandes preparativos que se hacian en los salones de la embajada.

Por medio de don Francisco de Córdoba pudo llevarse adelante una cita en los jardines, antes de que todo el personal de la embajada española se dirigiese á las habitaciones de palacio.

Eran los momentos supremos: no habia tiempo que perder, y la hermosa Adelaida de Spínola, vestida ya de córte para acompañar á su tia, la marquesa de los Balbases, se cubrió con un manto, y seguida de una de sus ayas, descendió por la gran escalinata que comunicaba con los jardines reales de Fontainebleau. Al pié de esta escalinata partian diversas calles de árboles, formando una espaciosa circunferencia hasta una gran distancia. Una de estas calles era la señalada para aquella entrevista.

Habian escojido como punto de reunion la es-

tátua de Palas, armada de escudo y casco, y allí se encontró el impaciente don Fernando de Toledo, contando por los latidos de su corazon la vivísima inquietud que lo poseia.

Era la hora en que la luna principiaba á bañar la copa de los árboles, descendiendo una tibia reverberacion hasta aquel sitio silencioso y solemnemente tranquilo.

No tardó mucho el noble capitan en sentir unos ligeros pasos, y al volver la cabeza se encontró con aquella jóven encantadora que, guiada por los sentimientos de su corazon, acudia al lado de su amante para felicitarle por su bienvenida.

Ya hemos dado una ligera idea de la hermosura de Adelaida de Spínola, pero en aquel instante se hallaba doblemente realzada por la emocion y por la alegría.

Don Fernando olvidó el objeto principal de su mision, y cayó con una rodilla en tierra ante la hermosa doncella que le daba aquella prueba de amor.

—¡Adelaida... Adelaida mia!—exclamó en el colmo de su felicidad.

—Alzad,—contestó ésta sonriendo:—ya lo veis... He venido para deciros que soy la misma de siempre; la más fiel y la más leal de las mujeres que aman.

Don Fernando tomó mientras tanto una de las blancas y bellísimas manos de Adelaida é imprimió en ella un ligero beso.

—Siempre he vivido en la esperanza,—exclamó este,—y ahora gozo en la realidad.. Dejadme que os contemple, dejadme que os diga todo lo que siente mi alma.

—¡Ah!—contestó Adelaida:—no tenemos tiempo para eso. Tengo que volver inmediatamente al lado de mi tia. ¿Pero qué más quereis de mí?

—Es verdad, soy un egoista: todo lo habia olvidado en este momento, y como me acabais de indicar, no debemos perder un instante. ¿Sabeis, Adelaida, el objeto de mi viaje?

Don Fernando se habia puesto de pié y devoraba con sus ojos el hermoso semblante de su amada.

—¿No habeis venido á verme?

—Sí, ese es el deseo eterno de mi corazon; pero sabed que me trae á Fontainebleau una mision importantísima.

—Algo de eso me ha dicho don Francisco de Córdoba,—repuso Adelaida.

—Mision en la que vos teneis que tomar una parte activa y misteriosa.

Adelaida fijó una penetrante mirada en el rostro de su amante, y despues replicó:

—Tengo una fé ciega en todo lo que os pertenece, y por eso os escucho sin inquietud... Sin embargo, os suplico que disipeis mis dudas.

—Ahora mismo,—contestó don Fernando.—Sabed que soy portador de una carta secreta de S. M. el rey de España para su esposa doña María Luisa

de Borbon, y es preciso que vos, que conoceis la córte de Francia, me busqueis un medio para entregar dicha carta.

Adelaida se sonrió dulcemente, y preguntó:

—Pero esa carta es...

—¡De amor!

—Dios mio,—¿luego el rey le escribe en este sentido á la reina?

—Exactamente.

—Entonces desde este momento, amigo mio, me hago cómplice de ese misterioso asunto.

—Gracias—exclamó don Fernando.—¿Es decir que vos...?

—Hablaré á la reina.

—¿Cuándo?

—Esta noche misma en las fiestas de la córte.

El capitan estaba loco de alegría, en razon á lo bien que se le presentaba el desempeño de sus asuntos. Despues dijo:

—Debo advertiros, Adelaida, que además de la carta del rey, soy portador de una preciosa joya que éste quiere que S. M. la lleve puesta mañana sobre su pecho en el momento de su desposorio.

—Tambien se lo participaré á la reina, y segun ella disponga lo que crea por conveniente, así obraremos.

—Todo lo espero de vuestra discrecion, amiga mia,—replicó don Fernando,—por lo tanto, ¿cómo he de saber lo que S. M. disponga?

—¡Cómo!.. ¡ah! es cierto... pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—El que despues de la fiesta de esta noche me espereis en este mismo sitio.

—¿Y entonces podré hablar con vos más despacio.?

—Entonces pensaremos en nosotros.

En aquel momento el aya de Adelaida le avisó que acaso se podia echar de menos su presencia, y ésta se lo hizo así saber á don Fernando.

—¡Os retirais tan pronto!...—le dijo en tono de reconvencion.

—Es preciso; pero esto no os dé cuidado, porque debeis descansar en mi fé.

—Acabareis de volverme loco,—replicó el capitan.—Por eso cada vez os amo con mayor delirio.

—Ya nos ocuparemos de eso. ¿No sabeis que teneis que darme cuenta de lo que habeis hecho durante el tiempo de nuestra separacion?

Era tan dulce, tan jugueton y tan feliz el acento de Adelaida, que don Fernando se sentia temblar de placer.

Todos los dulces encantos de aquella noche trasparente, aumentaban la ventura de estos dos corazones, que se confundian en un solo sentimiento, en una sola dicha.

Hay momentos en que para expresar lo que se siente no es necesario hablar. La luz reconcentra-

da de los ojos es como el rayo de la palabra en aquellos que se hablan con el idioma del alma. Ni Adelaida ni don Fernando podian expresar lo que sentian en aquel supremo instante.

Pero, como hemos indicado anteriormente, era preciso romper la cadena de flores que los rodeaba con sus perfumes, y Adelaida desapareció al fin, como desaparece una de esas estrellas que constituyen nuestra dicha en las noches profundas del estío.

Cuando don Fernando volvió á la vida real, se encontró al lado de Córdoba, el cual le dijo estas palabras:

—El duque de Pastrana nos llama para que le acompañemos á la fiesta de palacio, y es preciso buscarlo al momento.

—¡Oh!.. déjame ser feliz; no me despiertes de éste sueño que me domina.

—Al contrario, amigo mio; vamos á que el sueño continúe. Los embajadores de España están tambien esperando. Marchemos al instante.

Toledo se dejó conducir por su amigo, y poco despues se hallaban en los salones del departamento que ocupaba el marqués de los Balbases.

Ya estaba allí la esposa de éste, Adelaida que habia dejado el manto presentándose con un traje de córte blanco y azul, y las damas que constituian el acompañamiento de la marquesa.

El duque de Pastrana llamó á su lado á los dos

capitanes, mientras el marqués se rodeaba de los duques de Sexto, de San Pedro y de otros ilustres españoles que tenian derecho á asistir á las fiestas reales, y los que por su magnificencia estaban destinados á ofuscar á la córte del rey más altivo y poderoso de Europa.

El duque de Pastrana debia hacer entrega de las joyas de que habia sido portador, y numerosos pajes, vestidos de terciopelo carmesí y blanco, en donde los bordados de oro formaban escudos, en cuyo centro se veian las iniciales de Cárlos II y de María Luisa de Borbon, llevaban sobre ricas bandejas de plata sobre dorada, los grandes estuches que contenian las alhajas.

Estos estuches estaban abiertos, y podia decirse que solo se veia allí un foco inmenso de prismas y resplandores, que partian de la abundancia de diamantes, esmeraldas, perlas y otras piedras preciosas que se engarzaban en los collares, brazaletes, diademas, aderezos y escudos que constituian el maravilloso presente del rey de España.

Todo el poderío de un pueblo que habia sido el árbitro de la Europa y del mundo por espacio de tres siglos, que era dueño de los productos portentosos del Asia y de las minas de la América, podia exhibir aquellas riquezas, sin que se tuviera por orgullosa y tal vez extemporánea ostentacion.

El personal de la embajada se puso en marcha

precedido de cien pajes que alumbraban el camino con grandes hachas de cera blanca.

La novedad y el interés eran tan fuertes en la córte francesa, que cuando apareció aquella brillante comitiva por las hermosas galerías del palacio, se extendió un rumor cada vez más creciente de sorpresa y admiracion.

Los pajes se detuvieron en la escalera, y los dos embajadores, el de Pastrana y el de los Balbases, llevando delante de sí á los portadores de las joyas, llegaron al gran salon donde estaban los reyes de Francia, los duques de Orleans y la jóven reina á quien se tributaban todos aquellos homenages.

El duque de Pastrana entonces, haciendo tres profundas reverencias, manifestó el objeto de su embajada, presentó el magnífico regalo y se consideró por dichoso de ser el primer español que tenia la honra de besar la mano de S. M. despues de haber dado ésta solemnemente su consentimiento para ser la esposa del rey de España.

María Luisa respondió discretamente al discurso del duque, y con una modestia tal, que cautivó desde luego al diplomático, que á pretesto de las joyas, venia á observarla bajo las condiciones físicas y morales que queria conocer á fondo doña Mariana de Austria.

Porque en efecto, aquella princesa que luego participó del triste reinado de Cárlos II, poseia cier-

to encanto natural que dominaba instantáneamente á cuantos la conocian.

No era hermosa, como digimos al principio; pero era el conjunto de su rostro tan dulce, era tan serena su mirada, era tan blanco su cútis, era tan modesto su tocado, especialmente en una córte donde el arte más caprichoso hacia de los peinados de las damas las combinaciones más elegantes y provocativas, que todos los allí presentes, hasta el mismo Luis XIV, le rendian justa y merecida admiracion.

Mientras toda la córte se hallaba deslumbrada con aquellas verdaderas cascadas de piedras preciosas que la arrogancia española ponia á los piés de su soberana, ella era la única que permanecia tranquila en medio de la curiosidad de todos.

Una vez terminada la solemne entrega de las joyas, el rey invitó á los embajadores de España á pasar al gran salon del teatro donde se iba á representar una de las comedias más notables de Racine.

En aquel momento fué cuando Adelaida Spínola pudo acercarse á María Luisa de Borbon, puesto que merecia de esta princesa las más cariñosas atenciones.

—Deseaba veros,—dijo la reina haciéndola colocar junto á sí. Nada más legítimo y natural que tener á nuestro lado á las damas más bellas y distinguidas de la nueva pátria que nos ha concedido el cielo.

Adelaida se inclinó graciosamente.

—¡Ah, señora!—exclamó:—ya consta á V. M. que soy su más leal servidora.

—¿Por qué no decís *leal amiga?*—insistió María Luisa.—Yo necesito de personas jóvenes como yo, que sepan comprender mis sentimientos; que me den pruebas de cariñosa solicitud, y sobre todo que me otorguen su afecto fuera de las prácticas de la etiqueta. Siendo vos, señorita, la jóven española más digna que he conocido, quiero buscar y encontrar en vos un corazon que corresponda al mio.

—Mi deber, señora, es llegar á merecer el generoso aprecio de V. M.,—contestó Adelaida inclinándose.—Y siendo acaso la fortuna la que me facilita el camino para lograr vuestra distincion, permítame V. M. que me atreva á darla una noticia que en este momento puede interesarla.

María Luisa fijó en la señorita de Spínola una dulce y tranquila mirada, y exclamó como sorprendida:

—¡Una noticia!

—Exactamente.

—¿Y cuál puede ser ella?

—Voy á someterla á vuestra consideracion, señora, con el duque de Pastrana ha llegado de Madrid un caballero que trae directamente para V. M. una carta.

—¡Una carta! ¿De quién?

—De S. M. el rey de España.

La inexperta princesa se puso pálida por la viva emocion que experimentó en aquel instante, y su pecho la hizo comprender lo que significaba aquella misteriosa correspondencia.

—¡Dios mio!—exclamó la reina visiblemente agitada: ¡el rey me escribe!

—Creo, señora,—contestó discretamente Adelaida,—que el que escribe es el esposo á la esposa...

—¡Ah! sí, sí,—replicó la reina, estrechando la mano de la señorita de Spínola;—lo comprendo muy bien, y mi gratitud es doble superior á las bondades de mi esposo. Es preciso que esa carta llegue á mis manos.

—Para eso solo se esperan las órdenes de vuestra Majestad. Yo, por disposicion del rey, he cumplido participandoos lo que ocurre, señora.

—¡Oh! gracias. ¿Quién es el portador de esa carta?

—Don Fernando de Toledo.

La voz de la señorita de Spínola se hizo trémula al pronunciar este nombre.

—¿Acaso ese caballero tiene derecho para estar en estos salones?

—Sí, señora.

—¿Tuviérais la bondad de indicármelo?

Una expresiva y rápida mirada de la señorita de Spínola fué bastante para dar á conocer á don Fernando á la jóven princesa.

Esta miró por algun tiempo el noble continente y la arrogante figura del caballero, y despues exclamó:

—Pues bien: vos que sois la digna mensagera de una nueva feliz para mi alma, me direis lo que debo hacer.

—¡Yo, señora!

—Quiero que me aconsejeis, amiga mia.

—Señora, en estos casos, el mejor consejero es el corazon.

—Es cierto. Por lo tanto ¿podreis manifestar al señor de Toledo que esta noche despues de las fiestas de palacio le recibiré en mis habitaciones?

—¡Oh! con sumo gusto.

—Entonces confio en vos. Mi aya irá á buscarlo al pié de la escalinata de los jardines de palacio.

La reina y la señorita de Spínola enmudecieron, pues su diálogo no dejaba ya de llamar la atencion de una córte que pecaba de suspicaz y recelosa.

Y tanto fué así, que no faltó quien observara que María Luisa de Borbon se hallaba al parecer más contenta y satisfecha.

Sin embargo, nadie sino tres personas estaban en el secreto.

El amor, por consiguiente, se hallaba por encima de todas las conversaciones diplomáticas, las cuales zurcian, por medio de un matrimonio, la eterna animadversion de dos pueblos que se odiaban de muerte.

VII.

En el cuarto de la reina

Terminaron las funciones régias, y el rey de Francia, la reina de España, las damas y los caballeros, las princesas y los duques, los embajadores y los altos funcionarios de palacio desaparecieron dentro de la atmósfera brillante y dorada que los envolvia.

Las luces se apagaron, las tropas abandonaron el parque, los centinelas se sepultaron en sus garitas, y solo la majestad suprema de la noche y los blancos resplandores de la luna quedaron dominando en la naturaleza extendiendo la una su imperio sobre la tierra y envolviendo los otros en una neblina fantástica, palacios, jardines, fuentes y bosques.

Eran las doce, y don Fernando de Toledo que no habia olvidado la cita que tenia pendiente con la señorita de Spínola, se habia dirigido al pié de la

escalinata de mármol para esperar la hora suprema del amor y de la esperanza.

Mientras tanto, el duque de Pastrana que pudo hablar algunos instantes con la reina, se hallaba ya en su habitacion dispuesto á entregarse á un descanso, que tanto más necesitaba, cuanto que aun no habia tenido momento de reposo desde que habia salido de Madrid; pero estaba tan visiblemente preocupado con una idea que parecia molestarlo, que no le habia permitido consagrarse á reponer sus fatigadas fuerzas.

Iba ya á despedir á don Francisco de Córdoba, que le habia acompañado hasta su cuarto, cuando se le ocurrió ilustrarse sobre la delicada materia que le hubo de encargar doña Mariana de Austria.

Al efecto, sin dar á conocer su opinion, dijo de repente:

—Y bien, señor de Córdoba: ¿qué os ha parecido nuestra nueva reina?

—La encuentro encantadora, señor duque.

—Encantadora en virtudes, ¿no es eso?

La frase era todo lo maliciosa que podia ser; pero Córdoba replicó:

—No es una belleza de primer órden, pero hay tanta gracia, tal perfume de castidad, tal aureola de modestia en toda ella, que seduce y fascina desde el primer instante.

—¿No os ha parecido muy niña?—volvió á preguntar el duque.

—¡Ah! sí lo es; pero la juventud ha sido siempre una esperanza.

El duque fingió un golpe de tos y replicó:

—Sin embargo, es muy jóven... muy jóven para ser una reina. Uno de nuestros monarcas decia, que queria mujeres robustas que pudiesen ser madre de muchos hijos... pero la cosa, señor de Córdoba, no tiene ya remedio y es preciso conformarse.

Esta frase era una semi revelacion que el duque hacia en aquel momento, la cual era, ni más ni menos, que el reflejo de las opiniones que acerca de la reina se tenian en la córte del Buen-Retiro.

—¡Oh!—se aventuró á decir don Francisco,—¿y por qué no tiene remedio?

—Porque ya es tarde, amigo mio... Ya veis, mañana se celebran las bodas, ó mejor dicho, hoy, puesto que ya estamos en 31 de Agosto.

—¿Pero acaso pensábais destruir ese régio enlace?

—Tal vez sí.

Córdoba comprendió todo lo que significaba la embajada extraordinaria del duque, mientras éste queria conocer á fondo ciertos detalles pertenecientes á S. M.

—En ese caso,—observó el noble capitan,—me alegro que no hayais conseguido vuestro intento.

—¿Os alegrais?

—Pues es claro. Doña Maria Luisa de Borbon es digna de ser reina de España.

.—Pero es muy flaca, amigo mio.

—Tiene mucho talento.

—Y una cintura muy estrecha.

—Es sumamente amable.

—Pero está siempre pálida y ojerosa, señor de Córdoba, y esto entra por mucho, cuando se trata de un pueblo como el nuestro, de un pueblo que necesita reinas que tengan muchos hijos.

Sonrióse Córdoba, y adivinó toda la profundidad de aquellas observaciones.

Mas á pesar del juicio, más bien desfavorable que favorable, que acababa de hacer el embajador extraordinario de S. M. Católica, veiamos á ésta dominada por la fuerza de las circunstancias, impulsada por un vivo sentimiento de curiosidad, y poseida de la solemnidad del momento, en la hora suprema que habia señalado á la señorita de Spínola, para recibir la carta secreta del rey de España.

Era María Luisa de Orleans y Borbon una de aquellas princesas que se habian librado de la corrupcion de una córte que hacia alarde de las antiguas costumbres profanas, á través de una mogigatería repugnante. Demasiado jóven para conocer los vicios de su siglo, tenia, sin embargo, cierto ódio á aquellaépoca que estaba en contradiccion abierta con la más esquisita moralidad.

A pesar de todo, no se habia podido librar de la influencia de ciertas costumbres, y cuando en aquella noche tuvo la ocasion de recibir una carta del

que allí á pocas horas sería su esposo ante Dios, no tuvo reparo en correr el riesgo de una entrevista nocturna con el portador de la amorosa esquela.

No bien la calma solemne de la noche indicó que habia llegado la hora de la cita, cuando la princesa María Luisa mandó á su aya, madama de Clerambaut, que descendiese á la escalinata de los jardines de palacio y condujese á su habitacion, con toda la prudencia y recato posible, á un caballero, vestido á la usanza española, que encontraría al pié de la misma.

Alarmóse el aya al oir aquella órden, y no pudo menos de exclamar:

—¡Señora!... ¡Un hombre á esta hora y en vuestra habitacion!

—Yo lo exijo,—contestó la futura reina de España con dignidad irresistible.

Descendió toda aturdida madama de Clerambaut hácia los jardines para cumplir las órdenes de la princesa; y, en efecto, á pocos momentos tropezó con don Fernando de Toledo, que más feliz que Endimion, seguia la marcha de la luna, despues de haber espresado todo su amor á la casta y enamorada dama á quien tributaba todo el homenage de su alma.

Madama de Clerambaut cruzó algunas palabras con don Fernando, y ámbos penetraron por un oscuro pasadizo que habia de llevarlos á las habitaciones superiores de palacio.

Las más altas empresas y los pensamientos más elevados agitaban en aquel instante la imaginacion del caballero. Despues de satisfechas sus esperanzas amorosas, iba á tener la dicha de cumplir las órdenes secretas de su rey cerca de su egregia prometida.

Llegaron, por último, á unos salones suntuosos alumbrados escasamente por algunas bugías, y madama de Clerambaut suplicó á don Fernando que esperase al lado de una puertecita forrada de terciopelo carmesí, mientras ella daba cuenta á la reina del desempeño de su cometido.

Dos ó tres veces habia el aya lanzado una rápida y alarmante mirada sobre la bella y noble figura de don Fernando, acabando por confesar que pocos modelos de hermosura varonil tan acabados podian presentarse en la córte de Francia.

Despues de algunos momentos volvió el aya, y con un discreto ademan indicó al caballero que la siguiera.

Entró este en un precioso y reducido gabinete forrado de tela de Pérsia, y quedó inmóvil. La reina estaba allí.

María Luisa de Orleans habia mudado de traje, y vestía en aquel momento una túnica blanca adornada con encajes de Flandes, que no solamente ocultaba sus formas, sino que hacia desaparecer sus piés bajo el cándido oleage de la rica batista que la envolvia. Las joyas que adornaban su cabe-

llera habian desaparecido, cayendo el pelo por delante en dos trenzas, divididas por una raya diagonal y descendiendo suelto por la espalda, pero sugeto en el vértice de la cabeza por un lazo de color de rosa.

Nunca aquella jóven real, pálida y triste, habia presentado sobre sus megillas colores más puros ni satisfaccion más íntima. Era su primera aventura y temblaba.

Don Fernando se inclinó respetuosamente, y doblando la rodilla, besó la trémula y blanca mano que le presentó la reina.

Madama de Clerambaut se retiró hácia el fondo, casi ocultándose detrás de las grandes cortinas de un balcon que caia al jardin.

Cuando la inesperta reina de España, mejor dicho, cuando aquella real y perfumada flor de lis se vió sola delante de uno de los más gallardos jóvenes de la nobleza castellana, sintió que su corazon latía con suma violencia, puesto que en todo aquello existia el prestigio de lo inesperado.

Por vez primera en su vida, á causa de la severa educacion que habia recibido, se encontraba sola al lado de un jóven cuya hermosa presencia era de esas que no se pueden olvidar jamás cuando una mujer la estudia y analiza.

Hizo, pues, la reina un esfuerzo sobre sí, y dijo por último:

—Caballero: he sabido que habeis venido di-

rectamente de España para cumplir una mision de vuestro rey.

—¡Ah, señora! Mi mision está reducida á entregaros una carta de S. M. y un pequeño recuerdo suyo.

Y al mismo tiempo puso en manos de María Luisa el broche de diamantes con la cifra enlazada de los futuros esposos y la carta amorosa de Cárlos.

La jóven princesa recibió ambas cosas, y despues de mirar la joya que en aquel instante era el símbolo del amor verdadero de su futuro esposo, se acercó á una de las arañas de cristal de Bohemia que daba luz á aquella habitacion, y leyó la carta.

Algunas fugitivas sonrisas aparecieron en los puros y frescos lábios de la reina, y despues de ocultar la carta con esa timidez que es propia de la inesperiencia, volvióse hácia el mensajero y le preguntó:

—Y el rey... ¿no os ha encargado alguna otra cosa para mí?

—Sí, señora. Suplica á V. M. que no le priveis de la dicha de recibir vuestra contestacion.

María Luisa pareció meditar un instante, y luego dijo:

—¿Pero de qué modo? Yo no tengo aun medio suficiente para establecer una correspondencia con S. M.

—Ese medio soy yo, señora.

..... puso en manos de María Luisa el broche de diamantes.....

—¡Vos!

—Merezco la amistad y confianza de mi soberano, y por eso me atrevo á suplicar á la reina de España que no tenga reparo alguno en entenderse directamente con su régio esposo.

—Sin embargo; hay en todo esto inconvenientes, tanto más cuanto nos encontramos en una córte suspicaz y demasiado curiosa.

María Luisa decia esto con la candidez de una niña sin comprender lo atrevida que era su observacion.

—No obstante,—se aventuró á decir don Fernando;—para cortar toda clase de vacilaciones, si V. M. me lo permite, le haré una indicacion.

—¿Cuál!

—Siempre que V. M. desee entenderse con su augusto esposo, puede encontrar una fiel intérprete de sus deseos en la señorita de Spínola.

La reina fijó por un instante una mirada en don Fernando de Toledo y pareció aceptar aquella idea que facilitaba los medios de inteligencia que ella buscaba, acaso por cumplir con un recíproco deber, más bien que por un sentimiento más vivo.

—Vuestro pensamiento es de gran oportunidad y lo aceptaré en lo sucesivo. La señorita de Spínola merece mi confianza y estimacion y con ella me entenderé en el asunto. Ahora bien, caballero, ¿pensais regresar pronto á España?

—Mis órdenes,—contestó don Fernando,—no me

autorizan para tanto. Hoy estoy al servicio inmediato de V. M.

La princesa miró por tercera vez á don Fernando, y sintió como una vaga turbacion que ella no se supo esplicar al pronto.

—Está bien. Por la carta del rey, se que sois uno de los más ilustres caballeros de Castilla, y esto me obliga á agradecer más las bondades de su majestad.

Estas palabras eran como el término de la audiencia y la reina volvió la cabeza para buscar á madama de Clerambaut, que lo atisbaba todo á través del espacioso cortinaje que cubria el balcon de aquella estancia.

Hecha cargo de lo que acababa de pasar, presentóse inmediatamente haciendo el saludo más cumplido, mientras don Fernando doblaba de nuevo la rodilla para besar la mano de la reina.

—Esperad,—dijo ésta, cediendo á un impulso de lo que ella tal vez no tenia la conciencia de lo que hacia,—no quiero que el primer español que me ha traido noticias directas de mi esposo, se retire de mi lado sin llevar un ligero recuerdo de mi aprecio. Tomad.

Y arrancando de su cabellera el lazo de color de rosa que la sugetaba, y el cual estaba unido á un broche de oro, lo puso en manos de don Fernando.

Este lo llevó respetuosamente á sus lábios, é inclinándose de nuevo siguió los pasos de madama

Clerambaut, que se encaminó hácia la puertecilla forrada de terciopelo carmesí.

La princesa de Orleans, blanca como un rayo de la luna, siguió con su tímida mirada los pasos del noble capitan.

Pero cuando éste iba á desaparecer, momentos ántes que se abriera la discreta mampara, ésta cedió á un impulso que le comunicaba por la parte de afuera una mano desconocida y preséntose una de las jóvenes camaristas de S. M. espresando en su rostro una viva inquietud.

La de Clerambaut, dió un paso para atrás.

—¿Qué ocurre?—preguntó ésta que conocia perfectamente las reglas de la etiqueta.

—Ocurre, señora, que S. M. el rey Luis XIV, se dirige en este instante á esta habitacion para visitar á la señora princesa.

VIII.

Razon de Estado.

La inesperada noticia que acaba de comunicar la camarista produjo una sensacion inmensa. Madama de Clerambaut retrocedió lanzando á la reina una mirada llena de espanto, ésta se puso amarilla como el marfil, mientras reinó por algunos momentos el estupor más grande.

El único que permanecia sereno era don Fernando.

Pero no habia tiempo que perder; el rey de Francia se hallaba á punto de llegar de un momento á otro, y no podia convenir á María Luisa, el que se supiera que en sus habitaciones más reservadas, y á una hora tan intempestiva, habia un caballero, cuya presencia pudiera ser sospechosa.

Madama de Clerambaut comprendió esto mismo, y tomando bajo su responsabilidad cuanto pudiera suceder, dijo á don Fernando:

—Ya no es posible salir por esta puerta, pues el rey os encontraria. No habiendo otro punto de escape, venid. Entrad en ese balcon, permaneced sordo y mudo, y no olvideis que cualquier imprudencia pudiera comprometer gravemente el nombre de vuestra reina.

Don Fernando no contestó, pero se dejó llevar por madama de Clerambaut; entró en el balcon, y los grandes cortinajes que lo adornaban cayeron en espaciosos pliegues ocultándolo por completo. Quedaba entre él, el rey de Francia y la reina de España, un pequeño espacio que don Fernando podia ver por el intersticio que formaban las dos hojas de la cortina.

No hubo tiempo para más. Apenas madama de Clerambaut llegó á la puerta, cuando se presentó Luis XIV con aquella magestad, nunca desmentida, con que sabia revestir todos los actos de su existencia.

Madama de Clerambaut se inclinó profundamente, mientras la asombrada María Luisa hacia una graciosa reverencia con la que quiso ocultar su turbacion.

Por medio de una expresiva mirada, el rey indicó á madama de Clerambaut la órden de que esperase en la antecámara, dirigiéndose en seguida hácia su sobrina, que temblando, de pié y apoyada en la mesa central, esperaba el desenlace de aquella visita.

—Perdonad, querida sobrina,—dijo Luis XIV,—que haya venido á esta hora á molestar vuestra atencion, pero razones poderosas me impulsan á ello. Por un lado queria veros en un momento en que nadie pudiera apercibirse de esta visita, y por otro, el tiempo, más imperioso que la voluntad de los reyes, me ha obligado á ello.

Luis XIV se sentó cerca de la mesa, dando frente al balcon cuyo cortinaje ondulaba á impulsos de la ligera brisa de la noche, y María Luisa quedó de pié.

Esta contestó en seguida:

—Señor, cualquiera que haya sido el móvil que ha traido á V. M. á mis habitaciones, siempre será para mí una verdadera dicha. Mi mayor satisfaccion es cumplir los deseos de V. M.

—Es grave é importante lo que voy á decirte, puesto que de ello depende la grandeza de la Francia, que siempre debe ser tu pátria, por más que mudes hoy de condicion y de fortuna. No vengo, pues, á hablarte como puede hablar un tio á su sobrina más querida: el rey de Francia es quien viene á ver á la reina de España. Y digo reina de España, porque dentro de pocas horas será ya un hecho real y positivo tu matrimonio con Cárlos II de Austria.

María Luisa se inclinó profundamente sin decir una palabra.

Luis XIV continuó:

—Este matrimonio, hija mia, va á imponer sobre vos grandes deberes, que acaso no puedan sobrellevar vuestros hombros. Vais á un país enemigo antiguo de la Francia, á un país que encubre sus desastres con la magnificencia de su pasada historia, y que espera reponerse en dia no lejano de las pérdidas que ha sufrido. La paz de Nimega, por la cual vos sois la prenda de alianza entre los dos pueblos, está sujeta con alfileres, y no es fácil responder del porvenir, si vos, olvidando vuestro orígen, vuestro nombre y vuestra familia, os subordinais á la política austriaca, que busca por todos los medios posibles el modo de abatir nuestra arrogancia y poderío.

—Señor,—respondió la discreta María Luisa:—Vuestra Majestad debe comprender que la mision de una reina es completamente contraria á la mision de un rey. A nosotras no nos cumple mezclarnos en los asuntos del reino, sino en el amor de nuestro esposo y en la práctica de todas las obras de misericordia. Hacer el bien entre nuestros súbditos, ejercer la caridad, enjugar las lágrimas de la miseria y reparar las injusticias; tal es nuestro deber.

Pasó por los ojos de Luis XIV un rayo de soberana altivez ante la ligera contradiccion que experimentaba, y dijo:

—Sin embargo, hay en España una reina de corazon austriaco que inspirará en su hijo todo el ódio

que tiene á la Francia, y por consiguiente, es preciso que vos, con vuestro amor de esposa, con vuestra influencia, con vuestro poder, hagais que el rey se incline á nuestra política, y cuya tendencia debo deciros en este momento.

María Luisa comprendió toda la importancia de aquella entrevista, y quedó inmóvil esperando oir el pensamiento del rey.

De vez en cuando, y como dominada por un temor repentino, volvia disimuladamente la cabeza hácia el balcon, temerosa de que el secreto más profundo de la política francesa, fuese á revelarse ante uno de los más fieles súbditos de S. M. Católica; pero no habia otro remedio.

Luis XIV, continuó:

—Os he dicho, María Luisa, que quiero que sigais siendo francesa á pesar de vuestro nuevo estado, porque de ello depende el engrandecimiento de nuestra familia. Ya sabeis que en el enlace de los reyes no entra el corazon á egercer una influencia más ó ménos directa; entra lo convencional: una boda de príncipes es más bien que un lazo de union, un pacto de alianza, alianza á la que cada uno contribuye por su parte, y de la que el cálculo, el interés y la ambicion son consecuencias ineludibles. Vos os casais hoy con Cárlos II de España, con una persona que no conoceis, que no podeis amar, por que no os casais por afecto, sino por un convenio de recíproca utilidad, y seria una

falta imperdonable que olvidaseis esto. Sois Borbon, y á la casa de Borbon os perteneceis.

—Pero, señor,—observó la aturdida María Luisa:—en el mero acto de ser la esposa del rey de España, no debo olvidar mis nuevos deberes. Siendo yo, segun ha dicho V. M., un lazo de alianza entre ambos pueblos, ¿cómo he de faltar al uno para favorecer al otro?

El rey pareció reflexionar un instante, como vencido por este sencillo razonamiento, y exclamó:

—¡Ay, hija mia! no queria tan temprano marchitar vuestras ilusiones, pero es preciso que calle la voz del sentimiento para que escucheis el lenguaje de la razon. Violento es en mí revelaros cosas que son secretos de Estado, pero hablo con la reina de España, y los reyes, mi buena María Luisa, sufrimos espantosamente con la série de decepciones y desengaños que á cada paso se nos presenta.

Ante este idioma sentimental y amenazador á la par, la reina se extremeció.

—Ruego á V. M., que se explique de una vez, —exclamó ésta con el acento balbuciente.

—Escuchadme. ¿Veis toda esta pompa con que se revisten vuestras bodas tanto en la córte de Francia, como en la de España?

—Sí, señor.

—Pues todo es mentira: los dos pueblos vamos á un mismo fin; á ofuscarnos, á vencernos en magnificencia, para hacer gala de nuestro respec-

tivo poderío: esta es una lucha á muerte como la de los campos de batalla.

—¡Ah!—exclamó María Luisa, con las lágrimas en los ojos:—es decir, ¿que todas esas demostraciones de afecto y de satisfaccion son vanas fórmulas que encubren sentimientos de ódio y de venganza?

—Ciertamente,—replicó el rey.—Pero ésta es una verdad secundaria que poco importa, ante verdades más terribles.

—Bien, dígnese V. M. abrir el fondo de ese abismo.

—Esa es la verdadera palabra. Por consiguiente escúchadme. ¿Conoceis al esposo que el cielo os destina, hija mia?

María Luisa se llevó la mano á su seno oprimiendo allí la carta que éste le acababa de escribir, y contestó:

—Tal vez sí.

El rey miró á María Luisa por algunos instantes; pero despues cediendo á sus ideas, prosiguió:

—Os engañais: no conoceis á Cárlos II.

—¿Y V. M. le conoce?

—Sí.

—Y bien... ¿qué opinion os merece, señor?

—¡Ay, hija mia! que nunca podrá haceros dichosa.

—¡Nunca! ¿Por qué causa?

—Escuchadme,—exclamó Luis XIV:—esa es la razon de Estado que voy á esponeros. A causa de

los partidos, que desgarraban á España, en tiempo de la regencia de doña Mariana de Austria, el rey se crió casi abandonado de todos; se atendió muy poco á su desarrollo físico y moral; de manera que vuestro esposo es hoy, y será en el curso de su efímera existencia, el juguete de los partidos y de las ambiciones. Su inteligencia es clara, concibe grandes empresas, sueña con glorias y conquistas; pero luego el más ligero obstáculo le hace vacilar y retroceder: se asemeja al niño que quiere andar y no puede. Hoy se trabaja ardientemente en Madrid para dominar al rey y quitaros toda la influencia que vos podais tener sobre él; si esto se consigue, quedareis relegada á una tristísima situacion. Hay más.

—¡Señor, me espantais!

—Sabed, pues, hija mia, otra cosa más aterradora para los reyes.

—¿Y qué es?

—Que Cárlos II jamás tendrá sucesion: morirá sin hijos, y su reino, ese hermoso reino, grande, extenso, poderoso, será el blanco de todas las ambiciones de Europa. Esta es la verdad que pensaba deciros; este es el secreto de Estado; y como hay cosas que nadie, absolutamente nadie, debe ni puede oirlas, por eso he venido en el silencio de la noche y algunas horas antes de vuestro casamiento á presentaros el descarnado y sombrío esqueleto de la realidad. Hija mia,—prosiguió el rey con cierto

acento de autoridad. ¿Os negareis ahora ó vacilareis, á fin de favorecer la política de Francia, de Francia, que es vuestra pátria, y en donde está toda vuestra familia?

—Señor... —contestó la reina temblando.

—Acabais de saber la realidad. Si en el dia, no lejano, en que muera Cárlos II, no habeis favorecido nuestra causa, entonces tendrán armas irresistibles todos nuestros enemigos; habreis hecho política extranjera, y habreis cerrado las puertas del trono de Castilla á uno de los príncipes de nuestra casa. Para evitar esto, vos, reina de España, seguireis siendo francesa siempre: en la servidumbre que os acompañará al otro lado del Pirineo, llevareis fieles y leales agentes que secunden mis intenciones. Irá á Madrid uno de mis más entendidos diplomáticos, el marqués de Harcour, y de tal modo podreis entenderos conmigo, que los más decididos partidarios de Austria no podrán adivinar la importancia de mis planes y la intencion de mis pensamientos. Vos, María Luisa, sereis el lazo de todo: vos, siguiendo mis inspiraciones, sabreis conducir al rey de España al objeto supremo de mis altos fines: vos podreis anular la tenebrosa política austriaca y hacer que la influencia de Francia, el poder de Francia, lleguen á ser los árbitros de Europa. Hé aquí todo, y por eso debo contar con vos.

La inexperta princesa estaba tan aturdida, que

no tenia conciencia de lo que la pasaba. El rey se levantó y la tomó de la mano.

—Yo no suplico, María Luisa,—dijo con el tono arrogante, que era una de las condiciones especiales de su carácter:—siendo lo que deseo útil á nuestros reinos, os lo mando.

En aquel mismo instante se agitó la cortina del balcon, como si una fuerte ráfaga de viento la hubiese movido, y la princesa sintió un doble espanto á causa de lo que pudiera sobrevenir.

Ella sabia que unos oidos españoles escuchaban las palabras del rey, y temia un desenlace terrible é inesperado. En medio de su espanto habia echado de ver que la cortina del balcon se movia de tiempo en tiempo con violencia, y la última vez no solamente distinguió las arrugas que formaba, como si dos manos estuvieran sujetas á ella para descorrerlas, sino que vió por bajo de la expresada cortina un pié de don Fernando de Toledo dispuesto á avanzar.

Ante los dos peligros que la amenazaban, ofreciendo al rey por un lado lo que repugnaba á su corazon, y deteniendo por otro el generoso arranque de un noble español que debia sentirse herido en sus más caros sentimientos, exclamó con una dignidad que asombró al mismo rey:

—Señor, yo quiero para la Francia todo el bien posible; pero considere V. M. que desde que ayer

tarde dí mi consentimiento ante el cardenal de Bullon, soy la reina de España.

Luis XIV miró á su sobrina de un modo tan intenso y tan elocuente, que la pobre princesa se sintió desfallecer.

Retrocedió, sin darse cuenta de lo que hacia, hasta que sus espaldas se apoyaron en el cortinaje del balcon: el rey siguió con la vista aquel movimiento, y entonces observó, con un asombro mucho más superior que su orgullo, el pié de don Fernando de Toledo que habia adelantado algun tanto como si estuviese dispuesto á avanzar.

La mirada severa y tempestuosa del rey, reveló su extrañeza y su espanto, si es que podemos aplicar esta palabra al orgulloso Luis XIV. Dió un paso de frente, despues se detuvo, y marcando con un dedo rígido y nervioso aquel pié acusador, exclamó bajando la voz:

—Señora, mientras yo os revelaba mi secreto, vos me ocultábais el vuestro.

Hubiera sucumbido María Luisa de vergüenza y de terror, si su conciencia, pura y tranquila, no la marcase lo que debia hacer. Levantó su noble frente, miró al rey á su vez con toda la dignidad de su alma, ofendida por una sospecha injusta y vergonzosa, y contestó con energía:

—Señor, para V. M. no hay secretos: hé aquí el mio.

Y con una rapidez extraordinaria descorrió el

cortinaje y apareció don Fernando de Toledo, altivo y pálido, pero con la mano puesta en el pomo de la espada.

Los rayos de la luna daban doble atractivo á aquella arrogante figura.

—Es un caballero español quien ha oido á vuestra Majestad,—prosiguió María Luisa con noble altivez;—pero si la reina de España tiene algun poder sobre sus súbditos, yo mando desde este instante á don Fernando de Toledo que olvide y borre de su memoria todo lo que ha pasado aquí.

El caballero se inclinó respetuosamente, llevándose la mano al corazon.

Luis XIV contempló por algunos instantes la figura del caballero español, y despues, inclinando un poco la cabeza, se despidió de su sobrina silenciosamente.

IX.

En el que queda justificado el título de la presente historia.

Nadie pudo apercibirse de las escenas que acabamos de describir, y el mismo Luis XIV guardó sobre ellas la más profunda reserva. Fiel don Fernando al mandato de su soberana, no reveló á nadie lo que habia pasado. Para Adelaida de Spínola y don Francisco de Córdoba lo único que hubo ocurrido en la cámara de la reina era la entrega de la carta del rey de España.

Aquella aventura, demasiado grave en el fondo, tuvo, sin embargo, su parte trasparente. La camarista que habia anunciado á madama de Clerambaut la llegada del rey, se apercibió de la presencia de don Fernando de Toledo en la cámara de la reina, y esto fué lo que no se pudo evitar que se divulgase, pues la charlatanería de una muchacha indiscreta no se sugeta tan fácilmente á la más rígida severidad de principios palaciegos.

En el momento en que las músicas militares y los tambores y clarines de la casa de Francia saludaban la salida del sol del dia 31 de Agosto; en el instante en que los espléndidos jardines de Fontainebleau se llenaban de cortesanos, pares, monseñores y otros personajes que tenian derecho á asistir á la solemnidad del dia, circulaba la noticia de boca en boca de que un caballero español habia sido introducido en las altas horas de la noche en las habitaciones de la régia desposada.

Como la noticia se prestaba á todo género de comentarios, especialmente en una córte que no era la más escrupulosa en materia de buenas costumbres, fácil es comprender hasta qué grado llegarian las suposiciones de todos aquellos buenos señores.

Pero el brillo de las fiestas que se preparaban debia ejercer su influencia en la mayor parte de la grandeza de Francia, tanto más, cuanto que se contaban maravillas de las bodas reales que debian verificarse muy en breve.

Los hechos que vamos á exponer, son completamente históricos, si bien no son muy conocidos en los detalles. Ya hemos dicho que además de las razones de Estado que servian de base á aquel notable acontecimiento, existia una rivalidad tan grande de fausto y explendor entre España y Francia, que todo era poco en comparacion de los inmensos preparativos que se habian llevado á cabo para

ver quién vencia en aquel nuevo palenque de riqueza y magnificencia.

Las tropas francesas brillaban por sus soberbios uniformes, y estaban unas extendidas en órden de batalla, otras formándo grandes masas, y otras, en fin, en dos hileras, para que pasase por medio la comitiva nupcial.

Desde muy de mañana se habia sabido que el caballero de Lorena, designado para ir con toda la pompa régia en busca del embajador español, habia enfermado aquella noche; pero en su lugar fué nombrado el conde de Brionne, hijo del conde de Armagnac.

Muchas intrigas mediaron en pocas horas entre los grandes franceses para ver quién merecia la honra de este nombramiento.

A las diez, y con la misma solemnidad del dia anterior, la comitiva del conde de Brionne, compuesta de gran parte de la servidumbre de palacio, con las carrozas reales que brillaban por sus muchos adornos de oro, se dirigió á la morada del marqués de los Balbases.

Éste se hallaba vestido á la española y estaba rodeado de todos los grandes de Castilla, que habian acudido á aquella solemnidad. Allí se veian á los duques de San Pedro, de Sexto y Pastrana, éste último á su vez con la comitiva de su embajada extraordinaria: allí estaban los nobles caballeros don Fernando de Toledo y D. Francisco de Córdoba,

y allí otra multitud de personajes, vestidos los unos con magníficos uniformes y los otros con trajes de ricos terciopelos y brocados.

Desde la escalera hasta los grandes salones de la embajada, se hallaban extendidos en dos filas, y por órden de categorías, los criados, escuderos, pajes, mayordomos y ayudas de cámara del marqués de los Balbases.

Toda esta servidumbre habia recibido una expléndida librea nueva en donde brillaban los colores rojo y amarillo de Castilla y Aragon entre profusion de galones de oro.

Por un exceso de delicadeza, el marqués de los Balbases no habia querido superar en explendor al rey de Francia, pero sí habia logrado que la riqueza de su traje excediese á la de Luis XIV. El verídico narrador de quien tomamos estos apuntes, testigo de aquella grandeza, de aquel poder y de aquel inmenso alarde de orgullo entre dos pueblos rivales, dice «que *el marqués de los Balbases, vestido á la española, entre riqueza y buen gusto en su bordada gala, dejó de esceder atento á la del rey, pero imitóle con poca diferencia, dando á la vista de todos los diamantes de los botones del vestido, venera y cintillo, notable admiracion; sobre todo, llevaba un jusiacort de tela* AMUSCA, *ricamente bordada de plata, y con tal profusion en arte, que admiró á todos* (1).

(1) Repetimos que son completamente exactos é históricos los detalles y curiosos datos que vamos exponiendo.

El contraste que presentaba la córte española y la francesa, era admirable.

El príncipe de Conti, que era el que representaba y sustituia al rey en la ceremonia nupcial, llevaba una capa de raso oscuro con flores grandes color de aurora, tan guarnecida de encajes del mismo color, que con dificultad se divisaba el fondo.

Conducido el marqués de los Balbases con la doble magnificencia de España y Francia á las habitaciones reales, la comitiva se puso en movimiento en la forma siguiente:

Primeramente marchaban bandas de tambores, timbales, trompetas y clarines.

A éstos seguian cinco reyes de armas con casacas de terciopelo morado, sembrado de flores de lis de oro.

Iban á continuacion doce oficiales de la Orden del Espíritu Santo, y luego diez y seis caballeros con las ricas insignias de esta condecoracion, luciendo multitud de joyas. Todos estos señores caminaban de dos en dos.

En seguida aparecia toda la grandeza de Francia: pares y prelados, señores, caballeros y duques, entre los que sobresalian el de Vendome y el de Crusol, el de Chossieul y otros.

Despues se presentaba en el órden de la comitiva, el marqués de los Balbases, llevando á su izquierda al conde de Brionne.

Detrás del embajador de España iban los grandes de esta nacion, los agregados á la embajada y los dos capitanes, representantes en aquel momento del ejército español, D. Fernando de Toledo y don Francisco de Córdoba.

Estos llamaban extraordinariamente la atencion por la diferencia en lujo y en belleza de los uniformes españoles y franceses.

Caminaba en pos el príncipe de Conti, acompañado de una numerosa comitiva, precediendo á SS. MM. cristianísimas, y seguidos estos de la nueva reina de España, que era llevada de la mano por el delfin de Francia.

En torno de aquellos expléndidos soles de la majestad humana, iban los duques de Orleans, padres de la reina, los príncipes de la sangre y la numerosa servidumbre de palacio.

El duque de Pastrana, por su calidad de embajador extraordinario, tenia reservada una tribuna en la capilla real.

«Estaba S. M. el rey Luis XIV, dice el autor de las memorias que nos sirven de guia en esta narracion, estaba aquel dia tan ricamente vestido, que equivocado lo noble de la gala con el primor de lo bordado, podia dudarse si era naturaleza el arte ó arte la naturaleza; no siendo á la vista de menos admiracion lo tejido de las medias en sutiles hilos de oro.»

«El vestido, continúa el mismo narrador, que

llevaba S. M. Católica la reina, era de terciopelo morado con flores de lis de oro por delante, y en las extremidades unas listas de muy blancas pieles de armelines llenos de joyas. Llevaba real corona de oro, engarzados en ella los más hermosos diamantes *que pueda apetecer el deseo*. Cerraba el tocado gran número de clavos de porcelana que sostenian unos grandes diamantes sueltos, cuyas luces cegaban con su resplandor. Pendia de la espalda el manto real, tambien de terciopelo morado, y cubierto todo él como el vestido de flores de lis de oro. Tendíase por el suelo siete varas, pero aliviaban á su Majestad llevándole la falda sus hermanos y primos, la duquesa de Montpensier, la de Toscana, la de Guisa y las hijas del difunto duque de Orleans.

Detrás de la reina iba una brillante comitiva de damas y caballeros, príncipes de la sangre y la camarera de S. M.

Llegados todos á la real capilla, subieron á un espacioso estrado cubierto de terciopelo morado, tambien con flores bordadas en oro, habiendo sobre él tres doseles del mismo color y diversos órdenes de asientos. Los reyes cristianísimos se sentaron y toda la córte hizo lo mismo: las tribunas estaban cubiertas de lo más escogido de aquella sociedad, mientras en torno del presbiterio, y por órden de categorías, se veia gran concurso de arzobispos, obispos y abades mitrados.

Los embajadores de Polonia y Saboya se halla-

ban entre los convidados; no así el de Venecia, que pocos dias antes se habia despedido de la córte, ni los de Inglaterra, Suecia y Holanda, á causa de ser herejes.

Era de notar que todas las damas, desde las dos reinas, la cristianísima y la católica, llevaban mantos expléndidos y magníficos sobre los hombros; pero no todos eran iguales, puesto que éstos eran más ó menos prolongados, segun la categoría respectiva de cada dama.

Todas, sin embargo, llevaban un caballero para que sostuviese la cola.

Al principiar la ceremonia religiosa, el marqués de los Balbases hizo una ofrenda al altar de trece monedas de oro: en seguida el cardenal de Bullon recitó las oraciones destinadas por la Iglesia en la celebracion del matrimonio, echó la bendicion al anillo, lo puso en el dedo de la reina desposada, y con presencia del príncipe de Conti y del embajador de España quedó concluido el desposorio, conforme las prescripciones que para ser válido requiere este Sacramento.

Terminada la funcion, el delfin y el duque de Orleans colocaron á la real desposada en el sitial que habia en el estrado, y dándole SS. MM. los reyes de Francia el mejor lugar, la saludaron respetuosa y cariñosamente, practicando esto mismo todas las princesas y príncipes de la sangre.

En seguida se cantó una Misa. En el ofertorio,

la reina ofreció un cirio de cera vírgen, en demostracion de su pureza y virtud y unas monedas de oro. En el *Agnus Dei*, la reina con su acompañamiento, pasó de nuevo al altar, en donde la echaron un velo de brocado blanco, permaneciendo así hasta el fin de la misa.

Luego el cardenal de Bullon hizo jurar al rey cristianísimo sobre el libro de los Evangelios el cumplimiento de la paz que estipulaba con el rey católico, y no faltó quien notara al pronunciar aquel juramento algo de sombrío y nebuloso en la mirada de Luis XIV.

En efecto, levantó sus ojos y los clavó en su sobrina, como dándola á entender que de su conducta dependia la paz futura de los dos pueblos: pero ésta, acaso por el aturdimiento que en ella producia la ceremonia que se estaba verificando, acaso por otras causas que suelen ser misterios que viven y mueren dentro del corazon humano, miraba en aquel instante á don Fernando de Toledo que se hallaba á un lado del marqués de los Balbases.

Don Fernando, á su vez, contemplaba á la señorita de Spínola que se encontraba en el gran estrado, entre el acompañamiento de la reina de España.

Esta triple mirada era un compendio que solo tres personas podian adivinar.

La régia comitiva volvió á palacio con el mismo órden con que habia salido de él, y una vez en las habitaciones de la reina, recibió ésta del duque, su

padre, como regalo, un soberbio aderezo de diamantes y topacios orientales.

La gran comida que se sirvió, con la asistencia de los reyes de Francia, fué magnífica; y una vez levantados los manteles, los monarcas de uno y otro reino, seguidos de toda la córte, asistieron á una comedia de música italiana.

A la noche se quemaron magníficos fuegos artificiales.

Presenciaban los reyes desde los balcones del palacio la fiesta pirotécnica en donde la alegoría formaba una parte importantísima, cuando la reina de España, aprovechando un momento de descanso, miró en torno suyo para conocer á las personas que la rodeaban. Habia hablado largo tiempo con el marqués de los Balbases acerca de las costumbres españolas, cuando vió que se hallaba no muy lejos D. Fernando de Toledo, contemplando, como siempre, á la bellísima señorita de Spínola, y le hizo una señal con la mano para que se acercara.

Obedeció éste, inclinándose profundamente; pero no pronunció una palabra para no faltar á la etiqueta que se observaba en Francia.

La reina le dijo con un acento al parecer tranquilo:

—Caballero, no he tenido el gusto de veros hasta este instante, lo cual me prueba que os distraeis todo lo posible en los reales sitios de Francia.

—Señora,—contestó D. Fernando inclinándose,

—mi único deber en este momento es rendir un homenaje de alegría y admiracion á las fiestas con que se solemniza el augusto enlace de V. M.

María Luisa se sonrió dulcemente, y bajando un poco la voz, prosiguió:

—Sin embargo, estrellas tan explendorosas hay en el cielo de la córte que os deslumbran más que el brillo de esos fuegos artificiales que se queman en nuestra honra.

—Es que el alma,—contestó el atrevido D. Fernando,—puede ver otras cosas distintas, mientras los ojos del cuerpo quedan en una oscuridad profunda.

La reina pareció sonreirse, y despues de un momento, replicó:

—Madama de Clerambaut tiene que hablaros, caballero.

Inclinóse el capitan, pues acababa de ver en los ojos de la reina, como un relámpago de reconvencion severa, y se retiró á su puesto.

Algun tiempo despues, terminaban los fuegos artificiales y la reina, despidiéndose de sus Magestades cristianísimas, se dirigió á sus habitaciones.

Toda la córte española siguió á María Luisa hasta las puertas de la régia cámara, cuando ésta se volvió para hacer el saludo de despedida, sus ojos se fijaron en D. Fernando de Toledo.

X.

Las cartas.

No bien se despidió el brillante acompañamiento que siguió los pasos de la reina de España, cuando D. Fernando, acordándose de la órden que le habia comunicado S. M., se dirigió á los jardines de palacio, á fin de buscar las habitaciones de madama de Clerambaut.

Al poner el pié en la gran escalinata, una linda doncella, que parecia estar allí de acecho esperándole, lo llamó por su nombre y le ordenó que le siguiese. D. Fernando obedeció, y pronto se encontró en una grande estancia muy distinta á la de la reina.

Algunas bugías daban luz apenas á las ricas colgaduras amarillentas que caian en forma de pabellones á lo largo de las paredes, y un silencio profundo reinaba por todas partes.

La doncella habia desaparecido. Cuando don

Fernando principiaba á darse cuenta de todo aquello, sintió pasos á su espalda y volviendo la cabeza se encontró con la señora de Clerambaut.

Ésta le hizo una reverencia cumplidísima, y dijo inmediatamente:

—S. M. la reina me ha entregado esta carta para vos. Es la contestacion que dá á su augusto esposo el rey de España.

D. Fernando se inclinó, y tomando el papel, contestó en seguida:

—Asegurad á la reina que esta misma noche saldrá para España en la estafeta de la embajada.

—Ya os consta que esta correspondencia es completamente privada,—insistió la camarera.

—Por esto mismo, si lo permitís, voy á darle el curso correspondiente. Pero antes de retirarme debo haceros una observacion.

—¿Cuál?

—Es muy fácil, mejor dicho, es evidente, que su Magestad el rey de España escriba todos los dias á su muy amada esposa, valiéndose para ello de los correos de gabinete que sin cesar se están cruzando entre Madrid y Fontainebleau. En el extremo de haber nuevas correspondencias, ¿qué debo hacer?

—Ponerlas inmediatamente en manos de S. M.

—¿Por qué conducto?

Madama de Clerambaut pareció meditar un instante, hasta que exclamó:

—No hay más que uno. Avisadme al momento,

para que yo tenga el honor de trasmitir á S. M. cualquier novedad que ocurra.

La entrevista quedaba terminada con estas explicaciones, y D. Fernando guardó la carta de la reina. Marchó al punto á la embajada de España, puesto que de un momento á otro debian salir nuevos correos con los despachos del marqués de los Balbases; pero temblaba de que ya no fuera tiempo de ver á la señorita de Spínola, en cuyo caso habia que esperar al dia siguiente.

Por fortuna, la embajada española seguia solemnizando la boda de los reyes, y don Fernando penetró en las grandes escaleras llenas de pajes y escuderos. Cuando iba á llegar á las habitaciones superiores, se encontró á D. Francisco de Córdoba.

—Me alegro de verte,—dijo éste estrechando la mano de su amigo:—en este momento iba á buscarte.

—Pues aquí me tienes,—contestó D. Fernando. ¿Ocurre alguna novedad?

—Creo que muy agradable para tí. Me acaba de ver Adelaida de Spínola, y me suplica te diga que necesita verte en este momento.

—¿Pero en dónde? ¿En estos salones?

—No: en las verjas del jardin de palacio.

Y dando á su voz una entonacion diversa, prosiguió:

—¡Oh, yo tambien soy dichoso!

—¡Tú!

—Es claro. Acabo de recibir una carta de Carolina de Sandoval.

—¿Y qué te dice?

—Aún no he tenido lugar de leerla.

Impacientes los dos amigos, el uno por la cita que le acababa de dar Adelaida, y el otro por leer la carta de Carolina, se separaron al momento.

Léjos de penetrar en los expléndidos salones de la embajada, D. Fernando volvió á bajar las escaleras, y pronto llegó á los mismos jardines que acababa de atravesar momentos antes.

Reinaba en aquel instante una calma majestuosa en la naturaleza. El cielo puro y despejado irradiaba con el resplandor de una luna magnífica que vertia sobre el fondo oscuro de aquellos bosques oleadas inmensas de una luz fantástica y trasparente.

Don Fernando no conocia el punto donde debia ir, pero su corazon se lo revelaba. Partiendo de un ángulo de aquel inmenso palacio corria una gran verja hácia la extremidad opuesta, dividiendo el parque y los jardines: hácia este sitio se encaminó el jóven, seguro de ver realizada su esperanza.

En efecto, cerca del ángulo del palacio descubrió á Adelaida que se presentaba al otro lado de la verja, y corrió al punto hácia ella. La hermosa dama no venia sola: la acompañaba una doncella, que quedó como en acecho á una respetuosa distancia, pues el espacio que se extendia en aquel

lugar, libre de la sombra de los árboles, permitia distinguir estos detalles á causa de estar bañado por la luna.

Palpitante de amor y de alegría el capitan, exclamó:

—¡Oh! aquí estoy... aquí me teneis, siempre obediente á vuestra voluntad. Córdoba me acaba de decir que deseábais verme.

—En efecto, amigo mio,—contestó Adelaida:—me he visto obligada á molestaros á causa de una carta que acabo de recibir de España.

—¿De quién?

—De Carolina de Sandoval. En esta carta se incluye otra del rey para S. M. la reina.

—¡Ah!—exclamó D. Fernando;—entonces yo tambien tenia que cumplir este encargo respecto de vos.

—¡Cómo!

—Porque soy portador de una carta de la reina para el rey.

—¿Cuándo la habeis recibido?

—Esta misma noche.

Adelaida contempló con su dulce y azulada mirada el semblante tranquilo del caballero, y despues de una ligera pausa cambiaron las cartas de que mútuamente eran portadores.

—Afortunadamente,—observó la jóven,—la estafeta de la embajada no puede salir hasta dentro de unas tres horas, y tengo tiempo para escribir á

Carolina, incluyendo la carta de la reina para el rey; pero ¿sabeis, amigo mio, que esta comision de las cartas es cosa que sin saber cómo me alarma y hasta llega á espantarme?

—¿Por qué?—replicó D. Fernando:—¿no me dijísteis cuando vine de Madrid que os prestaríais con el mayor gusto á entenderos con la reina en este asunto?

—En efecto; pero hoy... yo no sé por qué han variado las circunstancias: mi corazon rechaza lo que ayer admitia.

—Pero, ¿en qué han variado las circunstancias?—preguntó D. Fernando.

Adelaida miró en silencio por algunos instantes al capitan, y contestó:

—Tal vez sea egoismo, tal vez sea otro sentimiento que no sabré explicar, pero acaso encontreis el enigma de mis temores en la carta que me ha escrito Carolina de Sandoval.

—¡Eso seria muy extraño!

—Para evitar esa sorpresa, leed, amigo mio, leed.

Y Adelaida puso un papel perfumado y elegante en manos de don Fernando. Éste se hallaba impulsado por la curiosidad; la luna era brillante y podia leer las páginas de la carta á su tibio resplandor.

Cedió, al fin, á las instancias de la hermosa jóven, y leyó lo siguiente:

«*Madrid* 27 *de Agosto.*

»Mi siempre querida Adelaida: Se ha dicho que la ausencia es uno de los dolores que constantemente mortifican más cuando menos deben sentirse, y esto me ocurre á mí desde que marchastes á París en compañía de tus tios, los marqueses de los Balbases. Ya te consta cuánto echo de menos aquellas dulces y solitarias confidencias que teníamos en el jardin de mi palacio, cuando el corazon, más superior que la cabeza, nos enseñaba el camino de la felicidad por medio de las tranquilas y serenas confidencias de un amor digno y generoso; pero la vida tiene sus accidentes, como el mar sus olas, y preciso es someternos al imperio y á las leyes de la humanidad.

»Por D. Fernando de Toledo, y D. Francisco de Córdoba habrás sabido cuál es la mision que el primero lleva á Fontainebleau; es mensajero misterioso de los cándidos sentimientos de un rey que deslumbrado por el resplandor de una luz nueva, de una llama vivificadora, quiere como un nuevo Nemoroso cantar idilios de ternura al objeto de su adoracion. Te escribo en este estilo, que pudiera pasar por burlon, si yo por mi parte no me hallara vivamente preocupada con el papel que me toca representar en esta singular comedia.

»La timidez y la inexperiencia del rey, le hizo buscar una série de personas, por cuyas manos ha-

bian de pasar sus cartas para la reina, y así como D. Fernando es al lado de doña María Luisa de Borbon, el último eslabon de esta cadena de agentes intermedios, así yo soy el primero al lado de su Magestad D. Cárlos II.

»Un sentimiento de inexplicable repugnancia me hizo casi resistir la participacion que me correspondia en este asunto, y ese sentimiento que entonces no tenia forma, que carecia de una base real y efectiva, es hoy una realidad que me extremece.

»En la madrugada del 26 de Agosto, alejóse de mi lado D. Francisco de Córdoba, y quedé sola sin los consejos y sin el apoyo de este caballero. Como en la noche anterior en que se habia celebrado la fiesta de San Luis, el rey me distinguió, á causa de la conspiracion amorosa en que cada cual tenemos señalado nuestro papel, no faltaron ya picaduras de avispas que si no me molestaron, no dejaron de producir cierto efecto.

»Mi tia, la duquesa de San Pedro, despreció los epígramas, que no dejaron de lanzarse á causa de la distincion que el rey hizo de mí, y nos dispusimos á marchar al palacio del Buen-Retiro, donde ayer por la tarde habia solemne recepcion.

»La reina madre, queria obsequiar á su augusto hijo con una comedia escrita por el poeta favorito de la córte, D. Melchor de Leon, y cuyo título era *El Dios Pan*, y aquellos hermosos jardines estaban

llenos de lo más distinguido de la córte. A las cinco llegó S. M.; y las damas primero, y los caballeros despues, formamos una extensa calle para tener el gusto de saludarle. Presentóse el rey más animado que nunca, pudiendo decirse que hasta habia desaparecido el sello de tristeza que llena casi siempre de tintas opacas y macilentas su pálido semblante. Yo estaba, al lado de mi tia, y cuando el rey me vió se dirigió hácia mí, sin hacer caso de los graves saludos de las demás damas, especialmente de la camarera mayor, la duquesa de Terranova.

»Te lo confieso, no sé lo que me pasaba. Comprendia perfectamente el objeto de las predilecciones de S. M.; pero todas las miradas estaban fijas, ya en el rey, ya en mí, como si allí ocurriese algo de extraordinario. No puedo precisarte lo que me dijo S. M.; pero sí puedo decirte que era tal mi turbacion, que no tenia conciencia de mí misma. Sentia en torno mio algo que se asemejaba al murmullo de una colmena. Poco tiempo despues toda la córte siguió los pasos del rey y de la reina madre, y mientras llegaba el momento de la representacion se pensó en dar un paseo por aquellos jardines, en donde todavia vive el recuerdo de las aventuras amorosas de Felipe IV.

»Como todos me miraban, como sentia en torno de mí adulaciones singulares, que tenian tanto de irónicas como de incomprensibles, quise alejar-

me de la multitud, y al pasar por junto á la iglesia de San Gerónimo me senté en un banco de piedra que encontré al paso. ¿Estuve mucho tiempo allí? No lo sé; pero una voz me sacó de mi arrobamiento, y al punto levanté la cabeza. El que estaba delante de mí, era el rey.

»Señorita, me dijo, con una turbacion tan grande como la mia. Os he seguido toda la tarde con la vista; he podido alejarme por un momento de la córte, y vengo á ofreceros mi sincera gratitud.

»Yo saludé á S. M., y no pude articular una palabra.

»El rey continuó:

—»¿Mi capitan D. Francisco de Córdoba, os habrá dado cuenta de cierto encargo que le tengo encomendado?

—»¡Ah! sí, señor,—contesté con acento trémulo.

—»Pues entonces aquí teneis esta segunda carta que dirijo á la reina.

»Yo me incliné respetuosamente, y tomé el escrito real.

»En aquel momento advertí que algunos cortesanos miraban á través de las ramas de los árboles, siendo testigos de aquella escena.

»Satisfecho el rey del resultado de su empresa, y ya más tranquilo, fijó sus ojos en mí y me estuvo contemplando por largo rato. Sin duda alguna yo debia estar muy sobresaltada por cuanto su Majestad se dignó decirme:

—»No creia que mi presencia pudiera turbaros tanto, señorita; pero ya os consta que soy un buen amigo vuestro que desea complaceros en cuanto gusteis.

»Yo contesté del mejor modo que pude á estas palabras, y el rey siguió mirándome en silencio como si descubriese en mí extraños atractivos.

—»¡Ah!—murmuró de nuevo;—permitidme, Carolina, que os diga que estais hermosísima.

»S. M. hizo un respetuoso saludo, y se alejó de mí.

»Momentos despues, yo estaba al lado de mi tia; esta me miró en silencio, y apretando una de mis manos, exclamó:

—»Hija mia, hay muchas espinas en las sendas de la vida. Es probable que desde hoy sientas dolorosas punzadas.

»Las palabras de la duquesa de San Pedro me hicieron extremecer, porque, en efecto, mi querida Adelaida, tú no sabes lo que desde ayer se dice en esta córte. Mi aventura con el rey es el objeto de todas las conversaciones, y no han faltado procaces cortesanos que han tenido el valor de manifestarme que el rey está enamorado de mí.

»En otras partes se dice que el rey me escribe cartas amorosas.

»De resultas de todo esto, sufro espantosamente; el dolor me atormenta, pero ¡ay! ¿podré decírtelo? La verdad es que el rey no cesa de mirarme.

»En estas miradas hay para mí un abismo.

»Te escribo reservadamente; te remito la segunda carta del rey; pero, por Dios, que no sepa don Francisco de Córdoba á quién escribo el terrible aprieto en que me ha puesto.

»Aconseja á tu verdadera amiga,

CAROLINA DE SANDOVAL.»

Cuando D. Fernando acabó de leer, experimentó cierto asombro que le turbó por algunos instantes. Devolvió la carta, y dijo:

—Yo no sé quién ha dicho que los cortesanos son una plaga de langosta. Comprendo lo que sufrirá Carolina de Sandoval.

—¿Pensais decirle algo de esto á D. Francisco de Córdoba?—observó Adelaida.

—No es prudente,—contestó D. Fernando:—sin embargo, es necesario que regrese á España al momento.

La intencion con que el caballero pronunció estas palabras, no estaba al alcance de Adelaida, pero adivinó algo de terrible en ellas, cuando dijo:

—Ved, pues, amigo mio, si tengo razon en lo que os manifesté anteriormente. Desde que he leido la carta de Carolina, siento algo que me mortifica.

—Pero vos, ¿por qué?

Los ojos de la hermosa jóven brillaron con más vehemencia, y exclamó de pronto:

—¿Quereis que os lo diga?

—¡Oh, sí! os lo exijo.

—Pues bien: del mismo modo que Carolina de Sandoval está al lado del rey de España en este malhadado asunto de las cartas, vos estais al lado de la reina.

Esta respuesta era demasiado atrevida.

—¿Qué decís, Adelaida?

—Lo que siento. En esa carta que acabo de leer descubro un abismo. ¿No pudiera haber otro abismo en Fontainebleau?

—¡Pero creereis!...

—Yo no creo más que en mi corazon. En la córte se ha difundido la noticia de que anoche habia un caballero en la cámara de la reina... La reina ha hablado con vos en diversas ocasiones. ¿Quereis decirme si el alma, ya que no el pensamiento, puede hacernos sufrir espantosamente?

D. Fernando hubiera caido de rodillas á los piés de la hermosa Adelaida, pero en aquel instante apareció en lo alto de la escalinata de palacio María Luisa de Orleans y Borbon, seguida de sus damas y de su córte.

La reina no habia tenido sueño: fatigada por los rigores de la etiqueta, queria gozar un instante de libertad, y pensó dar un paseo por los jardines de palacio.

Cuando apareció de repente en lo alto de la plataforma, su rápida mirada se fijó en el grupo que se

veia en la verja de la izquierda. Ni la señorita de Spínola pudo huir ni D. Fernando ocultarse.

Descendió magestuosamente por la escalera, y acercándose al noble capitan, dijo sin fijarse en Adelaida:

—¿Andais, caballero, por estos jardines?

—¡Ah, señora!—contestó el capitan en voz baja,—es que tenia que entregar á V. M. una segunda carta de su augusto esposo.

XI.

En la embajada de España.

Entre aquellas explendorosas y magníficas fiestas principiaban á brotar como nubes esos dolores profundos del corazon humano, que empañan la tranquilidad de la existencia.

El dia 1.° de Setiembre tuvo lugar un gran sarao en las habitaciones de la reina de España, al que asistió toda la córte. El primer baile lo rompió su Magestad cristianísima con la reina de España, y el duque de Orleans con la de Francia.

Estaban invitados, como era consiguiente, en aquella solemnidad, todos los personajes españoles que habia entonces en la córte francesa, principiando por los dos embajadores, el marqués de los Balbases y duque de Pastrana, y acabando por los que no teniendo carácter oficial podian por lo ilustre de su nacimiento asistir á las régias festividades.

En aquel baile habian de dibujarse nuevos y singulares sentimientos.

Asistiendo á la reina de España, se hallaban, en representacion de las damas españolas, la princesa de Spínola y Colonna, esposa del de los Balbases, su sobrina Adelaida y otras varias señoras de la más alta aristocracia. ¿Por qué María Luisa de Orleans y Borbon, que tanto habia distinguido á la señorita de Spínola, parecia negarle aquella noche sus favores? Sin duda debia ser una distraccion, por cuanto la reina se hallaba algun tanto preocupada.

Luis XIV la miraba de cuando en cuando, como si quisiera buscar un enlace entre lo que habia ocurrido en la habitacion de su sobrina en la madrugada del 31 de Agosto, y lo que pudiera acontecer en aquel expléndido sarao entre las graves y reposadas figuras del baile.

Segun la etiqueta, los caballeros no tenian derecho de escoger parejas para la danza; esto era potestativo de la reina, la cual señalaba á éstos las damas con quienes habian de bailar.

Desde el principio ordenó al príncipe de Conti, que bailase con madama de Valois, al príncipe de la Roche con madama de Blois; al duque de San Pedro y al duque de Sexto con dos princesas de la sangre, reservándose para la segunda danza bailar ella con el marqués de los Balbases, en honor á su nueva pátria, y señalando al duque de Pastrana á la duquesa de Orleans su madre.

Todos aplaudian la discrecion de S. M. por la combinacion de parejas que iba haciendo, puesto que en aquellos tiempos se juzgaba con más ó menos exactitud acerca de las prácticas palaciegas en las que se mezclaban las más sutiles intrigas á medida que era más serena la atmósfera donde se desarrollaban.

Como prueba de lo que decimos, el duque de Pastrana encontró la ocasion de acercarse varias veces á S. M. y hacer un estudio profundo de aquella princesa que la Providencia reservaba al trono de Castilla.

Nada encontró en ella que pudiese disgustarle: talento, discrecion, gracia, sagacidad, todo estaba allí reunido, pero esto no fué bastante para que no dejara de decir á D. Francisco de Córdoba:

—No cabe duda que la reina es encantadora: es una princesa que, sin ser hermosa, fascina, pero me afirmo en lo dicho: las reinas estériles son fatales para las monarquías. Creo que mi mision ha terminado.

D. Francisco era discreto y nada contestó: verdad es que su pensamiento estaba muy lejos de los salones de Fontainebleau.

Varias veces habia comunicado sus sensaciones á D. Fernando de Toledo que inmóvil en su sitio no podia hacer otra cosa que mirar á Adelaida; mas como ésta se hallaba detrás de la reina, tenia que dirigir sus ojos hácia el estrado adon-

de se encontraba. ¿Por qué extraña casualidad siempre que buscaba con la vista á Spínola la reina se interponia, y se encontraba con la mirada á veces resplandeciente, á veces tenebrosa de S. M.?

No era fácil encontrar explicacion á esta pregunta; solo podia contestarse que aquella casualidad era una de esas que se repiten, porque se repiten.

La reina siguió señalando damas á los caballeros y al llamar á D. Fernando de Toledo y á don Francisco de Córdoba con este objeto, creyó el primero que le invitaria á bailar con la señorita de Spínola, pero su ilusion se encontró desvanecida al ver que le indicaba una de las damas más respetables de su córte.

El caballero se inclinó respetuosamente y al levantar la cabeza reparó que la reina le miraba con atencion.

—Señor de Toledo,—le dijo ésta en el momento en que no podia ser oida de nadie;—¿teneis alguna noticia de España?

—Señora, todavía no ha llegado el correo de Gabinete correspondiente al dia de hoy,—contestó don Fernando.

Una ligera sonrisa apareció en los lábios de su Majestad y momentos despues continuó el baile. La reina se ocupó mientras tanto de hablar con las damas que le rodeaban, y D. Fernando, que entre

las figuras de la danza seguia los movimientos de la reina, notó otra casualidad que hubo de chocarle más que la anterior: esto es, que María Luisa no dirigió la palabra á Adelaida en toda la noche.

Eran ya más de las doce cuando el sarao tuvo fin.

Sus Majestades cristianísimas se levantaron, y pasando por delante de la córte que se habia colocado en dos filas á lo largo de la magnífica galería de palacio, se dirigieron á sus habitaciones despues de haberse despedido cariñosamente de la reina de España; ésta á su vez, seguida de los caballeros y damas pertenecientes á la grandeza española, se encaminó á las suyas; pero en vez de regresar por la misma galería para buscar la parte opuesta, descendió por las grandes escaleras de palacio con el objeto de atravesar gran parte de los jardines y subir por la ya célebre escalinata que tan á menudo viene figurando en las escenas de este libro.

Era la noche serena y ni el soplo más ligero de la brisa agitaba las ramas de los árboles corpulentos. Oíase el murmullo de las fuentes y el canto de algunos pájaros que despertaban bajo los plateados rayos de la luna.

Maria Luisa amaba las flores, y antes de acostarse dentro de una atmósfera de oro, á imitacion de las diosas antiguas, quiso gozar de los encantos nocturnos y de los perfumes de esas estrellas ma-

tizadas hijas de la naturaleza que forman la poesía de las estaciones.

¿Qué ocurrió durante aquel paseo á través de los jardines? Un accidente nada más, pero accidente que no podemos menos de referir.

Parecia la reina completamente dominada por pensamientos profundos y apenas habia pronunciado alguna que otra palabra; se detenia á veces contemplando la hermosa variedad de flores que tenia á la vista, y á veces avanzaba hácia la escalinata donde debia despedir á todo su acompañamiento.

De pronto se quedó contemplando un hermoso clavel de Holanda que ostentaba sus colores en una maceta de mármol; aquella flor estaba sola. Fué á alargar la mano para arrancarla de su tallo, cuando se detuvo de repente. Volvió la vista y entonces se encontró con D. Fernando de Toledo que se hallaba con los demás personajes del acompañamiento. Lo llamó y le dijo:

—La soledad es siempre triste, caballero: hé aquí una pobre flor que á nadie comunica sus perfumes.

D. Fernando creyó comprender que la reina deseaba poseer el clavel, lo cortó y lo puso en sus manos.

—¡Oh! gracias,—prosiguió Maria Luisa.

Y luego bajando la voz murmuró:

—Hé aquí como suele haber grandes analogías

entre una flor solitaria y el corazon de una reina.

Momentos despues ésta y sus damas desaparecieron por lo alto de la escalinata.

Precisados á exponer estos detalles, nos vemos además en la imprescindible obligacion de ser concienzudos historiadores en la série de acontecimientos que vamos exponiendo. La historia solo se ocupa de los sucesos principales y por eso nosotros nos vemos en el caso de exponer las pequeñas causas que son acaso las que luego, en la ancha esfera de los hechos, deciden hasta el destino de los pueblos.

Con el baile de la reina de España habian acabado, por decirlo así, las grandes solemnidades de la córte de Francia, pero era indispensable que el nombre de nuestra nacion quedara á la altura correspondiente á sus tradicionales grandezas, y el embajador de España, marqués de los Balbases, fué el encargado de deslumbrar con una sola funcion, todas cuantas con motivo de las bodas reales se habian verificado hasta allí.

Dispénsennos nuestros lectores que seamos simples cronistas puesto que el asunto lo merece.

El 7 de Setiembre fué el dia señalado por el embajador de España para dar una fiesta á su Majestad. Desde el dia primero hasta el de aquella gran solemnidad, habia recibido la reina dos cartas más de Cárlos II, y estas cartas y las

respectivas contestaciones pasaron por mano de don Fernando de Toledo.

En el referido dia 7 doña María Luisa de Orleans y Borbon salió acompañada de la duquesa de Montpensier, de la condesa de Soisons, de la princesa de Baden, de las duquesas de Foix, de Sully, de la Ferte, de Brachano y de lo más principal y escogido de la aristocracia francesa para dirigirse al palacio de la embajada española, en donde con toda la grandeza de Castilla, la esperaba el marqués de los Balbases y la princesa de Spínola y Colonna su esposa.

Sus Majestades cristianísimas excusaron su asistencia.

La reina llegó á las 6 de la tarde siendo recibida por los marqueses y toda la lujosa comitiva que les seguia, mientras que una magnífica orquesta la saludaba al compás de los clarines y tambores.

Habia en aquel momento un sello de infinita tristeza en el semblante de su Majestad, y sus ojos, acaso obedeciendo á un sentimiento interior, se fijaron por un instante en D. Fernando de Toledo.

María Luisa saludó profundamente á la marquesa de los Balbases, pero cuando pasó por el lado de la señorita de Spínola apenas inclinó la cabeza.

Los duques de San Pedro y de Sexto se colocaron delante de S. M. para servirle de guía; el embajador se puso á la izquierda y las damas espa-

ñolas se mezclaron con las francesas; los demás caballeros marcharon detrás.

La reina se encontró agradablemente sorprendida en medio de un jardin fantástico en cuyo fondo se habia imaginado una gruta la cual era un teatro donde debia celebrarse una *serenada*, compuesta y dirigida por el señor Farinel.

Si sorprendente era la perspectiva, mayor era la verdad con que se habia imitado á la naturaleza. No parecia sino que de aquellos peñascos, de aquellas mágicas corrientes de agua iba á surgir un mundo mitológico, puesto que tal era el gusto de la época.

La *serenada* que con inusitada pompa ofrecia á su reina el marqués de los Balbases, era una brillante y caprichosa combinacion alegórica alusiva al matrimonio de S. M., representada con un lujo tal que hasta entonces no se habia conocido otro mayor.

Tan luego como tomó asiento la reina, principió la sinfonía la cual tenia un carácter pastoril y melancólico sumamente agradable. Hablábase del argumento con gran interés y María Luisa que deseaba conocerlo, exclamó en alta voz:

—¿Tuviérais la bondad, don Fernando de Toledo, de explicarme el cuadro alegórico que se vá á representar?

Aquel deseo era una órden y el caballero se vió obligado á satisfacer el capricho de su Majestad.

Adelaida de Spínola se puso pálida y en toda la córte reinó el más profundo silencio, no oyéndose sino los compases de la sinfonía. D. Fernando explicó entonces á la reina que la accion de la *serenada* se suponia en los jardines del palacio de la Gloria. Los genios de la Gloria y de la Fama convocados de órden de estas dos divinidades, publican el triunfo de Himeneo y del Amor. Los unos expresan su alegría al compás de sonoros instrumentos y los otros unen su canto á la concertada orquesta para celebrar aquella grandiosa festividad. La Fama, la Gloria y el Tiempo aparecen cada cual con los atributos que les corresponden, y ordenan que vuelen los genios del Amor para llevar á los confines del mundo la noticia de *los más hermosos lazos que Himeneo formó*. La Fama secunda esta órden y la Gloria la repite. Pero el Tiempo no satisfecho con la brillante marcha de los alados mensajeros, llama á los Placeres los cuales acuden instantáneamente á su llamamiento y reciben diversas órdenes de los génios principales.

Despues de una escena en que el baile se mezcla á la música, la Gloria se dirige á la Francia para decirle que habiéndose verificado una boda *tan llena de dichas*, deben todas las provincias rendir homenaje á una alianza tan feliz. Aparecen estas: la Fama, la Gloria y el Tiempo se envuelven en nubes y los Placeres y los génios marchan con ellos á través de grandes y magníficos resplando-

res victoreando el casamiento de los reyes de España.

D. Fernando explicó del mejor modo que le fué posible la alegoría á medida que iba verificándose y cuya accion histórica y verdadera estamos relatando.

¿Por qué se hallaba María Luisa de Borbon en aquellos momentos triste y meditabunda á medida que escuchaba el relato del caballero? ¿Qué extraño y misterioso gérmen de dolor hacia asomar á sus lábios una vaga sonrisa? No era fácil sondear aquel corazon que habia despertado de repente á la vida de los sentimientos.

Solo otro corazon—el de Adelaida—parecia descubrir lo que pasaba en el pecho de la reina.

Pero las fiestas de la embajada de España no terminaban con la *serenada:* antes al contrario, ésta no era más que el principio de aquellas. Apenas concluida la música, la reina fué conducida á unas magníficas estufas cubiertas de cristales de colores y llenas de las plantas y flores más raras que producia la naturaleza.

Un caprichoso trono formado de una vegetacion admirable sirvió de asiento á la reina, y entonces, como si del fondo de aquellos grupos de árboles y flores brotasen driadas encantadas, aparecieron una multitud de jóvenes preciosas, llevando en filigranadas cestas de plata las frutas más ricas, más raras y más extrañas que el gusto podia concebir.

La reina probó apenas de aquellos manjares que el Asia y la América habian producido, si bien con la amabilidad que la distinguia, repartió de aquella *merienda*, como la llama el narrador de quien tomamos estos apuntes, á todos los que estaban en torno suyo.

Cuando le tocó recibir á D. Fernando el obsequio de la reina, ésta tomó una hermosa flor blanca, una de esas clemátidas elegantes que penden de las palmeras africanas, y le dijo en voz baja:

—Este es el segundo recuerdo mio. Aceptadlo, caballero.

D. Fernando se acordó del lazo de color de rosa que María Luisa le hubo de dar en la primera noche que estuvo en la cámara real y comprendió que en las palabras que acababa de oir habia tal vez una profunda reconvencion.

Pero en aquella tarde y noche no habia tiempo sino para pasar de sorpresa á sorpresa.

Terminada la fantástica merienda, abriéronse de repente los cristales del fondo, y entonces apareció un teatro elegantemente construido é imaginando en su arquitectura el gusto del renacimiento.

El embajador de España condujo á la reina á un pequeño estrado y al punto se representó por los comediantes del palacio de Guenegaud el *Fedro é Hipólito* de Racine. Despues se ejecutó *El Siciliano*.

Durante la representacion, millares de luces aparecieron en los jardines y en todas las cornisas, balcones y galerías del palacio de la embajada.

Una vez terminado el espectáculo, los marqueses de los Balbases invitaron á la reina á subir á las habitaciones superiores del palacio y entonces fué cuando se comprendió la opulencia maravillosa de aquella recepcion que no habia tenido igual en las tradiciones de la córte.

Era tal la profusion de luces, tal la rara y asombrosa combinacion de los adornos, que no habia medio de describirlos; solo nos dice el historiador de estos hechos *que las sombras de la noche no se conocian sobre la tierra.*

En un salon y en una soberbia galería, se veian armarios riquísimamente tallados, pedestales y columnatas sobre los que se ostentaba gran número de vasos, enfriadores, frascos, vacías, aguamaniles, salvillas, garrafas y otra multitud de variados objetos, siendo todas las piezas, unas de plata blanca y dorada, otras de filigrana, otras, en fin, de realce con figuras de medio relieve, representando historias, fábulas, bacanales, combates y otra infinidad de caprichos fantásticos y reales, dignos de la mayor admiracion.

Brillaban entre el oro, de los adornos, cristales, flores y luces, formando las más hermosas combinaciones. En el centro de aquella estancia estaba puesta la mesa, y la reina, siguiendo el ceremonial

de la córte, se sentó, teniendo á la derecha á su padre y á la izquierda á la duquesa de Montpensier. Veinticinco personas se sentaron además en aquel banquete.

S. M. fué servida por el marqués de los Balbases; el duque su padre, por el duque de Pastrana; la duquesa, madre de la reina, por el duque de San Pedro, y la de Montpensier por el marqués de Spínola.

Otra expléndida mesa estaba puesta en el salon para la comitiva.

Los caballeros españoles sirvieron de pié á las damas que acompañaban á la reina.

Despues de aquella cena que superó en magnificencia á cuanto se habia visto hasta allí, y levantada la reina, suplicó á ésta el marqués de los Balbases que se sirviese aceptar el recuerdo que su más humilde vasallo le ofrecia, para demostrar su íntima satisfaccion por las bodas que se habian verificado.

—¡Oh!—exclamó la candorosa María Luisa:—¿Y qué recuerdo es ese, señor embajador?

—Es un lecho nupcial que ofrezco á mi amada reina.

Ésta aceptó con el mayor gusto y exclamó aunque con su triste y melancólica sonrisa:

—En ese caso veamos vuestro obsequio.

El embajador hizo un ademan con la mano; las puertas del comedor se abrieron, y entonces pre-

sentóse á la vista de todos una série de salones magníficamente adornados é iluminados.

La reina avanzó hácia ellos.

No bien se encontró en la primera estancia, cuando presentóse á la vista de todos el magnífico regalo que el marqués de los Balbases habia ofrecido á su soberana.

La cama nupcial era de plata maciza, dorada en algunas partes para hacer resaltar los primores de aquella obra portentosa del arte, donde el génio de Benvenuto Cellini y la delicadeza de Arfe competian con el valor de la materia. En sus ángulos se veian los cuatro elementos sobre pedestales llenos de soberbios relieves, con atributos de amor, de caza y de guerra. Los pedestales eran sustentados á su vez por cuatro elefantes constituyendo cada uno de estos grupos las respectivas columnas de la cama. Los elementos á su vez sustentaban además un chapitel jónico del que partian ángeles y águilas en el acto de volar. Los ángeles en sus manos y las águilas en sus garras, llevaban escudos de oro con los diversos blasones de las armas del embajador y la embajadora de España. De la parte interior del cornisamento partian el cielo y las cortinas de la cama, todo ello de tisú de oro con bordados de perlas y pedrería. Las cortinas estaban levantadas, viéndose en la cabecera seis almohadas de ricos encajes de Flandes, adornados con treinta docenas de botones de diamantes. La fachada del templo de

Jano, cuyas puertas estaban cerradas, constituian la cabecera de aquel prodigio de riqueza material y artística. La estátua de Jano estaba de pié en el centro teniendo á su lado á la Victoria y á la Paz, que vertian palmas y ramos de olivas. En el friso se leia esta inscripcion: *Frutos de la Guerra.* En término más lejano se descubria á la Tierra y al Mar, para demostrar que habiendo servido ambos elementos de teatro á la lucha de dos pueblos rivales, todo terminaba con la Paz y el Himeneo, cuyas figuras, asidas de la mano, volaban en el fondo del horizonte precedidas de la Fama.

Escusado es decir el efecto que produjo el suntuoso lecho. La reina expresó, con un conocimiento profundo del arte, su admiracion por aquella obra magnífica y desde allí se trasladó á los salones del sarao.

El principal de todos y donde se colocó la reina, era un salon inmenso, colgado todo de terciopelo verde con bordaduras de realce en oro, las que representaban las armas y trofeos de las casas de Spínola y Colonna.

El sarao duró dos horas, bailando la reina con el duque su padre, la duquesa madre con el caballerizo mayor y la de Montpensier con el duque de San Pedro.

Era ya muy tarde cuando María Luisa de Borbon demostró deseo de retirarse, no sin expresar su contento y satisfaccion, á causa de la solemni-

dad de aquella fiesta que sabia responder dignamente á la fastuosa y proverbial grandeza española.

Sin embargo, no habian faltado ojos suspicaces que advirtiesen que la reina habia distinguido mucho á D. Fernando de Toledo, siendo acaso la que más se habia fijado en aquellos pormenores la hermosa Adelaida de Spínola.

—¡Dios mio!—exclamó para sí cuando la reina regresó á sus habitaciones:—¿podrá suceder en Fontainebleau lo que está pasando en Madrid con Carolina de Sandoval?

XII.

Nuevas complicaciones.

Con la fiesta del 7 de Setiembre terminaron las solemnidades reales y las córtes de España y Francia solo pensaron en llevar adelante la union de los dos esposos, para lo cual tenian que hacerse nuevas y ceremoniosas prácticas, con arreglo á las establecidas de antiguo cuando se llegaba á verificar alguna boda entre la casa de Austria y la de Borbon.

El ritual era complicado y se necesitaban algunos meses para que la reina llegase á Madrid con su augusto esposo. Impaciente Cárlos II, al principio no cesaba de mandar instrucciones á París y Fontainebleau, conviniéndose por último:

Primero. En que el 27 de Setiembre saldria de Madrid el Excmo. señor marqués de Velada y Astorga, nombrado mayordomo mayor de la reina,

para ir á esperarla á Irun con la servidumbre de la real casa.

Segundo. En que el 4 de Octubre saldria tambien de Madrid el duque de Osuna como caballerizo mayor de S. M. la reina.

Y tercero. En que el 21 del mismo mes saldria el rey en busca de su real esposa, para ir á encontrarla en la frontera francesa, donde habia de celebrarse la entrega de la régia consorte.

Del mismo modo por parte de Francia se dispondria el viaje de María Luisa de Borbon, para que su llegada al Bidasoa coincidiera con la llegada del rey de España.

Tenian que pasar unos dos meses para que María Luisa y Cárlos II llegasen á reunirse, y durante este tiempo la correspondencia epistolar de los reales consortes no debia de ser escasa. Verdad es que con la celebracion del matrimonio, cuya noticia llegó por extraordinario á Madrid el 2 de Setiembre, es decir, poco más de treinta horas despues de haberse verificado, no habia necesidad de misterios ni de segundas manos para ocultar aquella correspondencia; pero las cartas del rey fueron llegando por el mismo conducto y no habia otro remedio sino que éstas fueran á poder de María Luisa por los mismos medios que las anteriores.

Por regla general las cartas venian de dos en dos dias con los correos extraordinarios que incesantemente se cruzaban de Madrid á París y de Pa-

ris á Madrid, y cuando Adelaida de Spínola se veia obligada á entregar á D. Fernando de Toledo alguna de aquellas epístolas del amor real, no podia menos de exponer lo que sentia, es decir, la sorda y profunda inquietud que mortificaba su alma.

—Pero, ¡Dios mio! ¿qué podeis temer?—preguntaba D. Fernando tambien con sorda agitacion.

—Los presentimientos de mi alma. ¿Habeis leido las cartas de Carolina de Sandoval?

—Sí.

—Pues ha vuelto á escribirme.

—¿En qué sentido?

—En el mismo de siempre.

—Es decir, ¿temerosa de que el rey pueda concebir hácia ella un amor nuevo?

—No temerosa, sino convencida con la realidad del hecho.

—¿Qué decís, Adelaida?—exclamó D. Fernando como si dudase de lo que oia.

—Os digo la verdad, y vos mismo os convencereis. ¿Qué extraño es que yo tema tambien?

—Pero, ¿qué?

—Que suceda aquí lo mismo.

—¡Aquí lo mismo! No os comprendo bien.

Adelaida hizo sobre sí misma un esfuerzo superior y dijo al fin:

—Quiero ser franca con vos, amigo mio; y es preciso que os confiese todo lo que pasa en mi alma. He dicho que temo que suceda aquí una cosa

igual á lo que sucede en Madrid, y vuelvo á repetirlo.

—¿Pero es posible esto?

—En esta córte todo es posible.

—¿Y creeis que así como el rey parece inclinarse hacia Carolina de Sandoval, aquí la reina se incline hácia mí?

—Efectivamente,—contestó Adelaida.

—Pues eso, amiga mia, es un error funesto.

—¡Ah! no lo es... La reina lo dice.

—¿Cómo que lo dice la reina? ¡Dios mio!

—Sí; ella lo dice con sus miradas.

—Aprension vuestra, Adelaida.

—Ella lo dice con las atenciones con que os distingue.

—Otro error, amiga mia.

—Ella lo dice con el desden con que hoy me considera.

Don Fernando quiso desvanecer las dudas que brotaban de aquel corazon apasionado, ó al menos quiso demostrar su fé inquebrantable para disipar aquellos celos juveniles, pero Adelaida le presentó la carta de Carolina de Sandoval como una prueba de sus temores, y él leyó estos renglones:

«*Madrid* 10 *de Setiembre.*

»¡Oh, amiga mia! ¡Oh, mi buena y cariñosa Adelaida! Perdóname que como una nube sombría vaya

de tiempo en tiempo á empañar el cielo explendente donde resides y á lastimar tu tranquilo corazon con los temores é inquietudes de mi alma. Necesito de tus consejos y de tu amistad, porque tú solamente puedes indicarme el rumbo que debo seguir.

»No parece sino que hay algo de fatal en lo que está sucediendo. Sin saber cómo, sin darme una razon exacta de los hechos, soy hoy para unos un sol brillante que asoma en los horizontes del porvenir, para otros una flor sin perfume que se pierde y seca en los arenales de la existencia.

»He oido conversaciones extrañas; he recibido consejos insidiosos y atrevidos; me asedian por todas partes los dardos de la envidia, mientras que yo, ¡desdichada! adivinando más bien que comprendiendo lo que significan tanta adulacion y tanta ironía, casi no sé lo que me pasa.

»Sin saber de adónde ha salido, circula por todo Madrid una de esas letrillas políticas y populares, en la que se habla de que aún todavía puede haber en el mundo nuevas Leonores de Guzman, nuevas Marías de Padilla y nuevas Calderonas.

»Mi tia, que es una de las personas más dignas que se conocen, leyó dias pasados una de estas sátiras, y mirándome silenciosamente se echó á llorar. Algo de violento y terrible lastimaba su corazon, cuando me dijo:

—»Hija mia; tengo un deber sagrado de hablarte reservadamente, para lo cual exijo de tí toda la franqueza que te caracteriza. ¿Estás dispuesta á contestarme?

—»Ese es mi deber,—respondí sin vacilar, pero con el acento tranquilo de quien confia en la rectitud de su conciencia.

—»Quiero que me digas una cosa, una tan sola,—insistió la duquesa de San Pedro.

—»¿Cuál?—contesté.

—»¿Qué relaciones existen entre el rey y tú?

»Esta pregunta, desnuda de toda preparacion, me hizo comprender el abismo que me rodeaba.

»Era imposible que yo ocultase á mi tia, es decir, á mi segunda madre, lo que pasaba sobre la correspondencia que S. M. sostiene con la reina, y le conté fielmente la historia secreta de las cartas que van y vienen incesantemente de París á Madrid y de Madrid á París.

»La sencillez de mi narracion tranquilizó algun tanto á mi tia, conociendo que yo no le ocultaba nada despues de lo dicho.

—»Pues escúchame, hija mia,—me dijo la duquesa con acento grave;—los accidentes más pequeños pueden ser causa de errores lamentables. Como nadie está al corriente del secreto de esa correspondencia, se han supuesto cosas dolorosas.

»¿Sabes lo que se dice?

—»¡Ah! señora,—contesté temblando,—no lo sé,

pero mi alma me indica algo que no comprendo.

—»Debo manifestártelo. Se dice que el rey te ama. Aquí tienes, mi querida Adelaida, una triste revelacion, hija de las consecuencias que ha traido para mí el haberme hecho cómplice del plan que me propuso D. Francisco de Córdoba. Estar señalada por todos; sentir algo que hace daño al corazon, á la fé y á la conciencia, hé aquí mi situacion. Yo he querido romper el lazo funesto que me ata á esta série de sucesos; pero ¿debo decirlo? el rey está siempre allí donde yo estoy; el rey invita sin cesar á la córte á las solemnidades que se efectúan con motivo de sus bodas, y como las cartas de S. M. la reina vienen siempre por tu conducto á mi poder, no puedo sustraerme al trato frecuente con el rey. Esto aumenta las envidias, acrece los rumores y todos me hacen blanco de las suposiciones más aventuradas. Pero ¡Dios mio! ¿habrá algo de cierto en el fondo de todo esto? ¿Será verdad que el rey?...

»¡Ah! ¡mi buena Adelaida! yo misma no me atrevo á sondear la verdad de esta pregunta. ¡Es tan terrible! Pero juzga tú, á quién tengo el deber de confiar mis secretos más íntimos. Que el rey me mira, que el rey me distingue entre todas las damas de su córte, que el rey me habla con frecuencia, son hechos evidentes. Noches pasadas, en uno de los saraos de palacio, me ofreció su mano para bailar con él, y no tuve otro remedio que acceder á sus deseos.

—»¡Ah! señorita,—me dijo en un momento de descanso,—tenia un vivo deseo de hablar con vos.

—¿Acerca de las cartas de la reina?—le contesté de un modo atrevido.

—»No,—me contestó S. M. con un acento tímido,—acerca de vos.

»Yo bajé los ojos y casi temblé. El rey no volvió á decir una palabra, pero advertí que temblaba su mano y que luchaba con un pensamiento que no tenia valor para manifestarlo. Al terminar el baile me miró, lanzó un suspiro triste y profundo y me dijo:

—»¡Qué feliz debe ser el hombre que sea dueño de vuestro corazon!

»Estas palabras fueron para mí un relámpago; relámpago que me hizo temblar de terror.

»Al dia siguiente, es decir, hace dos dias, mi tia ha recibido órden de estar dispuesta á marchar en el acompañamiento real que debe salir de Madrid el 21 de Octubre, con el objeto de ir á esperar á S. M. á Irún, y del mismo modo otra órden indica que yo sea tambien de aquel acompañamiento. Esto es para mí agradable y doloroso: agradable, porque tú constituirás parte de la comitiva de la reina y nos veremos muy pronto; doloroso porque tengo miedo á todo cuanto me rodea desde que he comprendido lo que vá en el formidable juego de las circunstancias.

»Aconseja á tu amiga

CAROLINA DE SANDOVAL.»

Esta carta espantó casi tanto á D. Fernando, como anteriormente habia espantado á Adelaida. La amistad le ordenaba que descubriese á su amigo don Francisco de Córdoba lo que ocurria, para que inmediatamente partiera para España. Adelaida por su parte tenia iguales temores que su amiga, aunque en sentido diferente, y como las mujeres que aman son egoistas, más hubiera querido aquella hermosa jóven que D. Fernando marchase de la córte de Francia, que no sufrir acaso los crueles tormentos que en aquel instante experimentaba Carolina de Sandoval.

Don Fernando supo disipar todas las dudas y temores de su amada, y se separaron despues de esas mil cariñosas protestas que constituyen la existencia de los amantes.

Al dia siguiente, la cuestion que estaba encerrada, por decirlo así, entre aquellos corazones, debia tomar un carácter más grave y si se quiere más temible.

Cuando D. Fernando de Toledo se dirigia en busca de su amigo D. Francisco de Córdoba, para exponerle la necesidad que habia de que regresase á España, recibió un recado del marqués de los Balbases á fin de que se le presentase inmediatamente.

Hallábase éste en un gran despacho, descansando por vez primera de las graves atenciones que le habian preocupado hasta allí, y de cuando en cuando se fijaba en un pliego que algunos momen-

tos antes le habia entregado Mr. de Colbert.

Estaba solo y por un gran balcon se descubrian los magníficos jardines, aun adornados como en la noche de la gran fiesta de la embajada española. Cuando entró D. Fernando de Toledo lo miró con cierta extraña curiosidad y le suplicó que se sentase.

—Tenemos que hablar de cosas muy serias, amigo mio, por lo cual os suplico me escucheis con atencion.

D. Fernando se inclinó y respondió:

—Podeis, señor, decir lo que gusteis.

—Soy, como ya os consta, un verdadero amigo vuestro, y quiero ser franco con vos. Acabo de recibir un pliego del rey de Francia, por el cual se me encarga que inmediatamente os haga salir para España.

—¡A mí!—exclamó el caballero vivamente sorprendido.

—Ciertamente, amigo mio. Sin duda algo grave debe ocurrir cuando S. M. Cristianísima adopta una medida que yo no acierto á explicarme.

Dominó D. Fernando la viva agitacion que en aquel instante hacia latir con violencia su corazon, y contestó:

—Pues si vos no os explicais semejante encargo, mucho menos me lo puedo yo explicar.

—La córte, amigo mio, tiene sus escollos, y ¡quién sabe!—replicó el embajador.—¿Habeis cometido alguna indiscrecion?

—Ninguna, que yo sepa.

—¿Habeis tenido algun duelo?

—Tampoco.

—¿Habeis faltado á las prácticas de la etiqueta?

—Jamás.

—¿Habeis hecho alguna diablura?

D. Fernando hizo un movimiento negativo con la cabeza; pero su pensamiento le hizo comprender la causa que daba orígen á la medida que acababa de notificarle el embajador. Acordóse de la noche en que habia sido sorprendido en el cuarto de la reina, pero fiel á la palabra que empeñó entonces, no podia revelar la legítima causa de su temor.

—Confieso, amigo mio,—replicó el marqués de los Balbases,—que si tenebroso es para vos este desagradable asunto, mucho más lo es para mí que me veo en el caso de cumplimentarlo.

—¿De cumplimentarlo decís?—preguntó D. Fernando con altivez.

—No puedo pasar por otro punto.

—¿Es decir, que por complacer á S. M. Cristianísima, estais dispuesto, señor marqués, á que marche á España?

—En honor de la verdad, no puedo hacer otra cosa.

Sonrióse D. Fernando de una manera especial y contestó:

—En ese caso tengo el deber de manifestaros que no me es posible dejar á Fontainebleau.

—¡Cómo no!—exclamó á su vez el marqués de los Balbases.

—Porque me es imposible.

—¡Ay, mi buen Toledo! Cuando media la voluntad de un rey como Luis XIV, todo es posible en este mundo.

—Eso estaria bien cuando yo fuese súbdito de su majestad Cristianísima.

—Sin embargo, el rey manda en su reino y puede extrañaros de él siempre que convenga á sus miras é intereses.

Esto era una verdad y el caballero meditó algunos momentos. Sin embargo, insistió:

—Admito ese principio siempre que haya motivo para el destierro, pero no habiéndolo lo desecho.

—Cuidado con lo que decís, D. Fernando.

Y una maliciosa sonrisa apareció en los lábios del embajador.

—Pues qué, ¿sabeis tal vez algo de este singular asunto?

—Lo único que sé es que no debeis oponeros.

—¿No?

—Ciertamente.

—¿Por qué causa?

El embajador volvió la vista como un hombre que no quiere ser escuchado ni aun por los tapices que le rodeaban, y bajando la voz continuó:

—Os he dicho anteriormente que desconocia por completo este tenebroso asunto; pero siempre hay

en la sombra alguna claridad. Se dice, caballero, que habeis levantado la vista hácia el sol.

—¿Qué sol?

—Un sol que hoy alumbra en Fontainebleau con los más puros rayos y los más hermosos resplandores.

D. Fernando comprendió la metáfora y pudo distinguir perfectamente la verdad que existia en aquel juego de palabras.

—Señor,—contestó,—lo que acabais de decirme puede tener las consecuencias más peligrosas. En vista de ellas, mi deber es quedarme en Francia.

—Eso es imposible.

—¿Quién se atreverá á disponer lo contrario?

—Ya os lo he dicho, el rey de Francia.

—Pues si el rey de Francia ordena una cosa, el rey de España me manda otra. Yo estoy aquí en su nombre.

—¿Vos?

—Sí, señor embajador.

—Pero, caballero,—exclamó el marqués de los Balbases algun tanto agitado;—advertid que el asunto no es de burla. ¿Quereis que hablemos con más claridad?

—Como gusteis.

—Pues debo deciros que vuestro destierro, si es que puede llamarse así la órden de Luis XIV, obedece á lo que hoy es un secreto todavía. ¿Que-

reis saberlo, puesto que es preciso llegar hasta este extremo?

—Sí.

—Pues se dice que vos, caballero, habeis tenido el inaudito atrevimiento de mirar *demasiado* á la reina.

—Es que yo, señor embajador, estoy al inmediato servicio de S. M.

—¿Vos? ¿Con qué órden?

—Con la que me reservo. ¡Ay!—prosiguió el valiente capitan;—¡ay! de quien intente alejarme de Fontainebleau.

—¡Resistís!—exclamó el embajador casi aterrado.

—No: es que no obedezco.

Y saludando respetuosamente salió de la estancia sin que el marqués de los Balbases se atreviera á decir una palabra más.

Cuando se encontró solo volvió á leer el despacho que estaba sobre la mesa y murmuró:

—Pues señor, el asunto se complica tanto más cuanto que el corazon que hay interesado en el mismo, es más bien el de la reina hácia D. Fernando, que el de don Fernando hácia la reina.

XII.

Cada cual con su razon.

Lo que el marqués de los Balbases acababa de comunicar á D. Fernando de Toledo, tenia una gravedad inmensa. El *encargo* de Luis XIV, era un destierro, y este destierro sólo podia reconocer por causa la escena secreta que hubo de ocurrir en las habitaciones de la reina entre ésta, el rey de Francia y el mismo don Fernando.

Este, sin embargo, habia decidido no cumplir la órden que se le habia dado, puesto que su mision tenia un carácter especial, al que no alcanzaba todo el poder de S. M. cristianísima. ¿Pero se hallaba el noble capitan en el caso de resistir los deseos y los mandatos del rey?

Para el embajador de España aquel asunto era un verdadero conflicto, y suplicó á D. Fernando mientras los sucesos se esclarecian y tomaban un carácter más sereno, que no saliese de sus habita-

ciones. ¿Pero era esto posible? ¿No habia recibido nuevas cartas del rey de España para entregarlas á María Luisa de Orleans y Borbon? ¿No tenia el sagrado deber de cumplir las órdenes de S. M. católica?

Bastaron estas reflexiones para convencerlo. Habló con su amigo D. Francisco de Córdoba, ya por que en medio de la corriente de los sucesos se encontraban los dos envueltos en casi idénticas circunstancias, ya porque el uno y el otro podian apoyarse mútuamente mediante su identidad de miras y bien probada amistad.

La entrevista de D. Fernando y D. Francisco tuvo un carácter profundo y solemne. Sabido es que cuando habla el corazon huye la sonrisa de los lábios.

—Ya lo veis,—dijo Córdoba;—lo que os ocurre, amigo mio, es de una índole igual á lo que á mí me pasa.

—¡Ah! ¿Pues cómo es eso?—preguntó D. Fernando alarmado.

—De un modo muy sencillo. Ya os consta que yo vine para conocer, estudiar é inquirir todo cuanto pudiera hacer el duque de Pastrana.

—En efecto,—contestó el de Toledo.

—Pues bien, ya sabeis que la mision del duque terminó desde el instante en que se celebraron las bodas de SS. MM. y ayer mismo me indicó la necesidad de regresar á España. Este viaje, el más

ansiado por mí, ha venido á tener de repente un desenlace inesperado.

—¡Sí!

—Juzgad por vos mismo. En el último extraordinario que ha llegado hé recibido una órden.

—¿Una órden?

—Sí.

—¿De quién?

—Del mayordomo mayor de S. M. la reina, señor marqués de Velada y Astorga.

—Y bien, ¿qué se os dice en ella?

—Que en vez de regresar á Madrid con el duque de Pastrana, me detenga al lado de la reina para formar parte de la comitiva luego que esta salga para España.

D. Fernando miró á su amigo con profundo interés y exclamó:

—Y bien, ¿qué pensais hacer?

Esta pregunta sencilla en la apariencia, pero intencionada en el fondo, hizo que D. Francisco en vez de contestar, al pronto quedase pensativo.

—¿Me preguntais, mi querido amigo, lo que debo hacer? Os lo diré en breves palabras. ¿Pensais obedecer las órdenes de S. M. el rey de Francia?

—Nó,—contestó D. Fernando con varonil entereza.

—Pues yo tampoco trato de obedecer las disposiciones de S. M. católica.

Y por los ojos del noble capitan pasó algo de

sombrío y tempestuoso, como si el rayo de la cólera brillase en el fondo de sus pupilas.

Don Fernando estrechó la mano de su amigo, y cediendo á un arranque de su corazon, le dijo:

—¡Oh! ese hubiera sido el consejo que yo os hubiese dado.

—¿Conque aprobais mi determinacion?

—Sí..., amigo mio, con toda mi alma.

—¿Luego concebís algo de lo que puede ocurrir en Madrid?

—Tal vez.

Don Francisco quedó cabizbajo por algunos instantes, y despues exclamó:

—¡Ay! amigo mio. Que pronto pasan las horas del placer. Yo voy á Madrid, porque no puedo sufrir los tormentos que pesan sobre mi pecho. Las cartas de Carolina me indican que debo ir allá al instante. Anoche he recibido una en la que veo que... ¡oh! no sé cómo decirlo.

—Hablad sin cuidado,—contestó D. Fernando: acaso pueda ser vuestro más desinteresado consejero.

—Pues què, ¿sabeis algo de lo que pasa?

—Tal vez.

—¿Pudiérais imaginaros que el rey?...

—Lo que yo pienso es que en la juventud el corazon domina la cabeza, y el rey es jóven, nace á la vida de los sentimientos; ha tenido necesidad de estar en comunicacion directa con la señorita de

Sandoval, con motivo de la correspondencia secreta de que somos los mensajeros, y aquí teneis explicado el misterio.

—¡Ah!, es cierto. Por eso, del mismo modo que yo acabo de recibir una órden sospechosa, completamente sospechosa, obligándome á permanecer en Fontainebleau, vos recibís otra por la que se os quiere alejar de él.

—Pero no lo conseguirán por nada de este mundo.

—Ese mismo voto es el mio.

—¿Es decir que estais dispuesto á marchar?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Y si al llegar á Madrid os aguarda el alcázar de Segovia?

—Venceré todos los inconvenientes,—contestó don Francisco de Córdoba con una energía terrible. El secreto está adivinado, y no consentiré que Carolina de Sandoval sea por más tiempo el objeto de la predileccion del rey.

—Estamos en igual caso, amigo mio. Lucharemos.

Este diálogo explicaba la verdadera situacion de los dos jóvenes españoles, y D. Francisco de Córdoba esperó á que llegase la noche para emprender su viaje.

Durante las horas que habian de trascurrir ne-

cesariamente hasta la llegada de este momento, nuevos sucesos aumentaron la gravedad de las circunstancias.

El duque de Pastrana se dirigió á París sin encargar á don Francisco que le siguiese mientras el marqués de los Balbases acababa de recibir nuevas órdenes para que el noble capitan se agregase inmediatamente á la servidumbre de la reina.

En la noble lealtad del señor de Córdoba cumplia renunciar á los honores que acababa de recibir, y el embajador no pudo menos de expresar su asombro al ver el inexplicable desprendimiento de don Francisco, cuando tantos españoles hubieran deseado semejante distincion.

—Yo no puedo admitir vuestra renuncia,—contestó el marqués:—mis instrucciones son terminantes, y permanecereis al lado de S. M. la reina hasta que ésta llegue á Madrid.

—Desde luego os digo, señor embajador, que no habrá fuerzas humanas que me obliguen á tanto.

El asombro del embajador era cada vez más grande, pero dispuesto á sostener su autoridad, no dijo una palabra, y principió á tomar sus disposiciones. Para él era tan inconcebible la resistencia de D. Fernando de Toledo á marcharse, como la de don Francisco de Córdoba á quedarse, pero su deber se hallaba muy por encima de ciertas consideraciones, y trató de que su autoridad que dase en el lugar correspondiente. Antes de esto

apeló á la persuasion, pero no pudo conseguir nada.

Mientras tanto los dos amigos habian dispuesto para la noche el cumplimiento de sus diversos proyectos. D. Fernando debia entregar la carta á la reina y D. Francisco debia partir para España. Sin embargo, por uno de esos últimos desahogos de la amistad, convinieron despedirse en los jardines á la hora más conveniente.

Adelaida de Spínola á su vez que habia observado la reserva profunda de D. Fernando, estaba inquieta.

Así sobrevino la noche.

Por uno de esos cambios de la temperatura que ya son comunes á las frescas noches del mes de Setiembre, aquella noche se presentó acompañada de espesos nubarrones. Azotaban las copas de los árboles grandes ráfagas de un viento tempestuoso, y la luna que debia salir bastante tarde, apenas bosquejaba sus primeros albores en los límites del horizonte.

Los jardines de Fontainebleau proyectaban inmensas sombras que cada vez aumentaban más á causa de las nubes que se condensaban en la atmósfera; era evidente que se preparaba una de esas tempestades equinocciales que son tan comunes en la estacion indicada.

D. Francisco de Córdoba por su parte, tenia arreglado su viaje y una silla de posta estaba pre-

parada para partir. Don Fernando de Toledo, á su vez, habia prevenido á la señora de Clerambault, que era portador de una carta de S. M. Católica y que aquella noche tendria el honor de ponerla en sus manos.

A las diez de la misma reinaba un silencio lúgubre por todas partes. Las luces del palacio se habian apagado y los centinelas se replegaban á los cuerpos de guardia despues de llenar el servicio que les estaba encomendado.

Ya conocemos el elegante semicírculo de adonde partian las calles del jardin y la entrada que habia á lo largo del perístilo de la embajada española para penetrar en él, sin descender por la escalinata principal. Por consiguiente, D. Fernando de Toledo acababa de despedirse de su amigo D. Francisco de Córdoba, y con el deseo de llenar su mision, se dirigió al punto donde debia encontrarlo madama de Clerambault.

Cuando llegó á él, se consagró á mirar á las habitaciones de Adelaida, ínterin se le buscaba de parte de la reina, y en esta muda contemplacion hubiera permanecido largo rato si en aquel instante no se hubiese presentado madama de Clerambault rebozada en su ancho y espacioso manto.

—Señora,—dijo D. Fernando quitándose el sombrero,—¿qué debo esperar de las órdenes de S. M.?

La camarista miró con vivo recelo al jóven capitan y contestó:

—La reina quiere que la entregueis vos mismo la carta de que sois portador.

—En ese caso, me teneis á vuestra órden.

Madama de Clerambault hizo un ademan con la mano indicando la escalinata, pero casi al mismo tiempo que pisaba sus primeros escalones, se sintió un fuerte ruido de pasos.

—¡Ah!—exclamó la camarista.—Creo caballero que tratan de sorprenderos. En nombre del cielo, dadme la carta y salvaos.

D. Fernando comprendió que acaso se le preparaba una emboscada, y siguió al pié de la letra cuanto acababa de decirle la señora de Clerambault excepto en su último encargo.

Entregó la carta, pero en vez de ponerse en salvo, esperó á pié firme el resultado de aquel inesperado acontecimiento.

En efecto, pocos momentos bastaron para que se presentase un capitan de mosqueteros seguido de unos veinte soldados, el cual se dirigió al caballero español.

En aquel instante un ardiente relámpago que cruzó por el fondo del horizonte dió á la escena que vamos describiendo una luz pálida y aterradora.

—¿Tengo el honor de hablar con D. Fernando de Toledo?—dijo el capitan de mosqueteros inclinándose ligeramente.

El caballero dió dos pasos de frente, y poniendo

su mano izquierda sobre el pomo de la espada, contestó:

—Justamente, señor capitan.—D. Fernando de Toledo está delante de vos.

—Entonces, en nombre de S. M. el rey de Francia daos á prision.

—¡Yo preso!

—Cumplo con un triste deber, pero la órden que tengo es la de encerraros en el castillo de este real sitio.

Los dos pasos que habia avanzado D. Fernando los dió para atrás, y sacando su espada, exclamó:

—S. M. Luis XIV no tiene autoridad para tanto, y si vos, señor capitan, teneis órden de prenderme, desde luego os participo que no me dejaré prender sino dejando la vida.

—Os advierto, señor, antes de apelar á la fuerza,—contestó el capitan,—que yo no puedo faltar á mi consigna.

—Ni yo á mi honor, á mi carácter y á la razon que me asiste,—replicó D. Fernando.

Y apoyado en el primer escalon de la escalinata, esperó el ataque de los que tenian órden de prenderlo. El capitan de mosqueteros comprendió que la lucha iba á ser inevitable, y dijo como última razon:

—¿Conque no os entregais?

—Mandad que me prendan, y lo vereis.

No se habló más: los mosqueteros se estendieron á lo largo de la escalinata á fin de formar un semicírculo y encerrar en él á D. Fernando. Obligado éste á hacer frente al capitan, no podia prohibir aquella operacion que debia encerrarlo en un círculo de hierro.

Pero un nuevo acontecimiento vino á complicar la situacion.

Casi en el mismo instante en que se iban á cruzar las espadas del señor de Toledo y el mosquetero, apareció un nuevo grupo en el perístilo de la embajada de España. Distinguíase, merced á los relámpagos que de tiempo en tiempo brotaban de las nubes, que un solo caballero resistia bravamente á unos treinta hombres que venian detrás de él.

—¡Don Francisco!—exclamó Toledo al conocerlo.

—¡Oh! ¿Sabíais que estaba en un trance igual al vuestro?—replicó el primero.

Y antes de que nadie pudiera detenerlo, se colocó al lado de su amigo, mientras que sus perseguidores quedaron á retaguardia de los mosqueteros.

Mientras se preparaba aquel doble ataque, don Fernando dirigió estas palabras á Córdoba:

—¿Pero cómo estais aquí, cuando yo os hacia corriendo hácia París?

—He sido sorprendido en el instante de montar

en la silla de posta y despues de una lucha tremenda, vengo á buscaros, llevando por delante á todos esos miserables.

Don Fernando estrechó la mano de su amigo, y replicó:

—Pues bien, ya lo veis: yo tambien estoy amenazado. Ahora, mi noble compañero, cada cual con nuestra razon: adelante.

Esta última palabra fué la señal de la lucha. El capitan de mosqueteros y el jefe que mandaba el peloton que perseguia á D. Francisco de Córdoba cerraron cada uno por su parte contra los dos españoles, pero pronto comprendieron que era empresa muy difícil sugetarlos.

Las espadas crugian sin cesar, arrojando chispas inflamadas, y dos ó tres hombres acababan de caer rodando por la escalinata, que servia de defensa á los dos amigos. Cuando estos se veian muy obligados, subian algunos escalones, y desde allí, dominando á sus enemigos, paraban la multitud de golpes que se le dirigian.

Dos veces desarmó D. Fernando al capitan de los mosqueteros, y el jefe del otro grupo acabó por rodar los escalones con una fuerte cuchillada en la cabeza.

El espacioso círculo de combatientes se iba estrechando poco á poco, pero D. Fernando y don Francisco habian tenido cuidado de apoyarse en el muro de palacio, que partia de la meseta superior

de la escalinata, y desde allí podian hacer una resistencia mucho más enérgica en razon á la posicion que tenian.

La lucha era sorda: ni una palabra, ni un grito. Los heridos caian y rodaban hasta el fondo, y las grandes ráfagas de viento, el estrépito pavoroso del inmenso ramaje del bosque azotado en fuertes remolinos, alguno que otro trueno que retumbaba en los límites del horizonte ahogaban el rumor de aquel combate nocturno preparado por órdenes superiores.

Pero por grande y heróico que fuera el valor y la energía de dos hombres solos, tenia que llegar el momento en que aquellos brazos de hierro se fatigasen.

Media hora duraba la tremenda contienda, y catorce hombres estaban imposibilitados de seguir la lucha.

De pronto D. Fernando de Toledo estrechó con su mano izquierda la mano de su amigo y exclamó:

—¡Ah! estoy herido, no puedo más.

Y cayó al suelo doblando una rodilla, pero dispuesto á seguir tan heróica resistencia.

D. Francisco de Córdoba se colocó delante de don Fernando cuando un nuevo grupo de hombres vino á aumentar las fuerzas contrarias.

—Rendíos,—dijo el capitan de los mosqueteros.

—Jamás,—contestó el noble español con indómita energía.

Pero un golpe tremendo dirigido por uno de los soldados, rompió la espada de D. Francisco, y éste se encontró sin poder defenderse.

—¡Ah! matadnos,—exclamó el valiente caballero con indomable arrogancia.

—Nuestro deber es conduciros al castillo de órden del rey,—contestó el capitan.

En efectó, los dos españoles cesaron de luchar despues de haber vencido á diez y ocho enemigos.

XIII.

Lo que pasa en el fondo de un calabozo.

La aventura que dejamos apuntada produjo multitud de reclamaciones y no pocos comentarios; pero los hechos se habian desfigurado de tal modo, que era imposible encontrar culpabilidad en ninguna parte. Todo quedaba reducido á suponer que en virtud de desobedecer D. Francisco de Córdoba las órdenes recibidas de España, habia apelado á la resistencia; que en la lucha le habia asistido don Fernando de Toledo, y que por esta razon los dos sufrian el arresto que era consiguiente á su desobediencia.

Se procuró con el más esquisito cuidado que no figurase en nada el nombre de la reina, aunque aquel suceso produjo un verdadero escándalo en la córte de Francia.

El arresto de los dos caballeros era de los más severos. Encerrados en una torre del antiguo cas-

tillo de Fontainebleau, sólo tenian una habitacion cubierta de espesas rejas y una puertecita que comunicaba á una pequeña azotea rodeada de almenas. Esta azotea no tenia comunicacion, pero en frente habia otra torre paralela, en la que se paseaban de dia y de noche centinelas dobles.

Desde aquel elevado punto se descubrian los inmensos bosques y las lejanas campiñas vestidas ya con el amarillento color del otoño.

La herida que hubo recibido D. Fernando de Toledo era grave, y desde el primer instante, uno de los más hábiles cirujanos de la córte se hizo cargo del enfermo. Concretado aquel á sus deberes, ordenó las prescripciones facultativas que creyó oportunas, y así estuvo visitándolo diariamente hasta principios de Octubre en que D. Fernando principió á convalecer.

Por más que Córdoba habia intentado hacer hablar al cirujano, éste, silencioso como Harpócrates, respondia por monosílabos ó se extendia en algunas consideraciones acerca de la enfermedad de su amigo.

—Pero, caballero,—replicó ya impaciente don Francisco, despues de quince dias de oir una misma cosa:—ya sé que mi amigo sigue mucho mejor. Pero esta es una noticia hija del reducido mundo en que nos hallamos sepultados. Queremos saber lo que pasa en la córte.

—Soy completamente ageno á ella, y nada puedo participaros acerca del particular.

Y aligerando su visita se retiró inmediatamente.

D. Francisco de Córdoba habia reclamado diversas veces por escrito al embajador de España acerca de la detencion, que tanto él como D. Fernando de Toledo estaban sufriendo, á pesar de ser súbditos españoles; pero la contestacion estaba reducida á que ellos habian dejado fuera de combate á diez y ocho franceses, y que esto habia hecho que los tribunales tomasen carta en el asunto.

—Es decir,—exclamaba D. Francisco,—¡que se nos quiere tener aquí hasta el fin del mundo!

—Tal vez sí,—contestaba Toledo, que apénas podia andar apoyado en un baston.

Vino el mes de Octubre, y la naturaleza principió á despojarse de sus vestiduras. Una mañana en que los dos amigos se paseaban en la pequeña azotea del castillo, y cuando D. Fernando iba poco á poco recuperando sus fuerzas, notaron que por los diversos caminos que confluian á Fontainebleau, avanzaban algunos destacamentos de tropa y varios furgones cargados con efectos de viaje.

Despues de un momento de atencion, observó don Fernando:

—¿Sabeis lo que pienso, amigo mio?

—¿Qué?—contestó Córdoba, que estaba siempre profundamente preocupado con su situacion.

—Que esas tropas y esos convoyes son anuncios de que la reina debe ponerse muy pronto en marcha para España.

—¿Pues qué?—exclamó Córdoba,—¿se marchará la reina y nos dejará encerrados en esta maldita fortaleza como si fuéramos prisioneros de Estado?

Sonrióse D. Fernando, y replicó lacónicamente:

—Tal vez.

—Es que nosotros pertenecemos al servicio de S. M.

—¿Y teneis fé, amigo mio, en la memoria de los príncipes? ¿Quién se acuerda de dos gotas de agua caidas desde el seno de una nube? Ni el rey de España, por cuyo servicio hemos hecho todo género de sacrificios, ni la reina su esposa, se acuerdan en estos instantes de alegría de dos tristes prisioneros.

—Eso seria la mayor de las ingratitudes.

—Pues no espereis otra cosa, D. Fernando. ¿Quién se ha acordado de nosotros durante vuestra peligrosa herida y nuestras largas horas de calabozo? Nadie: el marqués de los Balbases ha cumplido con unos cuantos recados de atencion; nuestros amigos han hecho lo mismo; respecto de la córte de Francia, no contamos con una simpatía siquiera; la reina no se acuerda de dos de sus súbditos más leales, y hasta Adelaida y Carolina parece que no existen en este mundo.

Era tan amarga la série de reconvenciones que

iba haciendo D. Francisco, que D. Fernando no pudo menos de decir:

—Pues bien, amigo mio; si todos nos abandonan, nos bastaremos á nosotros mismos.

Y una viva mirada se escapó de las pupilas del caballero.

—¿De qué modo?

—Escapándonos de aquí.

—Ya he pensado en eso,—contestó D. Francisco moviendo la cabeza;—¿pero será esto posible? Vuestra herida no está cicatrizada y el más pequeño esfuerzo la podria abrir de nuevo.

—Poco importa eso con tal de salir de aquí,—replicó D. Fernando con esa energía del alma que es siempre superior á la del cuerpo.

Dominados por esta idea, principiaron á acariciarla, primero como un pensamiento teórico, despues como un pensamiento práctico. Entraba en ello hasta el orgullo nacional. Era preciso triunfar en aquella contienda tenebrosa, y para ello era necesario salir de aquella prision.

No era por fortuna el castillo de Fontainebleau una de esas grandes y formidables fortalezas, que han dejado escrito su nombre en la historia de Francia, y para dos hombres del temple de D. Fernando y de D. Francisco, las dificultades interiores y exteriores que podia ofrecer, bastaban á superarlas su valor y osadía.

Merced á la azotea podian registrar los detalles

y topografía del castillo, y D. Francisco se ocupó de ello. La azotea era una segunda torre que se prolongaba por un ángulo y tendria de elevacion unas veinte varas.

La base de este cuerpo de edificio caia á una plaza de armas en donde se hallaban los cuarteles y los cuerpos de guardia. Toda ella estaba rodeada de grandes troneras con cañones de grueso calibre.

Para nuestros jóvenes, la cuestion estaba reducida á fabricar una escala ó una cuerda con nudos por medio, la cual serviria para dejarse caer á la plaza de armas y despues labrar otra cuerda más pequeña para desprenderse desde una de dichas troneras al foso.

Las noches de otoño iban siendo completamente tenebrosas y esto favoreceria su fuga. Bien es cierto que en la torre de enfrente habia centinelas constantes con consigna expresa de no separar la vista del torreon donde estaban presos nuestros jóvenes amigos, y tambien los habia en la plaza de armas; pero el riesgo que pudieran correr era poca cosa al lado de su valor.

Despues de haber estudiado perfectamente el asunto, y cuando los dos capitanes se sentaban á la mesa para disfrutar de la opípara comida que todos los dias les remitia la embajada de España, dijo D. Francisco á D. Fernando:

—En fin, amigo mio, hoy es un dia muy bueno para emprender nuestra fuga.

Mirólo D. Fernando con una sonrisa de incredulidad y contestó:

—¡Cómo hoy! ¿Seria posible tal cosa?

—Pues es claro; cuando os lo propongo es porque tengo adoptadas mis medidas y dispuestas todas las eventualidades,—replicó Córdoba.—He dejado que os cureis; he procurado que repongais vuestras fuerzas; os he obligado como una buena madre hace con su hijo, hasta á que os acosteis temprano, para que de nuevo alcanceis la salud y el valor propio de vuestra naturaleza y vuestra raza.

D. Francisco bebió á pequeños sorbos una copa de vino y prosiguió:

—Observo que la incredulidad os domina, pero voy á convenceros de que esta noche podemos escapar de este maldito castillo.

—¡Ah! esa seria la más grande de mis alegrías, —contestó D. Fernando no creyendo aun las palabras de su amigo.

—Pues escuchadme. ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde acaban de dar en el relój del castillo.

—Pues entonces nos faltan solamente seis horas de prision.

—¿Pensais acaso que nos fuguemos á las diez de la noche?—preguntó D. Fernando dudando todavía.

—Justamente,—replicó D. Francisco.

—¡Oh! contadme eso, amigo mio. Hablais con tal

seriedad, que no puedo imaginarme que sean un sueño ó un castillo en el aire vuestros proyectos.

—Mi deber es hacerlo así,—replicó Córdoba gravemente.—Mientras que vos, amigo mio, permanecíais en el lecho reponiéndoos de vuestra herida, yo he trabajado sin descanso. En primer lugar, cuento con treinta servilletas.

—¡Treinta servilletas!

—Sí. En cada una de las comidas que nos ha mandado la embajada de España, he sustraido una servilleta; de modo que me dan la suma que os he dicho. Ahora bien: cada servilleta, perfectamente enrollada, me da una estension de tres cuartas, lo cual forma una suma de noventa cuartas, ó sean veinte y dos varas y media. El resíduo que hay sobrante de las veinte, se absorbe en nudos y otros medios de resistencia; de manera que ya tenemos una cuerda para dejarnos caer desde la azotea á la Plaza de Armas.

Don Fernando se levantó y abrazó á su amigo con extraordinaria alegría.

—¡Oh! Y yo que dudaba... yo que no podia creer en semejante cosa. Pero vamos adelante: supongamos que ya estamos en la Plaza de armas. ¿Cómo nos ingeniaremos despues para descender al foso?

—Por medio de otra cuerda.

—¡Otra cuerda! ¿Y dónde está?

—En este calabozo.

Don Fernando miró á todas partes con viva ansiedad.

—¡Ah! pues yo no la veo.

—Vais á verla ahora mismo.

Y señalando las sábanas de las dos camas, prosiguió:

—Ahí teneis cuatro sábanas de lienzo, nuevo y fuerte, que bien pueden resistir el cuerpo de un hombre. Cada sábana tiene por regla general dos varas y media, y por consiguiente dan diez de longitud. Partidas las sábanas por su mitad, á todo su largo resultará que tenemos veinte varas, es decir, otra cuerda de esta extension.

—¡Oh! es cierto.

—Por lo tanto, tan luego como pase la hora de la requisa, procederemos á fabricar la segunda cuerda. Es cosa de poco tiempo. Además, para el buen éxito de la operacion, cuento con dos grandes auxiliares.

—¿Cuáles son?

—El primero es un obsequio que reservo para los soldados de guardia. Debajo de mi cama he ido guardando parte de las botellas que nos han remitido en las comidas, y esas botellas serán regaladas á dichos soldados. Es costumbre hacer regalos de esta naturaleza; y nosotros llenaremos esta noche este deber, para que no se nos tenga por miserables. Respecto del otro auxiliar, nada tengo que decir.

—¿Por qué?

—Porque está en el cielo.

En efecto, grandes y gigantescas nubes llenaban el espacio como precursoras de próxima lluvia. La noche debia ser negra y tenebrosa por completo.

Don Fernando comprendió perfectamente los proyectos y los trabajos de su amigo. Pero sus precauciones no habian terminado en esto, pues á lo mejor sacó dos cuchillos de uno de los colchones de su cama, y dijo con voz baja:

—Esto, para defendernos.

—¿De dónde ha salido eso?—exclamó D. Fernando.

—De la embajada. Los dos cuchillos más fuertes que han venido á mi poder están convertidos en puñales. Les he sacado punta, gracias á las piedras del muro, y ya lo veis; aun todavía podemos hechar á rodar algunos franceses.

Esta última frase lo decia todo, y desde aquel instante solo pensaron en la evasion.

Para que esta se verificara quedaban seis horas, y era necesario no descansar un instante á fin de tenerlo todo dispuesto.

A las cinco era la hora de la requisa, y el carcelero del fuerte de Fontainebleau estaba tan tranquilo respecto de sus huéspedes, que nada podia sospechar de lo que se tramaba. Cuando entró en el torreon tuvo algunas chanzas con los dos presos,

bebió de lo lindo, puesto que era amigo de lo rancio y de lo bueno y se hizo cargo de las botellas que los mismos regalaban á los soldados de guardia.

Aquel obsequio colmó de júbilo al cancerbero, y salió haciendo cortesías é inclinaciones de cabeza, ofreciendo cumplir fielmente las órdenes de sus generosos huéspedes.

Cuando éste desapareció, nuestros amigos abandonaron el fingido reposo que hasta entonces habian afectado, y D. Francisco exclamó con voz baja, pero llena de energía:

—Ahora es el momento de obrar: son las seis de la tarde; las nubes que se aglomeran en el cielo indican que la noche será negra y tormentosa. Adelante.

Los dos jóvenes se pusieron á trabajar con ardor: las sábanas fueron magistralmente torcidas y unidas en sus extremidades; las servilletas experimentaron igual trasformacion, y respecto de la consistencia de ellas, fué probada por medio del peso del atrevido señor de Córdoba.

A las nueve todo estaba al corriente. La puerta que comunicaba con la azotea, que se hallaba asegurada por medio de algunos cerrojos, fué abierta, y los dos amigos permanecieron bajo la inmensidad de las tinieblas esperando la hora de la evasion.

Las sombras no podian ser más favorables, y un silencio solemne reinaba en todo aquel occéano de oscuridad infinita que tenia algo parecido al cáos.

XIV.

Dos corazones.

Antes de llegar á los sucesos que tienen que constituir el desenlace de este episodio, conviene que nos fijemos en lo que habia pasado en aquel mundo brillante y dorado de Fontainebleau durante los dias de la prision de nuestros valientes y jóvenes amigos.

En la córte de Francia se habia tratado sobre la marcha de la reina de España á su nueva pátria, y se convino que tuviera lugar el 20 de Setiembre, pues se temian las lluvias del próximo equinocio.

Nadie, ó al ménos ostensiblemente, se habia vuelto á acordar de los prisioneros del castillo, y sin más interrupcion que la de aquella noche de lucha sangrienta, cuyos efectos y detalles se habian querido ocultar, todo habia seguido su curso brillante y deslumbrador.

El 11 de Setiembre la reina doña María Luisa de Borbon marchó á despedirse de la buena ciudad de París, y despues de visitar diversos conventos y monasterios, se paseó por sus calles recibiendo la ovacion más tierna que puede recibir una princesa querida por su pueblo, pues éste la saludó, no solamente con entusiasmo, sino con lágrimas de ternura.

El dia 15 por la mañana hubo una ceremoniosa audiencia entre los dos reyes, Luis XIV y María Luisa, siendo ésta conducida por el conde de Brionne, y escoltada por las más brillantes compañías de los Guardias Franceses. ¿Qué pasó en esta entrevista?

Vamos á dar un ligero extracto de ella.

Obediente el rey á su política de dominacion universal, quiso imponerse á la reina acerca de sus futuras miras respecto de España; pero la reina, con una discreccion que demostraba su tacto y su talento, manifestó á S. M. que su deber era estar allí donde la llamaban los intereses de su nueva pátria, mas que no por eso olvidaria que era francesa, y que todo cuanto pudiera favorecer á su país sin menoscabar al que la Providencia le concedia, no dejaria de ponerlo en práctica.

El rey le habló del duque de Harcourt, á quien nombraba como su embajador, y le dijo estas palabras al oido, abrazándola delante de toda su córte:

—No olvideis, hija mia, que sois francesa.

La graciosa reina se inclinó y manifestó al rey:

—Tampoco debe olvidar V. M. que Dios ha puesto en vuestras manos la justicia para que sepais distribuirla, sin faltar á los principios que representa.

Clavó el rey una mirada en su sobrina y la dijo sin que nadie pudiera oirlo:

—¿Por qué decís eso, María Luisa?

—Señor, porque como reina de España, tengo el deber de defender á mis súbditos.

Habia tal magestad, tal nobleza en la juvenil fisonomía de la reina, que Luis XIV se sorprendió.

—¿Y sin duda abogais por algunos españoles?

—Abogo por dos que están presos injustamente.

Luis XIV volvió á mirar á su sobrina de una manera en que luchaban las dudas más opuestas, y despues de un momento de reflexion, exclamó:

—Sé lo que quereis decir, pero hay un cúmulo de circunstancias que me detienen. Esos dos españoles, son dos atrevidos y temerarios mancebos que merecen mayor castigo que el que están sufriendo.

—Señor, son españoles que vinieron á llenar una mision especial.

—¿No sabeis, María Luisa, la fábula de Acteon?

—Creo que sí.

—Pues bien; Acteon quiso ver á Diana en el baño y fué castigado con la muerte. Uno de esos españoles de quien hablais, levantó la vista tan alto,

tan alto que recibió órden de salir de Fontainebleau. No obedeció y se resistió.

—Lo sé.

—Dejó fuera de combate á una porcion de súbditos de mi córte, y tuve que castigarlo á él y á su cómplice.

—Señor... solo quiero para ellos la libertad.

—¿Para que salgan al momento para España?

—Sí.

—Entónces os la ofrezco.

—¿Para qué dia, para qué momento?

—Para luego que vos hayais abandonado á Fontainebleau.

—Ya sabe V. M. que el dia 20 es mi partida.

—Pues os doy mi palabra de rey de que ellos saldrán despues.

—¿Tendrá V. M. inconveniente en darme la órden?

—Ninguno, pero con una condicion.

—¿Con cuál?

—Con que tenga la fecha de un dia del mes de Octubre.

—Entónces, del mismo modo, señor, que yo no me olvidaré de ser francesa, no os olvideis de que V. M. es el más alto representante de la justicia humana.

Los dos reyes se despidieron, y María Luisa de Borbon volvió á sus habitaciones.

El dia 17 se verificó entre los dos reyes la au-

diencia solemne de despedida. La reina oyó misa temprano, y despues de salir del palacio, dió audiencia á todos los grandes embajadores y dignatarios de Francia. El último que mereció la alta distincion de S. M., fué el conde de Brionne.

Cuando éste fué á retirarse, sacó una órden que llevaba oculta entre los pliegues del jubon y dijo:

—Señora: el rey, mi augusto amo, me ordena que os dé este papel.

La reina comprendió lo que aquello significaba y lo tomó.

—¿Qué es lo que contiene, caballero, si es que sabeis lo que dice?

—Lo ignoro completamente.

El conde se despidió, y cuando la reina se encontró sola, abrió el pliego y leyó lo siguiente:

«El gobernador del castillo de Fontainebleau, pondrá inmediatamente en libertad á D. Fernando de Toledo y á D. Francisco de Córdoba.

»*En Palacio á de Octubre de* 1679.

El Rey.»

La reina se puso pálida por la emocion que acababa de experimentar, emocion que no podia cubrir con otra clase de sensaciones y dijo:

—Ahora cumplamos con un deber sagrado.

Hizo un esfuerzo para estar serena, y prosiguió:

—Ahoguemos lo que pasa en el fondo del alma, y llamemos á la señorita de Spínola.

Dió una órden á una de sus damas, que estaba en la estancia inmediata, y media hora despues Adelaida, hermosa como siempre, estaba delante de S. M.

Aquella entrevista tenia que ser difícil para la reina y para la súbdita, porque bajo la apariencia de la etiqueta, de la conveniencia y de razones tal vez políticas, se iban á encontrar frente á frente dos mujeres que por un sentimiento secreto y profundo parecian rechazarse.

Adelaida de Spínola se presentó serena esteriormente, pero adivinando el objeto especial de aquella llamada. Despues de saludar á S. M., esperó á que ésta le hablase.

—Señorita,—dijo María Luisa con una voz insegura, que en vano queria ocultar la viva emocion que la dominaba;—á nadie mejor que á vos debo encargar una mision que ha de llenaros de regocijo. Ya sabeis que está dispuesto mi viaje para España el 20 por la mañana, y que vos, en union de vuestros nobles tios los marqueses de los Balbases, debeis reuniros conmigo en Poitiers. Pues bien; como mis especiales ocupaciones no me permiten obrar en cierto sentido, voy á entregaros una órden de su Majestad el rey de Francia, para que en tiempo oportuno la deis el debido cumplimiento.

Y al mismo tiempo la reina sacó el pliego que

el habia sido entregado por el conde de Brionne.

—Señora,—contestó Adelaida de Spínola,—mi mayor deseo es llenar fielmente las órdenes de vuestra Majestad.

La reina inclinó un poco la cabeza, y dijo:

—Se trata de dar libertad á unos presos, y como estos presos son españoles, nadie sino vos, como dama española, puede ejercer más dignamente este acto. Tomad.

La mano de la reina temblaba al entregar el pliego, y tambien la de Adelaida al recibirlo. Habia en el acento de la primera un eco de tristeza infinita, de resignacion suprema, que era como un acusador de lo que pasaba en el fondo de su alma. Pero ella comprendia los altos deberes de su nombre, de reina y de mujer, y se hallaba obligada á consumar los grandes sacrificios de su destino, ahogando la llama del rayo que habia caido sobre su corazon.

Adelaida, con el pliego en la mano, miró á María Luisa como pidiéndola más detalles sobre el particular.

—Comprendo perfectamente lo que quereis decirme con esa mirada, señorita, y me anticipo á comunicaros una noticia que debe ser muy placentera para vos. La órden que acabo de entregaros es para que se ponga en libertad á los dos caballeros españoles; D. Fernando de Toledo y D. Francisco de Córdoba.

—Lo habia entendido así, señora, antes de que pronunciara V. M. una palabra; pero, ¿qué puedo hacer yo para que esa órden se cumplimente?

—¿Acaso no os interesa uno de esos caballeros?

Y en el acento de la reina habia altanería, orgullo, compasion y tristeza.

Adelaida levantó á su vez la mirada, y contestó sin vacilar:

—¡Ah! sí, señora; mucho, mucho me interesa. Si dijera lo contrario, mentiria, y yo no sé mentir.

—Pues por eso; vos sereis quien llene la mision de un ángel de luz para inundar el triste calabozo con los rayos de la esperanza; vos sereis quien despues de los tristes acontecimientos pasados sabreis devolver la tranquilidad al corazon. ¡Ay! ¡Y cuán triste es cuando el corazon sufre, y sufre sin esperanza! Por eso yo obro como debo en este asunto. Solamente tengo el deber de prescribiros una cosa.

—¿Cuál, señora?

—Esa órden tiene para su cumplimiento una fecha: el mes de Octubre, pero no está señalado el dia. A vos os toca ponerlo.

—¿A mí?

—Sí, ese era mi derecho y yo os lo concedo, señorita; deseo que seais feliz.

Temblaba Adelaida, pues en las palabras de la reina se notaba la más profunda y dolorosa de las melancolías.

Dobló la rodilla la jóven ante María Luisa, y ésta la dijo entonces:

—Hay una igualdad en la existencia que borra las categorías: la juventud y el amor: somos jóvenes las dos, y las dos amamos; vos á D. Fernando de Toledo, yo al rey de España. Al cesar la mision de ser vos, señorita, quien me trasmita las cartas de mi esposo, yo os recompenso con lo que más debe halagar vuestros sentimientos. Ahora la última palabra. Cuando *seamos felices*,—y dió á esta última frase una expresion de amargura dolorosa,—cuando allá, bajo el hermoso cielo de España nos sonria la dicha que nos espera, entonces ya nos conoceremos más... ¡Adios!

Adelaida salió del palacio y se dirigió á la embajada.

Entónces, dominada por la ansiedad más viva, extendió el pliego donde estaba escrita la órden del rey y se fijó en la fecha en blanco de la misma.

—¡Ah, Dios mio!—exclamó sintiendo un dolor agudo en el fondo de su pecho.—¿Será que hay en esto un artificio que no comprendo? ¿Por qué ese retraso? ¿Será que D. Fernando sufra aun mucho de su herida?

Iba tal vez á sacar deducciones acerca de esto, cuando oyó una á voz sus espaldas: esta voz era la de la marquesa de los Balbases.

—No, hija mia; eso es que el corazon de los reyes suele tambien sucumbir á las debilidades de

los demás hombres. El rey quiere abrir un abismo entre lo pasado y el porvenir, y eso es todo.

—Entonces, ¿qué fecha debo poner en esta órden?

—La misma en que la reina haga su entrada en España.

—¿Cuándo debe tener lugar ese acontecimiento?

—El 10 de Octubre próximamente.

Adelaida no contestó; tomó una pluma de una magnífica escribanía de plata, y puso el guarismo anterior en el lugar correspondiente.

Al otro dia de estos acontecimientos, doña María Luisa de Borbon salió en direccion á España. En aquel dia, 20 de Setiembre, el rey de Francia parecia estar completamente satisfecho, á pesar de la marcha de su *muy querida sobrina,* como él la llamaba. La despedida de la familia real fué tierna y conmovedora, y tanto los reyes cristianísimos, cuanto el delfin y todos los príncipes y princesas de la sangre, acompañaron á la reina hasta un punto poético y admirable, que está á tres leguas de Fontainebleau, y que entonces se llamaba *La Capilla de la Reina.*

Allí fué la despedida de aquellos príncipes, que la fatalidad del destino separaba para siempre.

Es fama que María Luisa de Orleans y Borbon, cuando vió alejarse á través de las amarillentas ramas del bosque la brillante comitiva que la habia acompañado, las carrozas reales que regresaban

á Fontainebleau, la elegante escolta de caballeros y los escuadrones de mosqueteros que corrian detrás de los reyes de Francia; es fama, repetimos, que aquella reina, casi niña aún, lanzó una mirada al fondo del horizonte, donde á manera de un mar herido por los rayos de un sol de cobre, ondulaban en largas olas las grandes arboledas de Fontainebleau, y fijándose en el castillo que se confundia con los primeros vapores del otoño, lanzó un suspiro, cual la última expresion de sus pasados recuerdos.

—Vamos,—exclamó en seguida.—Hé allí nuestra última esperanza.

Y enjugándose dos lágrimas que cayeron á lo largo de sus megillas, se sepultó en su coche de camino y partió hácia Pluviers.

A la tarde estaba ya á diez leguas del encantado recinto donde habia pasado los más hermosos dias de su existencia.

XV.

La libertad.

El viaje real tuvo que prolongarse de una manera extraordinaria, á causa de los malos tiempos que principiaron casi desde la salida de la reina de Fontainebleau.

Siguiendo aquel lento itinerario, que hoy parece casi imposible, debemos decir que doña María Luisa de Orleans y Borbon oyó misa el 21 en la iglesia colegial de San Jorge, y fué á comer á Lurry. A la tarde llegó á Orleans, en donde fué recibida con gran pompa por la princesa viuda del príncipe Palatino.

El 23 hizo noche en Chambord, y el 24, á causa de adelantar todo lo posible, en vez de detenerse en Blois, fué á pernoctar á Amboisse.

El 25 se despidió del duque, su padre, que la habia acompañado hasta este último punto, y despues de haberse roto aquel último eslabon de su

existencia pasada, tomó el camino de Poitiers, acompañada de los duques de Harcourt.

El 30 llegó á esta ciudad, despues de haber pasado la noche del 27 en Montelau, (Turena), y de haber vadeado el Creusa y detenerse algun tiempo en Chateleraut.

Ya en esta época las lluvias se habian hecho tan intensas, los rios habian salido de tal modo de madre, los caminos se hallaban tan intransitables, que el viaje tenia, no solamente que sufrir grandes retrasos, sino que era indispensable hacer esenciales modificaciones en el itinerario para buscar los caminos más seguros.

A causa de los temporales, la reina tuvo que permanecer en Poitiers hasta el 2 de Octubre.

Mientras que las grandes tempestades de aquel año detenian, en contra de la voluntad de Luis XIV, la marcha de la reina, pues éste deseaba que cuanto ántes se verificase la reunion de los dos esposos, el marqués de los Balbases, que acompañaba á su Majestad, despachaba correos sobre correos, dando cuenta á su córte de todas las novedades del camino.

Madrid podia arreglar perfectamente sus preparativos, y luego que tuvo noticia de la salida de la reina de Poitiers, ordenó que el duque de Osuna, caballerizo mayor de S. M., saliese el 4 de Octubre hácia la frontera, dividiendo el número de jornadas proporcionalmente con las que venia haciendo doña María Luisa.

Como nuestro objeto al escribir esta obra es dar á conocer todos los detalles de aquellas célebres bodas, creemos que los lectores de ella no llevarán á mal que les demos cuenta de la manera con que el opulento duque de Osuna salió de nuestra capital para ir á recibir á su nueva soberana.

Ya de antemano habia dado á su numerosa servidumbre una expléndida librea de camino, compuesta de franjas verdes y blancas con agremanes de oro y plata. El dia 2 mandó como vanguardia por el camino de Alcalá un número considerable de gentiles hombres, diez y ocho pages, catorce ayudas de cámara, treinta lacayos y otros tantos cocheros con mozos de caballos, sillas volantes y cien palafreneros, con ánimo de que el servicio que le estaba encomendado se cumpliese con la ostentacion propia de la grandeza española.

El dia 3, dice la curiosa narracion que nos sirve de guia, se vistió el duque de color, y dió otra librea en mayor número que la primera, compuesta de encages de Ginebra, sobre fondo amusco, que por lo rica y extraordinaria *se llevó la atencion de toda la córte.*

El dia 4 á las dos y media salió definitivamente el duque de su palacio para emprender su caminata, pero antes fué á despedirse de S. M. el rey y de S. M. la reina madre.

Iban delante cuatro trompetas, á las que seguian cincuenta acémilas, las veintiseis con riquísi-

mos tiros y mantas de oro, y las demás con otros carmesíes y de colores diferentes, régiamente bordados.

Seguian los lacayos, ayudas de cámara y pages, con una librea bordada de plata y puntos de lo mismo. Luego iban en pos tres sillas volantes, y á ellas ocho caballos á la mano con mantas de tèrciopelo carmesí con ricas franjas y flecos de oro. Despues caminaba una soberbia carroza, fabricada en Milan, estando forrada por dentro de brocado de oro y azul. En las cuatro extremidades se veian esculpidos los escudos de armas de S. E. Los relieves exteriores eran de plata en campo dorado. Muelles, eges, cubiertas, todo era de plata; pero hecho con tal primor y arte, que la materia quedaba eclipsada ante la forma.

En esta carroza iba el duque, acompañado del de Uceda, marqueses de Cogolludo, de Alcañices, de Leyra, y condes de Altamira y Lemus.

Detrás de la carroza marchaban veinte gentiles hombres vestidos admirablemente, en seguida iban de respeto los coches de la reina y toda la servidumbre que le estaba destinada y cerraban, por último, el fastuoso cortejo, otras cuatro carrozas de los compañeros del duque, y la Estufa que era la última, la cual estaba guarnecida por dentro de brocado de oro, y por fuera llena de relieves de bronce.

Esta magnífica comitiva fué despedida por el pueblo de Madrid con gritos de júbilo y entusiasmo.

Pero ya hemos dicho que aquel viaje tenia que detenerse indefinidamente á causa de los temporales y mientras el duque de Osuna, caballerizo mayor de S. M., salia de Madrid de la manera que acabamos de reseñar, la reina se veia obligada á detenerse en Burdeos y en Dax todo el mes de Octubre, por ser materialmente imposible avanzar hácia la frontera de España.

Mientras tanto la casa de la reina quedaba constituida en Irún desde el 16 de Octubre, y aquel mismo dia el marqués de Velada y Astorga envió en posta al sargento general de batalla Andrea Chichinelli, para que ofreciese el homenaje de respeto y adhesion de todos los españoles á la nueva soberana.

Noticioso el rey de la tardanza de su régia consorte no quiso precipitar su viaje, y el 21 de Octubre salió de Madrid con direccion á Búrgos, no sin haber oido antes misa en Nuestra Señora de Atocha y haberse despedido de su augusta madre.

Un numeroso acompañamiento seguia á su Majestad, entre el cual iban la duquesa de San Pedro y su preciosa sobrina Carolina de Sandoval.

Las cataratas del cielo parecian haberse abierto desde el segundo dia de jornada de Cárlos II, y rios, torrentes y arroyos, estaban desbordados. El dia 31 el rey se hallaba en Lerma.

¿Qué habia ocurrido en Fontainebleau durante el extraordinario movimiento de las dos córtes? Hé

aquí lo que nos queda que exponer para abandonar al suelo de Francia, que tan ingrato nos fué en aquella época, á pesar de tan amistosas alianzas.

La fecha 10 de Octubre llegó en el mismo dia en que D. Fernando de Toledo y D. Francisco de Córdoba se preparaban para evadirse del castillo de Fontainebleau. Luis XIV, que conocia profundamente el corazon humano, habia querido levantar una barrera insuperable entre su jóven sobrina y el atrevido caballero que él hubo de sorprender en su cuarto, y por eso no quiso que D. Fernando de Toledo saliese de su prision hasta tanto que la reina llegase á España.

Las tempestades del equinocio habian destruido todos sus cálculos, y á la fecha del 10 de Octubre, la reina andaba por las ciudades de Francia para ver la manera de romper la formidable barrera de los Pirineos.

Dejamos, pues, á nuestros dos bravos y valientes capitanes en el momento en que todo lo iban preparando para la fuga, y sólo esperaban á que en el reloj del castillo sonasen las diez de la noche.

Cuando se encontraron en la azotea un cielo negro, profundo, impenetrable, sin estrellas ni resplandores, se extendia sobre sus cabezas. Solo en los grandes bosques inmediatos se oia el sordo rumor del viento, como si allí existiese un mar desconocido, cuyas olas se estrellasen en misteriosas playas.

A las nueve y media todo estaba preparado, don Francisco miró por una de las troneras, sacando el cuerpo todo lo posible, y vió con alegría que en el cuerpo de guardia habia una grande algazara á causa de las botellas con que él obsequiaba á la guarnicion. Solo faltaba que se hiciera el relevo de los centinelas para obrar.

Volvieron á la torre y tomaron las últimas disposiciones: apagaron la lámpara que daba luz á sus largas veladas; D. Fernando se vendó su herida con una doble compresa, y dándose la mano los dos jóvenes, exclamó Córdoba:

—¡Oh! amigo mio; ha llegado el momento de vencer. Todo lo que ha pasado tanto en Madrid como en Fontainebleau, es para nosotros un abismo de dudas y temores. Tengamos fè y adelante.

—Sí, adelante,—contestó Toledo.—Es preciso que yo sepa lo que es de Adelaida.

—Y yó de Carolina,—contestó D. Francisco.

Sacó los cuchillos que habia afilado y entregó uno á su amigo y el otro se quedó con él.

Apenas faltaban algunos momentos: los corazones latian con violencia, y las esperanzas más risueñas principiaban á brillar en el fondo de aquellas imaginaciones juveniles.

En esto dieron las diez. Cada campanada resonaba en el fondo de sus pechos como un nuevo período de inquietud y de impaciencia.

El relevo se estaba verificando.

Mas en aquel instante supremo sintieron un extraño ruido en las galerías exteriores que tenian comunicacion con la torre. Este rumor iba siendo cada vez más perceptible, y conocióse que se acercaban algunas personas.

—¡Oh! silencio, silencio,—esclamó D. Francisco:—¿No oís?

—Parece que viene gente.

—¡Es extraño!... Sería la más negra de las fatalidades si estuviéramos descubiertos.

—¡Ah! sí: y no cabe duda que se acercan,—contestó Toledo.—¿Oís? Se abren las puertas exteriores.

—Pues si alguien viene á detener nuestra empresa, aún estamos armados.

Don Francisco empuñó el cuchillo y D. Fernando hizo lo mismo.

Los pasos se acercaban, y ellos dispuestos á defenderse en el caso de haber sido descubiertos, esperaron el resultado de aquellos instantes supremos.

Muy pronto quedaron convencidos de que las personas que se aproximaban se dirigian á su prision, especialmente cuando á través de las rendijas de la puerta descubrieron el resplandor de algunas luces.

Pronto resonaron los cerrojos, rechinaron las llaves, y la puerta se abrió de par en par.

A la vista del grupo que se presentó, los dos

jóvenes retrocedieron de sorpresa y de alegría.

Al lado del gobernador del castillo se hallaba la marquesa de los Balbases y su encantadora sobrina Adelaida de Spínola.

Cuatro criados con grandes hachas de cera iban delante.

La marquesa saludó gravemente á los prisioneros, y dijo aun antes de que éstos volviesen de su sorpresa:

—S. M. la reina dejó á mi sobrina Adelaida la órden de vuestra libertad. Esta órden cumple hoy, 10 de Octubre, y vengo en el nombre de nuestra soberana á cumplir este acto de reparacion y de justicia. Os doy, señores, mi más cordial enhorabuena, y os participo, que habiendo salido su Majestad para España el 20 de Setiembre, deber es seguirla de todos los caballeros españoles. En este momento me esperan mis coches de camino, y me dirijo á Burdeos, donde pienso incorporarme á su Majestad. Si os quedais, señores, en Fontainebleau, sereis los únicos hijos de España que no hayan seguido las huellas de la augusta princesa, que es la esperanza de nuestra pátria.

—¡Ah! señora,—contestó D. Fernando de Toledo, mirando al mismo tiempo á Adelaida con todo el amor de su alma;—la mayor de las felicidades de la existencia será el seguir vuestros pasos y llegar á nuestro país lo más pronto posible.

XVI.

En el que se da noticia de algunos apuntes históricos acerca del viaje régio.

Media hora despues de la escena que acabamos de escribir, D. Fernando de Toledo y D. Francisco de Córdoba, montados á caballo, marchaban al trote largo hácia Pluviers al lado de una silla de posta que llevaba grabados en sus costados el escudo de las armas de España.

En esta silla de posta iba la marquesa de los Balbases y su sobrina Adelaida, mientras que detrás, en otro par de sillas, marchaba la servidumbre que se habia reservado la egregia dama, que tan dignamente habia representado á su pátria en las bodas reales que acababan de verificarse.

Escusado es decir que D. Fernando de Toledo tendria ocasion para hablar largamente con Adelaida, puesto que marchaba al lado de la ventanilla por donde ésta no cesaba de asomar su hermosa y elegante cabeza. Aquellos instantes de completa

felicidad en que las miradas no eran suficientes para expresar todo lo que querian decirse, hubieran tenido para D. Fernando la apariencia de un sueño que lo trasportaba al paraiso, si la realidad no hubiera venido á demostrarle la continuada dicha de lo que parecia dudar.

Don Fernando y Adelaida vivian, por decirlo así, en una de estas atmósferas doradas que no tienen límites. El camino lleno de sinuosidades, el cielo constantemente negro y poblado de tempestuosas nubes; las gotas heladas de la lluvia que caian de tiempo en tiempo; las grandes ráfagas de aire que silbaban en los vecinos bosques, nada de esto era objeto de la atencion de aquellos dos séres que volvian á la esperanza despues de las tristes experiencias de lo pasado.

Adelaida tenia deseo de contar á su amante todo lo que habia pasado y todo lo que habia sufrido desde que fué encerrado en el castillo de Fontainebleau, y D. Fernando ansiaba saber tambien todo lo que habia ocurrido en aquel espacio de tantos recuerdos.

La narracion de la jóven fué larga, detenida, minuciosa; narracion de mujer enamorada, que deja hablar al corazon sin cuidarse de la parte correcta y elegante del estilo.

Entónces supo D. Fernando la entrevista que Adelaida habia tenido con la reina y las relaciones que se habia visto obligada á establecer con ma-

dama de Clerambaut para entregar las cartas de su Majestad el rey.

—¿Con que no se ha interrumpido esa correspondencia?—preguntó D. Fernando.

—¡Ah! nó, hasta el mismo dia que la reina salió para España.

—¿Y Carolina de Sandoval, ha continuado escribiendo?

—Todos los dias. Ya he tenido el gusto de entregar al señor de Córdoba las cartas que mi buena amiga me ha dirigido para él.

Don Fernando miró con insistencia á Adelaida y exclamó:

—¡Ay! amiga mia. Cuando es uno feliz se quiere que todo el mundo lo sea. Don Francisco es mi amigo, mi compañero, mi hermano, y cuanto á él pueda interesarle me interesa á mí. Os he preguntado por Carolina con un doble interés.

—Os comprendo, y ese mismo interés es el que me hace desear que lleguemos á España cuanto antes.

—Acaso el rey....

—Sí, preciso es decíroslo; el rey se ha apasionado poco á poco de mi noble amiga, y aunque su pasion es tímida y respetuosa, las murmuraciones de la córte son cada vez mayores. Solo la presencia de D. Francisco de Córdoba puede evitar estos accidentes,

—Es cierto, por fortuna muy pronto habremos triunfado de todo y de todos.

—Este diálogo completaba los deseos é impaciencias de D. Fernando, y esto aumentaba la dulce felicidad que por todas partes le envolvian.

¡Qué horas tal dulces! ¡Qué conversaciones tan gratas brotaban de aquellos corazones, en donde la dicha volvia á renacer como surge la aurora despues de una noche tormentosa!

Pero no nos es posible describir todos los accidentes de aquellas jornadas revestidas con la poesía del amor y de la esperanza.

Tanto la marquesa de los Balbases cuanto los caballeros que la acompañaban, deseaban abreviar las distancias, y como las sillas de postas no tenian otro equipaje más que las personas que iban dentro, atravesaron por el mismo itinerario que habia seguido la reina en los dias anteriores, hasta que el dia 1.° de Noviembre se encontraron casi en la frontera de España, en el momento en que doña María Luisa de Borbon se disponia á dejar para siempre su antiguo reino de Francia.

Puestos de acuerdo los representantes de las dos córtes, se queria que la entrega de la reina á los ministros españoles se hubiera hecho el dia 2 de Noviembre, pero este dia tenia algo de fúnebre y siniestro por ser el de la conmemoracion de los difuntos, y se difirió para el dia 3 en que el sol rompió por vez primera los celages que lo habian envuelto durante el crudo temporal que acababa de pasar.

El marqués de Velada y Astorga, como mayordomo de S. M., lo habia dispuesto todo para que de ningun modo pudiese retrasarse el acto por el cual la reina entrara en sus nuevos dominios.

La isla de los Faisanes debia servir de teatro, como en otros tiempos más dichosos, para hacer aquella entrega tan deseada y que causaba como siempre la rivalidad entre los dos pueblos fronterizos.

Estaba dispuesta la ceremonia para las dos de la tarde, y una góndola magníficamente dorada, con velas de púrpura, se hallaba dispuesta en la márgen francesa del Bidasoa para recibir á la régia consorte.

Aquella mañana, (la del 3 de Noviembre) María Luisa parecia ser completamente feliz. Habia tenido el gusto de recibir el homenage de la marquesa de los Balbases y de su sobrina la de Spínola, cambiando con ambas algunas palabras halagüeñas, pero que ocultaban esmeradamente los sentimientos más profundos de su corazon. En un momento en que pudo dirigirse á la bella sobrina de la embajadora de España, la dijo estas palabras que sólo esta última pudo comprender.

—Creo, señorita, que cumpliríais la órden que os dejé en Fontainebleau.

—Señora,—contestó Adelaida ruborizándose,—en la numerosa comitiva de leales españoles que

rodea á V. M. encontrará la respuesta á la pregunta que se digna hacerme.

Las dos se comprendieron. María Luisa impulsada por un sentimiento que no todos pudieron adivinar, dispuso en aquel momento atravesar el Bidasoa y penetrar en Irún aun antes de que llegase la hora de la entrega. En efecto, refiere el verídico cronista de quien vamos tomando los anteriores antecedentes, que la reina, dominada por un íntimo sentimiento de satisfaccion, entró en Irún, visitó la iglesia, donde oyó misa, y atravesó la extensa calle de esta villa, acompañada solamente de la duquesa de Terranova, que aunque vieja, siguió á S. M. mientras todas las damas de la comitiva quedaban atrasadas.

A las once del dia regresó la reina á la isla de los Faisanes, y vistiéndose entónces con toda la riqueza de una desposada jóven y hermosa que vá á tomar posesion de sus nuevos dominios, se presentó en el magnífico pabellon que se habia alzado en la mencionada isla, mientras que los representantes de España y Francia ratificaban los convenios y escritura para hacer la entrega solemne de S. M.

Era imponente y magnífico el espectáculo que se descubria en las orillas del histórico rio. Por la parte de Francia los pueblos en masa despedian para siempre con gritos de sentimiento á la modesta princesa que estaba destinada al lecho de los

césares españoles. Por la parte de España, numerosos escuadrones de soldados con banderas desplegadas, otro pueblo inmenso lleno de ansiedad y la expléndida córte de Castilla saludaban á la egregia señora que en aquel momento cruzaba las ondas del Bidasoa para tomar posesion del reino que la Providencia le habia destinado.

Aquella noche descansó en Irún, y entónces principió un segundo itinerario que apuntaremos ligeramente á fin de complementar este acontecimiento, uno de los más singulares de la historia de España.

El dia 6 llegó á Tolosa é hizo la jornada á caballo. El dia 7 pernoctó en Villafranca, el 8 en Villareal, el 9 en Oñate y el 10 en Salinas.

Hasta entónces el cielo habia permanecido tranquilo y sereno, brillando el sol con la explendidez de los últimos dias del otoño. Pero habiendo principiado de nuevo los más récios y formidables temporales, tuvo la reina que detenerse en Vitoria, en razon á que los caminos se habian puesto intransitables. Parecia existir una extraña fatalidad que retrasaba la egregia expedicion. Sin embargo, honor de los españoles era superar los grandes obstáculos que les oponia la naturaleza, y el duque de Osuna, caballerizo mayor de S. M., llegaba á Vitoria con todo su brillante acompañamiento, casi al mismo tiempo que la reina penetraba en esta ciudad. En ella el marqués de la Vega presentó las

joyas que la reina madre destinaba á su augusta hija; y la ciudad, que hemos nombrado, dió como regalo de boda 4.000 doblones de oro que la reina admitió con la benevolencia que la caracterizaba.

El dia 14 partió ésta de la capital de Alava y pernoctó en Miranda, el 15 llegó á Pancorbo y el 16 tuvo que detenerse en Bribiesca.

Durante los penosos dias de jornada que hemos descrito, D. Fernando de Toledo y D. Francisco de Córdoba habian vuelto á ocupar los puestos que les correspondian en la escolta real; pero la reina, ó dominada por la série de espectáculos que á cada momento la distraian, ó poseida por un secreto instinto, ni siquiera habia fijado la atencion en los dos caballeros.

Hablábase, sin embargo, de la amistad con que la reina distinguia, especialmente desde su entrada en España, á Adelaida Spínola, pero la misma María Luisa habia tenido un especial cuidado en no herir ni la susceptibilidad ni las sospechas de aquella apasionada jóven.

Hemos dicho que el dia 16 llegó la expedicion régia á Bribiesca, pero nos queda por referir, á causa de las noticias llegadas aquel dia, que se hacia de todo punto imposible la marcha de la expedicion por hallarse los caminos completamente innundados.

Especialmente desde el Monasterio de la Rodilla hasta Quintanapalla, se habia formado un pan-

tano que tenia cuatro leguas de extension, y no se sabia cómo superar este obstáculo. Sin embargo, habian llegado correos anunciando que Cárlos II se encontraba en Búrgos deseoso de conocer y abrazar á su esposa, y siendo peligroso exponer á la reina por medio de aquella laguna casi insuperable, se trató de establecer una comunicacion directa entre la córte del rey y la córte de María Luisa de Borbon. Aquella misma noche, delante de S. M., se adoptaron todas las medidas para ver el modo de lograr dicha comunicacion.

Los correos que habian llegado anteriormente aumentaban la importancia de los obstáculos y nadie se atrevia á arrostrar la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir en el caso de emprender la marcha al dia siguiente.

Todo eran dudas y ambigüedades, pero cuando más se desesperaba de lograr el apetecido deseo, presentóse D. Francisco de Córdoba ofreciéndose él mismo á atravesar los pantanos y llegar á Búrgos con la noticia de que la reina se encontraba en Bribiesca.

¿A qué obedecia este arranque del noble caballero? Vamos á decirlo.

Adelaida de Spínola habia recibido una carta de su amiga Carolina de Sandoval, en la que le exponia, con los colores más vivos, la situacion en que se encontraba. Obligada á seguir á la comitiva real en compañía de su tia la duquesa de San Pedro, no

solamente el rey se mostraba con ella más obsequioso, sino que parecia ser más exigente en la pasion misteriosa que habia germinado en su alma. Carolina referia las diversas vicisitudes por que habia pasado el amor del rey, y demostraba á su amiga la necesidad de que se abreviase cuanto antes la expedicion, para verse libre de aquellos tormentos que herian su dignidad, pero que detenian toda su accion y energía por ser el rey la persona que representaba el principal papel en aquel asunto.

Esta carta, llena de angustia y acaso empapada en las lágrimas de aquella noble jóven, habia sido leida como de costumbre por D. Fernando de Toledo; éste pasó inmediatamente á ver á su amigo, y lo encontró en su alojamiento, pálido y demudado.

Tenia un papel en las manos y parecia sufrir espantosamente á causa de la lucha desesperada de su corazon.

—Venís perfectamente, amigo mio,—dijo Córdoba;—como vos sois feliz, no conoceis lo que es el dolor y el infortunio. Leed.

Y le entregó el papel que llevaba en las manos. Era éste otra carta de Carolina de Sandoval, en la que no se leian más que estas breves palabras:

«Venid, venid al momento: vos sois mi única esperanza.—Carolina.»

—Y bien, ¿qué pensais hacer?—replicó D. Fer-

nando, viendo en la frente de su amigo las tempestades más espantosas.

—Pienso marchar inmediatamente á Búrgos.

—¡Oh! eso es imposible. Os exponeis á perecer en los pantanos que nos separan de esta ciudad.

—No hay otro remedio.

Y sabiendo entónces que se trataba, como hemos dicho anteriormente, de establecer la comunicacion entre las dos córtes, se presentó ofreciéndose á marchar á aquella ciudad.

Esta oferta se aceptó por todos los que se hallaban en el derecho de evitar toda clase de responsabilidades respecto del viaje de la reina. Ésta, asombrada de aquel valor heróico, sintió brotar en su corazon un recuerdo que le punzó como una espina misteriosa, é inclinando la cabeza, no pudo menos de decir para sí:

—¡Ah! ellos dos son los más valientes.

Media hora despues D. Francisco de Córdoba partia con direccion á Búrgos, solo pensando en aquella estrella solitaria de su amor que se llamaba Carolina de Sandoval.

XVII.

El corazon y la conciencia.

Era la noche cruda y tormentosa; el agua caia á torrentes y el viento silbaba por medio de los prolongados valles produciendo los rumores más siniestros.

Desde el instante en que D. Francisco de Córdoba se vió en campo libre, comprendió las inmensas dificultades que tenia que vencer. Separábanle de Búrgos unas cinco ó seis leguas, pero en aquella época en que no habia caminos, sino senderos que apenas merecian el título de tales, era casi imposible dominar las grandes dificultades qne la naturaleza y el estado del terreno presentaban á cada paso. Pero su ánimo varonil, doblemente sobreexcitado por el sentimiento del despecho y del amor, no podia temer ninguno de los obstáculos que tenia delante de sí, y penetró por último en el temido pantano que los tem-

norales habian abierto en la vasta llanura que se extendia como un mar desconocido á todo lo largo del camino.

Dejemos, pues, al noble y generoso jóven venciendo en una noche terrible todo género de dificultades y trasladémonos á la antigua ciudad de Búrgos, en donde Cárlos II habia llegado con el objeto de recibir á su augusta esposa.

Aquel corazon juvenil despertado á la vida de los sentimientos, experimentaba en aquel instante una lucha tremenda que era muy propia de su carácter tímido, pero que no por eso dejaba de dominar y agitar las dormidas pasiones de su alma.

Habíase aficionado insensiblemente á la hermosura de Carolina de Sandoval, y aunque él hacia todo lo posible por apagar el oculto fuego que ardia en sus venas; aunque él procuraba alejarse de aquella atraccion casi irresistible que lo impulsaba hácia lo que él consideraba como un abismo, en cuyo fondo veia los terrores de su conciencia; nada, sin embargo, habia podido conseguir para vencerse á sí mismo en aquella secreta lucha de su corazon.

Y aumentábase doblemente esta lucha á medida que la reina se acercaba al término de su viaje. Creia que faltaba á sus deberes de esposo, y principiando á sufrir las inmensas contrariedades de su destino que algunos años despues le hicieron el más desgraciado de los reyes, queria al mismo tiempo

que le repugnaba lo que queria; amaba, á la par que consideraba como una profanacion aquel amor, y deseaba el término de aquel combate el cual no podia ser otro sino el de su reunion con la esposa á quien, á pesar de sus ardientes pasiones, amaba con más fé y entusiasmo que nunca.

Restábale, sin embargo, un invencible deseo que satisfacer, aunque su conciencia habia de hallarse pura y tranquila en el momento de su union; y este deseo no era otro sino el de despedirse de aquella ilusion primera de su alma, dar el último adios á sus poéticos ensueños y dejar tranquila para siempre á la hermosa ilustre doncella, que habia sido el objeto de sus adoraciones.

Era, para esto, necesario acercarse de nuevo á Carolina, y expresarle, no solamente lo que pasaba en su interior con toda la verdad de sus hidalgos sentimientos, sino manifestarle el término de sus aspiraciones para el próximo dia en que hubiera sido un sacrilegio para él haber abrigado una idea contraria á la fé que debia á su digna esposa.

Por lo tanto, miéntras el señor de Córdoba se acercaba á Búrgos atravesando los más grandes peligros, Cárlos II buscaba los medios de ver en aquella misma noche á Carolina de Sandoval.

No era difícil esta empresa. Carolina se hallaba alojada en la planta baja del palacio que habia sido preparado de antemano para S. M.

Despues de la fatiga de la jornada, procuraba

sustraerse de toda aquella córte, que la zaheria sin descanso con sus ponzoñosos epígramas, y retirada en una habitacion, se preparaba á dar descanso, más bien á su fatigado espíritu, que á su desfallecido cuerpo.

Era la estancia donde estaba Carolina, un salon á cuyo extremo existia una alcoba cubierta con un gran tapiz, en el que se dibujaban algunas figuras bíblicas. En uno de los testeros de dicho salon ardía una gran chimenea, y sobre una mesa despojada de objetos lucía un velon de cobre de cuatro mecheros. Sólo se oia por la parte de afuera el ruido del viento y el estrépito de la lluvia, y poco á poco iba extendiéndose un silencio profundo en todos los departamentos del palacio real.

Dominada por sus inquietudes, habian llegado á su oido lentas y pausadas las horas de la noche, hasta que, próxima á retirarse á su alcoba, sintió que en la galería inmediata resonaban algunos pasos á los que dió poca importancia.

Pero ¿cuál seria su asombro, su espanto y su terror al notar que la puerta del salon se abria lentamente, y en ella se presentaba la figura de un hombre?

Púsose en pié al instante; mas el aparecido, arrojando la capa en que venia envuelto, demostró quién era.

Allí estaba el rey; allí estaba Cárlos II.

Pálido, conmovido y cual si fuera impulsado

por un sentimiento contrario á su voluntad, dió un paso adelante y colocándose enfrente de la hermosa jóven, dijo con voz trémula:

—Soy yo, Carolina; es el rey, que viene á veros por última vez.

—¡Señor! ¿Vos en esta estancia?—murmuró la jóven, pudiendo sostenerse apénas, á causa de la viva emocion que la dominaba.

—No debe espantaros tal cosa,—replicó el rey.—Hay un impulso secreto, que me trae á vuestro lado, sin que yo mismo pueda darme una razon de ello. ¿Quién tiene la culpa? No lo sé. He cedido á la última esperanza. Vengo á vos como viene la luz despues de las tinieblas; me encuentro aquí, porque entre vos y yo, vos tan hermosa y yo tan desgraciado, hay un lazo que es preciso romper.—Escuchadme.—No quiero que penseis que yo pretenda faltar á mis deberes; conozco lo que os debo y lo que me debo á mí mismo, pero dejadme soñar un instante; dejadme que yo vea hundirse en el horizonte de mi vida ese astro de fuego que, sin saber cómo, ha dado calor á mi pecho desde que tuve la desdicha de conoceros. Calmaos, Carolina; es necesario que me presteis atencion.

Temblaba la hermosa jóven al escuchar aquellas palabras que salian, no de los lábios, sino del corazon del monarca. Ella misma, que tanto amaba á don Francisco de Córdoba, que contaba con la fortaleza de su virtud, se sentia como envuelta por

una atmósfera llena de fugitivos resplandores que tal vez pudiera dominarla.

Habia en las palabras del rey una melancolía infinita, un eco doloroso que revelaba la lucha poderosa de aquel corazon que queria vencerse á sí mismo dentro del peligro de las circunstancias.

La pobre niña no tenia valor para moverse, para pensar ni para discernir.

El rey la condujo cerca de la chimenea, de la que brotaban rojizas llamaradas, y prosiguió:

—No sé, ni tengo conciencia de lo que hago: sé que os debo respeto y veneracion; pero sé al mismo tiempo que ha llegado el instante de que os diga todo lo que me pasa para que comprendais la inmensidad de mi sacrificio. Me ha ocurrido en este asunto lo que al temerario que se acerca al borde de un abismo, que se siente fascinado por una atraccion irresistible. Cerca de vos, teniendo que hablar con vos de todas mis esperanzas juveniles, comunicándoos al mismo tiempo la dicha de un amor futuro, he quedado preso, sin darme razon de ello, ó mejor dicho, sin poder dominarme ante vuestra serena hermosura, ante la luz de vuestros ojos, ante la modestia de vuestro carácter. ¿Por qué no decirlo en este momento, Carolina? Poco á poco he sido prisionero de todos los encantos con que os adornó la naturaleza; y yo que vivia para la reina, yo que soñaba con el porvenir, yo que me consideraba incapaz de faltar á mis sentimientos de fidelidad, he

venido á ser el esclavo de vuestra hermosura. ¡Oh! Debo decirlo todo, ya que esta noche es la última que puedo hablar de esta manera. Carolina, ¿por qué os he amado? ¿Por qué os amo aún, cuando mañana llevaré al altar á la ilustre princesa que el cielo me destina por esposa?

—¡Ah, señor!—contestó la jóven temblando.—Es tan imposible que yo conteste á lo que V. M. me pregunta, como lo es pedir perfumes á las flores en la estacion que nos rodea. Los abismos del corazon son insondables, y yo solo pido á mi rey y señor que tenga compasion de mí, y que comprenda que ese amor es el enemigo de mi honra, es el anatema de mi alma y la desgracia de mi existencia. Vuestra Majestad es noble, es grande y debe comprender perfectamente que yo amo tambien, pero que toda mi fé está consagrada á uno de los más leales caballeros que le sirven y le respetan. Es preciso, señor, echar el velo del olvido sobre lo que acaba de pasar entre nosotros; un paso más puede perdernos á todos; una imprudencia como la que V. M. acaba de cometer—perdóneme este lenguaje,—puede ser para mí el tormento de toda mi vida. La córte murmura en voz baja acerca de ese amor que V. M. acaba de confesarme: hay quien cree que yo seré capaz de olvidar los juramentos que tengo prestados á D. Francisco de Córdoba, tan solo por recibir vuestro homenage; y esto puede acabar, no solamente con mi honor, si no

hasta con mi vida. Yo os pido, en nombre del cielo, que acabemos de una vez.

—¡Ah! ¡es preciso, es preciso!—contestó el rey.—Es necesario borrarlo todo. Es indispensable que se disipe la luz embriagadora que habia deslumbrado mi imaginacion. Comprendo lo que me decís y al mismo tiempo comprendo mi deber. ¿Pero es posible detener el torrente? ¿Es fácil paralizar el impulso de una fuerza superior á nuestra voluntad? Hé aquí el problema.

—Pues bien, señor; ese problema se vence por medio de la abnegacion. Cuando mañana os encontreis enfrente de vuestra esposa adivinareis que es imposible descender hasta la humilde jóven que no ha cometido más delito que ser una obediente súbdita de V. M. Dejadme ser feliz, por lo mismo que yo quiero que lo seais, señor; dejadme con mis sueños de niña, dejadme con el puro candor de mi alma, dejadme con mi amor de siempre, porque de lo contrario, si hay remordimiento en el corazon humano, si hay lágrimas en los ojos, si hay maldicion en el porvenir de la existencia, todo caeria sobre esta desgraciada para hacerla la más infeliz de las mujeres.

Y al mismo tiempo, suplicante unas veces, cariñosa otras, altiva y humilde á la par, Carolina con las manos juntas, oprimidas sobre su pecho, los ojos levantados al cielo, la mirada brillante y deslumbradora, parecia al ángel de los dolores

humanos alejándose de los tenebrosos abismos de la existencia.

El rey, deslumbrado, herido por aquel idioma del sentimiento y de la verdad, fascinado al mismo tiempo por tanta hermosura y por tanta virtud, queria huir y alejarse de aquel sitio, por más que se sintiese encadenado por una atraccion invencible á los pies de aquella encantadora jóven.

—¡Oh! Carolina, Carolina,—exclamó casi fuéra de sí.—¿Por qué os he conocido? ¿Por qué la fatalidad me ha traido á vuestro lado? Pero es preciso acabar, es necesario vencerse á sí mismo, y esta noche estoy dispuesto á consumar del todo el sacrificio de mi corazon. ¿Pero qué debo hacer, Dios mio, cuando os amo tanto?

—Huir de mí.

—¡Imposible!

—Nó, no lo es cuando los deberes más sagrados y los compromisos más solemnes ponen una barrera entre nosotros. Hay un medio de salvacion para vos, para mí y para todos.

—¿Cuál?

—El que salga V. M. á esperar á su esposa.

—¿En esta noche?

—Sí, en esta noche.

—Es que el cielo parece oponerse á vuestros deseos.

—Es que el cielo, señor, si creeis en vuestra conciencia, si creeis en Dios, si creeis en la honra,

en la virtud, en la fé, en el amor verdadero, os manda salir de aquí, señor. Esta estancia es sagrada, y si permaneceis aquí un minuto más en ella, le profanais con vuestra presencia.

Era tan enérgica, tan viva, tan vehemente la expresion de Carolina; habia en sus palabras una dignidad tan suprema, hija del pudor ofendido, que el rey, naturalmente tímido, avergonzado de su propio atrevimiento, retrocedió hasta la misma puerta de la estancia, no sabiendo qué admirar más, si la hermosura de aquella jóven que habia llegado á fascinarle, ó la aureola de virtud que coronaba su frente.

Cárlos II habia llegado á una de esas pruebas terribles del corazon humano que quedan impresas como una marca de fuego: recordaba y distinguia perfectamente sus deberes; sabia que obraba mal en aquella contienda de la pasion y del entendimiento, pero ¿qué culpa tenia él de haber sido sorprendido por aquellos primeros explendores de la existencia? ¿Qué responsabilidad podia caber á su corazon al verse herido de repente por una hermosura que él no habia podido sospechar ni concebir?

Él no habia leido una página siquiera del libro de la vida, y cuando comprendió todo un mundo de sentimientos fué en el instante en que Carolina de Sandoval se puso en medio de su camino.

El relámpago de luz habia de deslumbrarlo.

XVIII.

Entre el súbdito y el rey.

Acabamos de dar una idea de lo que pasaba en el corazon del rey en el instante mismo en que sus deberes se hacian superiores á sus más íntimos sentimientos. La lucha era mortal para él, ya por su carácter, ya por las circunstancias que le rodeaban. Se encontraba por uno de esos singulares fenómenos de la existencia entre dos corrientes opuestas, entre dos amores; el uno santificado por la fé conyugal, el otro sostenido por el ardor de la juventud. Ambos sentimientos le vencian y subyugaban alternativamete, y por eso le hemos visto llegar hasta el extremo de atreverse á visitar á Carolina ántes de la llegada de su esposa, y por eso le vemos aterrado ante la noble dignidad de esta hermosa jóven.

Cuando cedió al prestigio de la inocencia alarmada y ofendida, se encontró en una inmensa ga-

lería, por cuyos grandes interlocutorios se descubria el cielo negro y tempestuoso de la noche. Estaba solo, y su servidumbre, lejos de sospechar que el rey estaba en aquel sitio, descansaba de las penosas fatigas de la jornada anterior.

Era aquel palacio uno de la edad media, que aun todavía existe, y cuyas altas torres parecen, bajo la magestad de las tinieblas, gigantes ó fantasmas amenazadores. Aterrada la conciencia del monarca, queria encontrar un desahogo en los trastornos de la atmósfera, y por vez primera contempló aquel cielo negro, aquellas nubes espesas y sombrías, que rodaban sobre su cabeza, como las olas de un occéano desconocido.

El rey se quitó el sombrero, pues la frente se le abrasaba, y el aire crudo y helado de la noche refrescaba sus sienes. Engolfado su pensamiento en las prescripciones de su deber y en las exigencias de su amor, queria huir para siempre de aquel abismo de flores que lo atraia sin cesar; pero al mismo tiempo adivinaba que una fuerza superior le obligaba á volver hácia la estancia en donde descansaba la adorada jóven que como una llama de fuego calcinaba su corazon.

El combate era tremendo: la conciencia por un lado, el corazon por otro, la paz del alma representada en el amor de su esposa, el tormento de la vida simbolizado en Carolina de Sandoval, tales eran los conceptos más culminantes que ha-

cian extremecer aquel espíritu débil, ya bajo las aspiraciones del deber, ya bajo las inclinaciones del deseo.

Por el pronto decidióse á volver á su habitacion. Habia salido de ella sin que nadie lo advirtiese y no debia dar lugar á mayores murmuraciones, si por desgracia cualquiera de los cortesanos de su servidumbre le llegaba á sorprender en aquellas solitarias galerías.

Y era esto tanto más fácil cuanto el servicio de palacio no habia descansado durante la noche. Habiendo necesidad de tener establecidas comunicaciones directas con Bribiesca, en donde se hallaba la reina; llegando á cada momento noticias y correos, ya haciendo ver los obstáculos del camino, ya manifestando las órdenes que el mayordomo mayor, marqués de Velada y Astorga, remitia para abreviar la union de SS. MM., resultaba que la alta servidumbre, lejos de entregarse al descanso, se consagraba á una prodigiosa actividad para quela union de los reyes se verificase lo más prontoposible.

Pero las noticias que principiaron á llegar desde las diez de la noche en adelante eran desconsoladoras; las comunicaciones estaban interrumpidas, las aguas se desbordaban por todas partes, la lluvia era cada vez más espesa, y los más valientes exploradores no habian podido llevar los últimos pliegos á Bribiesca, teniendo que retroceder al punto de partida.

Todos estos pormenores, todos estos inconvenientes habian sido comunicados al rey, hasta que convencidos todos de la inutilidad de establecer comunicaciones con Bribiesca, quedaron esperando á que terminase en lo posible el temporal, para lograr el objeto que á todos preocupaba.

Aprovechándose el rey de este intérvalo de reposo, lejos de volver á sus habitaciones, principió á pasearse en silencio por las galerías de palacio. ¿Qué le importaba á él la noche, la lluvia, la tormenta, cuando solo se veia subyugado por un sentimiento íntimo, invencible y poderoso? Las horas corrian, los momentos pasaban, y pronto la luz del nuevo dia pondria término al estado actual de las cosas.

Al hacerse esta reflexion, sintió en su pecho algo de doloroso y desesperado; era para él aquella noche la última esperanza de su amor secreto, así como la aurora inmediata seria el complemento de sus sentimientos legítimos.

Entónces, bajo la presion de esta idea quiso volver de nuevo al lado de Carolina de Sandoval, acaso para darla el último adios de su alma, acaso para desahogar en lágrimas ocultas el dolor que laceraba su existencia.

¿Pero debia volver? ¿Tenia el derecho de turbar la paz de aquella noble y dignísima doncella que sabia ser fiel á su honor y á su corazon? ¿Podia reproducir la escena violenta y forzada que habia

tenido lugar momentos antes en la estancia que servia de alojamiento á Carolina? ¡Ah! No preguntéis al huracan la razon de su violento impulso. No interrogueis á las olas del mar la causa por qué combaten sin descanso las rocas de la orilla. El torrente no se detiene, así como las pasiones humanas no encuentran dique que las contenga.

Solo el rey, rodeado de sombras, escuchando la voz de los vientos, sin otro consejero que su corazon debilitado por tantos combates, en vez de avanzar hácia sus habitaciones retrocedió hácia la estancia donde descansaba Carolina de Sandoval. Aquella tentativa era la última, era la postrera de sus desesperaciones.

Ardian de trecho en trecho tristes y moribundas lámparas que daban escasa luz á las formas de aquel edificio. Para llegar á la habitacion de Carolina, tenia que descender por una ancha escalera y cruzar parte de las galerías interiores del palacio. No habia centinelas en aquellos sitios, pero sí en los ángulos salientes de los mismos se veian en profundas hornacinas estátuas de reyes, de guerreros y de santos.

Aquellas estátuas parecian mirar al rey, parecian detenerle, parecian sondear con sus ojos de piedra los secretos de su corazon. Cárlos era miedoso, y estuvo á punto de retroceder; pero la última llamarada del fuego que devoraba sus entrañas brilló con toda intensidad en el fondo de su cora-

zon, y avanzó para adelante. En aquel momento el huracan silbaba con doble estrépito en los torreones del palacio, y sentíanse ecos y murmullos que hubieran dado grima al corazon más esforzado y no al corazon de aquel rey, niño aún, que iba en vuelos de su deseo á turbar la calma de la inocencia y de la virtud.

Siguió avanzando silenciosamente, y llegó por último á la misma puerta que horas antes habia abierto con su mano atrevida. Esta puerta estaba entornada, y veíase á través de ella el resplandor de algunas luces: eran las bugías agonizantes que chisporroteaban bajo la accion del frio de la noche.

Cárlos II dió algunos pasos y entró, por último, en el salon en donde ya hemos visto á Carolina de Sandoval; este se hallaba solitario, en el fondo se veia la puerta cubierta de tapices, que sin duda seria el casto santuario en donde descansaba la doncella, y solo con llegar á este sitio, el rey podia dar rienda suelta á la lucha mortal y tempestuosa de su corazon.

Hay un terror instintivo en el alma que nos detiene en los momentos más críticos de la vida. Aquel silencio, aquella calma, aquella majestad solemne del aislamiento y de la soledad, detuvieron los pasos del rey, pero comprendiendo que su imaginacion le vencia de un modo completo y absoluto, se decidió á jugar aquel último combate de su corazon, por más que volviera á reproducirse la

escena que ya hemos presentado á nuestros lectores.

¿Dormia Carolina? ¿Descansaba en el lecho virginal que defendia su pudor y su inocencia? No podia saberlo. Ciego, trémulo, sin darse una razon terminante de sus propios hechos, dió algunos pasos, sintió que rugia en su alma una tempestad más fuerte que la que entonces estallaba en la naturaleza, y puso, por último, la mano en aquella flotante tapicería, que era en aquella ocasion el escudo que defendia y amparaba á la hermosa y adorada jóven á quien iba á buscar.

Pero no bien fué á levantar los primeros pliegues del tapiz, cuando sin él advertirlo, á causa de la emocion que lo dominaba, entró en aquella estancia tan solitaria antes, un caballero que venia embozado en su ancha capa negra y cubierto el rostro con las alas de su sombrero.

Ver al rey, avanzar hácia él con paso firme y seguro, tirar la capa en el suelo, sacar la espada é interponerse entre él y la puerta de la alcoba, fué cosa de un momento.

Cárlos retrocedió; su rostro pálido adquirió un tinte lívido que denunciaba más que nada el estado violento de su alma.

¿Quién era aquel aparecido? ¿Con qué derecho llegaba hasta allí? ¿Por qué la espada amenazadora brillaba ante los ojos del rey? ¿Por qué al mismo tiempo se quitaba el sombrero y parecia saludar

con profunda ironía á la majestad cesárea del último austriaco?

No era fácil saberlo en aquel instante. Ya hemos dicho que Cárlos retrocedió. El aparecido dijo en seguida estas palabras:

—Señor, ¡atrás!—Si el rey de España se atreve á empañar la espada de un caballero, como intenta acaso empañar el honor de una doncella, que pase por encima de este acero.

Y al mismo tiempo el aparecido puso su espada á los piés del monarca, pero tendida horizontalmente ante la puerta de la alcoba de Carolina.

—¡Don Francisco!—¡Señor de Córdoba!—exclamó el rey, conociendo al bravo y valiente capitan que llegaba en aquel momento oportuno y solemne.

—¡Yo soy, señor! Vengo en cumplimiento de un deber á participar á V. M. que la reina avanzará mañana hácia Búrgos en busca de su real esposo; pero nunca pude imaginarme encontrar al rey de España á la puerta de esta cámara, como el hombre que intenta cometer un crímen, favorecido por las tinieblas de la noche.

—¡Vasallo!—exclamó el rey,—como si la sangre de su ascendiente Cárlos V ardiese por un momento en el fondo de sus venas.

—¡Señor! Tengo derecho para levantar la voz en este sitio, y ni el rey podrá imponerme, porque por encima del rey está la justicia, ni tampoco podrá

hacerme retroceder cuando vengo á proteger el honor de una dama que tiene siquiera el derecho de ser respetada por V. M.

El rey no supo qué responder. Sorprendido de aquella manera, ni encontraba palabras para su defensa, ni razones para justificar su presencia en aquel lugar. Fijos los ojos en el señor de Córdoba, y recordando la historia de todo lo pasado, se sentia impotente y se consideraba rebajado en su dignidad.

Aquella espada tendida á sus pies le espantaba.

Era la protesta suprema del respeto debido al rey, pero al mismo tiempo la amenaza muda y elocuente del amor ofendido, de la amistad ultrajada.

La situacion era tan difícil, tan insostenible, que despues de las palabras que hemos consignado, ninguno de los autores de aquella escena se atrevió á pronunciar ni un acento siquiera. El rey, sin embargo, veia en la repentina aparicion de don Francisco de Córdoba, de su leal confidente cerca de la reina, algo de providencial, algo de castigo, algo que, en el momento decisivo, venia como la voz de la verdad á despertarle del delirio que lo dominaba.

¿Cómo se encontraba el noble capitan en su presencia? ¿Quién le habia abierto las puertas del palacio? ¿Quién le traia, entre las sombras de la pavorosa noche, para que se interpusiese en su camino?

El rey no podia preveer nada de lo que habia pasado. Sin la experiencia del hombre no comprendia que Carolina escribia á su amiga Adelaida de Spínola la historia de los amores del rey; que comunicaba á D. Francisco de Córdoba los peligros que la amenazaban, que éste, ante el último aviso de su amada, se habia hecho cargo de atravesar el camino de Bribiesca á Búrgos, en aquella noche terrible, y que despues de haber entregado los pliegos que acababa de conducir, habia buscado á Carolina para rendir ante ella la fé inquebrantable de su amor.

Esto tuvo lugar en el instante en que el rey luchaba con el postrer arranque de sus pasiones juveniles; así es que apenas penetró por segunda vez en las habitaciones de Carolina, se encontró con el capitan.

Era preciso romper el silencio que reinaba entre el monarca y el súbdito: el rey exclamó al fin:

—Señor de Córdoba, acabais de darme una leccion elocuente de lo que son mis deberes y de lo que son los vuestros; arrancais la venda de mis ojos, revindicais la dignidad de mi carácter; sin embargo, humillais mi altivez de rey y mi orgullo de hombre. Yo podria encontrar la venganza, yo podria buscar el desagravio, yo podria en fin, responder á vuestras amenazas con el castigo. Pero teneis la razon y el derecho. Me ha sucedido en esto lo que pasa á las mariposas con la luz: he cor-

rido tras el resplandor, sin comprender que podia abrasarse las alas, y ahora que adivino mi locura, ahora que siento el remordimiento, solo me resta decir una cosa.

—¿Qué, señor?

—Si la virtud, la dignidad y la nobleza existen en la tierra, todo ello junto está reunido en Carolina de Sandoval.

Y bajándose con una majestad solemne que imponia, levantó del suelo la espada del señor Córdova, él mismo la colocó en el cinto del caballero y continuó con voz solemne.

—Esta noble espada permanecerá en su sitio para defender á vuestra dama y á vuestro rey. Yó, que comprendo mi falta, la subsano de este modo. Caballero, volveis como siempre á ser el capitan de mis guardias. ¡Ay quien dude del honor de la señorita de Sandoval! Ahora seguidme. Para borrar de una vez el sentimiento culpable de mi corazon, voy á marchar enseguida en busca de mi esposa. Ella, con su amor, con su talento, con su bondad, será la dueña absoluta de mi alma. Es preciso que el sol de la dicha brille para todos.

—¡Señor!—exclamó Córdoba admirado de aquel desenlace.

—Ni una palabra más, caballero. Que solo Dios sepa lo que ha pasado aquí, porque, ya lo veis, Dios humilla la cerviz de los reyes cuando estos faltan á sus deberes.

XIX.

En medio de los pantanos.

La luz de la aurora vino á disipar y romper las tinieblas de aquella noche.

Nadie se habia apercibido de los terribles acontecimientos que habian tenido lugar en el palacio de Búrgos, y ni los mismos cortesanos que rodeaban al rey, pudieron comprender el desenlace de la série de aventuras que acabamos de describir.

Habia terminado la lluvia y el viento, y levantábanse, á manera de cortinajes inmensos, las espesas nieblas de la mañana para dar paso á los primeros rayos del sol, que venian á dar vida y animacion á las desoladas campiñas que se extendian hácia el Norte.

La llegada de D. Francisco de Córdoba, venciendo las grandes dificultades del camino y los numerosos pantanos que se extendian por espacio de más de cuatro leguas de circunferencia,

Aquellos truenos de gritos, de aclamaciones y de aplausos, iban como ráfagas inmensas á estrellarse contra el prolongado convoy de carruajes, furgones, calesas, caballos, sillas de postas y de mano, que seguian detrás de la carroza real.

Esta era tirada por ocho mulas, las cuales iban metidas en agua hasta los pechos, mientras que numerosos exploradores marchaban delante, marcando los puntos más fáciles para que siguiera el convoy real su lenta caminata.

Ocurria á veces que en medio de las grandes dificultades que ofrecia la senda, se detenia ó atascaba algun carruaje, y entónces el resto del convoy que venia detrás, se veia obligado á pararse por el tiempo que duraba el contratiempo, pero el pueblo español, siempre noble y siempre generoso, se lanzaba al agua y con sus multiplicados esfuerzos lograba dominar toda clase de inconvenientes.

La prolongada llanura parecia en aquel instante un extenso plano de color de plomo, con puntos negros en algunos sitios y puntos relucientes y brillantes en otros. Allá, en el fondo, y entre oscuros grupos de árboles, se veia una gran mancha negra, descollando del centro de ella y sobre el blanco fondo del horizonte, la torre de una iglesia. Esta iglesia era la de Quintanapalla.

De tiempo en tiempo resonaba en el espacio el estampido del cañon, el cual anunciaba, ya la salida del rey de la capital de Castilla la Vieja, ya la

aproximacion del mismo y de la expléndida y lujosa comitiva que le acompañaba.

Aquellos sonoros ecos de la guerra, símbolos, en la mañana del 17 de Noviembre de jubilosa alegría, se escuchaban cada vez más perceptibles, respondiendo á ellos con gritos de entusiasmo, los numerosos habitantes de todos los pueblos comarcanos, que llegaban en tropel para saludar á sus reyes.

Aunque la distancia era corta, la marcha de los dos convoyes reales iba cada vez haciéndose más difícil. Aquel improvisado mar, fruto de los grandes temporales del otoño, los estrechaba y oprimia. Aquí y allá ocurrian naufragios aislados, en donde algun furgon quedaba atascado, ó en donde algunos ginetes, careciendo de base para sostenerse, tenian que cruzar á nado con sus cabalgaduras el espacio que los separaba de algun punto seguro y resguardado.

En vez de una marcha triunfal tenia aquello algo de parecido con el paso de los israelitas por el mar Rojo. El coche de la reina iba delante, y detrás de él caminaban por su órden, el de la duquesa de Terranova, el del marqués de Velada y Astorga, el de los duques de Hancourt, el de los marqueses de los Balbases, y luego los de toda aquella numerosa comitiva de grandes, condes, gentiles hombres, camaristas, pages, lacayos, mozos de mulas, escuadrones y representantes de las Provincias Vascongadas y reino de Navarra.

Escusado es decir que D. Fernando de Toledo, montado á caballo, caminaba al lado del coche de los embajadores de España, en donde Adelaida, llena de la más amorosa inquietud, sufria extraordinariamente á causa del estado del camino y del agua que salpicaba sin cesar al valiente caballero.

Diversas veces la marquesa de los Balbases habia suplicado á D. Fernando que entrase en su carruaje ó se retirase á punto más seguro; pero el caballero no habia consentido ni á una cosa ni á otra, y marchaba lleno de alegría, viendo en los ojos de la señorita de Spínola la dulce y cariñosa esperanza del amor, doblemente robustecida con la fé de sus corazones.

Eran las diez de la mañana, y todos confiaban que cesaria muy pronto el estado del camino. Los cañonazos que anunciaban la proximidad del rey se oian cada vez más cerca, y la oscura aldea de Quintanapalla se dibujaba ya en el término de aquel paísaje con sus pequeñas casas y sus tristes arboledas.

Pero de pronto la cabeza del convoy se detuvo; voces alarmantes resonaron en el espacio, algunos ginetes se precipitaron por medio de las aguas, y un clamor inmenso y atronador salió de los espectadores, que en los puntos elevados del camino saludaban á S. M.

—¡La reina! ¡La reina! gritaron multitud de vo-

ces, produciendo una alarma extraordinaria á lo largo del convoy.

Porque en efecto, lo que acababa de pasar era sumamente grave y peligroso. Ostigadas las mulas del coche de S. M., se habian inclinado rápidamente á la derecha, penetrando en una profundidad llena de agua. Próximo el tiro á ser cubierto por las olas, habia hecho un violento esfuerzo buscando de nuevo la base del camino, y por consiguiente, arrastrado el coche donde iba la reina, éste fué á caer de costado en la hondura que, cubierta de agua, no podia adivinarse su profundidad.

Entonces fué cuando resonó el grito alarmante y general en demanda de socorro, que decia:

—¡La reina! ¡La reina!

La jóven esposa de Cárlos II se hallaba expuesta á un peligro eminente. Si el coche volcaba, de seguro que las aguas lo cubririan, y S. M. entonces se hallaria expuesta á perecer sin remedio. Todo auxilio hubiera sido eficaz en aquel momento supremo. Las aguas entraban por las ventanillas de la derecha, y la reina se habia refugiado hácia el costado izquierdo, sacando parte de su cuerpo para evitar el peligro que la amenazaba.

En esta situacion que se habia presentado tan rápida como el relámpago, que acababa de aterrar á la comitiva, que habia esparcido la alarma más espantosa á todo lo largo del convoy, y por último, que producia un espanto inmenso en los espectado-

res que se hallaban en los puntos prominentes del terreno, nadie tenia resolucion al pronto para adoptar una de esas medidas salvadoras que deciden instantáneamente de los peligros más eminentes.

De un momento á otro el coche de la reina podia volcar del todo, este se hundiria debajo del agua, y entonces no habria salvacion posible para su Majestad, pues la misma caja del carruaje le serviria de tumba en aquel tremendo trance.

Mientras un clamor general resonaba por el espacio anunciando la formidable desgracia que todos temian, estallaban en lontananza los cañonazos de aviso, indicando cada vez más la proximidad del real esposo. El contraste era tremendo, tanto más, cuanto toda aquella pompa, toda aquella magnificencia, todo aquel poderío estaba á punto de convertirse en duelo, en llanto y desesperacion.

Pero en medio de la confusion, de la alarma, de los gritos de todos; cuando los escuadrones que iban de vanguardia retrocedian á escape sobre aquel mar en miniatura, pero mar siniestro y traidor, que ocultaba las sinuosidades del terreno; cuando la escolta que iba en torno del coche real se sepultaba en aquellas olas sin poder prestar el auxilio que cada vez era más urgente, vióse avanzar á un caballero solo, montado en un magnífico caballo, el cual, unas veces andando y otras saltando sobre el terreno innundado, se acercó por medio de extraordinarios esfuerzos al coche de S. M.

Un grito unánime de admiracion y de esperanza estalló por todas partes, el cual se convirtió en un aplauso inmenso y atronador luego que todos vieron que el valiente caballero, tomando por los brazos á la reina, la levantó, sacándola del carruaje, y la colocó sobre el arzon de su caballo, que enorgullecido con la régia carga, lanzó un relincho de alegría.

—¡Viva la reina! ¡Viva la reina! gritaron más de veinte mil espectadores, haciendo que aquel clamor de júbilo estallase como un trueno por el espacio.

Pero el peligro no habia pasado aún, puesto que para el salvador de la reina era desconocido el fondo de aquel mar.

Levantábase como á un tiro de fusil del lugar donde acababa de ocurrir el suceso referido, un pequeño altozano que sobresalia como una isla de refugio en medio de aquella gran estension innundada. Sobre la cumbre de esta corta eminencia existia una torre antigua, hundida en parte, coronada por yerbas parietanas, y rodeada de algunos poéticos fragmentos de ruinas, que recordaban los tiempos feudales ó las fortificaciones avanzadas de la época en que Castilla y Navarra tenian sus guerras de algaradas y fronteras.

El caballero que habia salvado á la reina vió aquella isla, verdadero punto de salvacion, y espoleando á su valiente caballo, se dirigió hácia él. El trayecto era difícil, pero el caballero se echó á na-

dar, sobre su caballo, cruzó aquella tiradora superficie, y pronto llegó á la orilla salvadora con la preciosa carga.

Un nuevo grito estalló en el aire, grito de alegría, de entusiasmo, de regocijo. Solo faltaba buscar la comunicacion con aquel punto aislado, y los guias que iban delante se encargaron de ello.

Cuando María Luisa de Borbon se encontró libre del peligro que habia corrido su existencia; cuando se vió en aquel paraje solitario, pero lleno de luz, de sol y de vegetacion; cuando contempló el saludo de todos sus vasallos; cuando oyó el estampido de la artillería que resonaba al otro lado de Quintanapalla, no pudo menos de decir con un acento de infinita gratitud.

—¡Os debo la vida, D. Fernando de Toledo!

Estas palabras encerraban un mundo de sentimientos; eran como el eco dolorido del alma que por un instante se dejaba oir despues de las luchas más oscuras y secretas del corazon.

Descendió del caballo, y D. Fernando, que habia sido el afortunado libertador, hizo lo mismo, se quitó el sombrero y esperó las órdenes de su soberana, la cual tuvo que apoyarse en el brazo del caballero para no sucumbir á las vivas emociones que la dominaban.

Mientras tanto llegaban al islote los estruendosos aplausos de la multitud, los exploradores buscaban los medios para sondear el improvisado lago, y

todo el convoy real se detenia en tanto que llegaba el instante en que la reina volviese á su carroza.

Mas para esto se necesitaba algun tiempo, pues es sabido que en casos de esta naturaleza hay más confusion que órden en las disposiciones que se adoptan.

La reina saludó con su pañuelo blanco á todos los que eran testigos de su salvacion, y mirando á don Fernando exclamó:

—Apénas puedo sostenerme; allí veo unas ruinas y quiero descansar en uno de sus destrozados fragmentos. Seguidme.

Subió María Luisa la pequeña cuesta que la separaba del viejo castillo que hemos descrito anteriormente, y cuando se encontró en lo alto, pareció respirar con más libertad y alegría. Aquellos tristes restos de los tiempos heróicos, tenian un atractivo indefinible para ella. Las aves que revoloteaban en las melladas almenas, las parietanas que pendian como eternos festones de verdura para dar un encanto más poético al muro, el ligero manto de musgo que aparecia entre la escarcha de la madrugada, y luego aquel lago triste y dilatado que se estrellaba á sus pies, eran otros tantos objetos llenos de misteriosa poesía que despertaba todos sus recuerdos, todos sus ligeros sueños de juventud y de vida.

Acaso en el momento mismo en que ella hacia esfuerzos extraordinarios por huir de los encantos

que hubieran sido su más secreto tonedor, se encontraba de repente subyugada y vencida por los mismos. El corazon estaba suspenso, el alma carecia de voluntad para romper el extraño encanto de aquella situacion inesperada.

—¡Dios mio!—exclamó María Luisa, fijando su dulce mirada en D. Fernando;—¿habíamos de vernos en este sitio, cuando yo me creia alejada de vos para siempre?

Las brisas de la mañana, las aves del cielo, la soledad de la naturaleza eran los únicos testigos que podian escuchar las palabras de la reina. ¿Por qué no habia de olvidar su destino por un momento para dejar escapar por la primera y última vez de su vida el secreto más recóndito de su pecho?

Don Fernando á su vez adivinaba aquella situacion solemne y suprema, y temblaba.

—¡Ah, señora,—dijo con profunda emocion;—yo no he hecho otra cosa sino cumplir con un deber sagrado.

—Deber que destroza mi corazon—deber—¿por qué no decirlo?—que en vez de hacerme feliz acaso me haga eternamente desgraciada.

Aquella reina que descendia de las altas esferas de su posicion para convertirse en simple mortal; que era demasiado jóven para ocultar sus más recónditos pensamientos; que sentia una admiracion inmensa más bien que una gratitud infinita hácia el caballero que le acababa de salvar la vida; que

se hallaba en la última hora de su existencia de soltera, y que desde el punto poético donde se encontraba, no solamente escuchaba los repetidos cañonazos de la escolta de su real esposo, sino que veia los brillantes escuadrones que se acercaban al galope para recibirla, sentia un impulso irresistible para espresar en aquel momento, ya los sueños de lo pasado, ya las esperanzas que de allí á breves instantes habian de morir para siempre.

¿Era posible á María Luisa, en los únicos minutos que restaban para volver á las realidades de la vida, ocultar el estado moral de su corazon? No lo era. Se revelaba de repente, no ante el sér á quien habia consagrado oculta adoracion, sino ante Dios que la escuchaba, la comprendia y la perdonaba.

Miró á D. Fernando, y dijo:

—Acabo de deciros que tal vez me hayais hecho desgraciada para siempre. ¡Ah! ¿Por qué no me habeis dejado morir?

—Mil veces, señora, hubiera muerto yo ántes,—contestó D. Fernando, olvidando que desde allí lo miraba Adelaida de Spínola.

Una amarga sonrisa se dibujó en los pálidos lábios de la reina.

—Y sin embargo,—contestó ésta,—es preciso vivir, es necesario ocultar lo que se siente, para mentir con falsas sonrisas y engañar con esterioridades ficticias. ¿Por qué habeis sido vos el que me ha sacado de ese abismo? ¿Por qué habeis apareci-

do como el génio de la salvacion, cuando yo queria hechar un velo fúnebre sobre lo pasado? ¡Ah! Vivian en mi memoria, como viven los sueños de la felicidad, aquellas noches de Fontainebleau, cuando las áuras del bosque y el perfume de las rosas venian á llenar mi alma de dulces ilusiones. ¡Pobre de mí! ¡Pobre flor de lís que llega á marchitarse en el apogeo de su esplendor!

Y no pudiendo la reina contener su llanto, derramó silenciosas lágrimas que hicieron estremecer á D. Fernando.

Este hubiera caido de rodillas si más de treinta mil espectadores, sin comprender el íntimo y profundo drama que allí pasaba, no enviara desde larga distancia sus aplausos, sus vivas y sus exclamaciones.

—¡Ah, señora!—contestó el noble caballero;—hay recuerdos que serán eternos.

—Es cierto, D. Fernando; pero la realidad es efímera y debe morir en estos instantes. Hé aquí por lo que me quejo contra el destino. Mientras toda España tiene fijos sus ojos en esta pobre reina, saludándola como la aurora feliz de un hermoso dia; mientras los mensajeros de la paz llevan por todas partes las nuevas de mi dicha; mientras los pueblos de Europa me consideran como la precursora de la alianza, yo, arrojada por el naufragio, despierto en vuestros brazos, no para vivir, no para gozar, sino para padecer y sentir más de lo que estaba

sintiendo. Dejad á la reina que llore ahora, si es que tiene que ocultar sus lágrimas luego que esté delante de su real esposo; dejad á la mujer que hable por última vez. ¡Oh! demasiado tendré que ocultar en el fondo de mi alma: ¡Oh! demasiado tendré que demandar al cielo en los dias del porvenir.

—¿Y cree V. M. que es la única para sufrir?

—Dejad ese tratamiento, que me hace un daño horrible. Aquí hablan dos séres que se encuentran fuera de las condiciones humanas; aquí nos escucha solamente Dios. Nada hay de las majestades de la tierra en torno nuestro; lo que habia de ese explandor brillante, se ha evaporado ante la tumba de la que acabais de manumitirme. Estamos aún en el imperio de las sombras, y bien puede hablar el corazon aquello que siente, bien puede decir lo que dentro de breves momentos será imposible expresar....

Hizo la reina una pausa, lanzó al caballero una mirada tristísima, mirada empañada por las lágrimas, y prosiguió lentamente:

—Hé aquí, que acabo de deciros el secreto de mi alma; hé aquí, que toda la fé, toda la gratitud y todo el misterio de mi vida queda revelado en este instante. ¡Ah! ¿no habeis visto esos relámpagos inmensos que esclarecen el fondo infinito de los cielos? Hé aquí uno, D. Fernando. Os descubro el abismo de la tempestad. Ahora,—no queda sino un soplo de tiempo;—se acercan á nosotros los que

vienen á buscar á la reina de España, y la mujer tendrá que cubrir la profundidad de sus dolores con ese manto y esa corona que pueden ser,—¡ay de mí! un nuevo manto de irrision y una nueva corona de espinas.—Ahora, repito, no digais jamás lo que vais á oir.

—¡Señora!... ¡reina mia!—exclamó fascinado el caballero.

—Ni una palabra... porque ya vienen. Volvemos á la vida y la reina tendrá que ser reina, porque así lo manda la fuerza inexorable de su deber y de su destino. Queda un momento.... nada más que un momento; oidme: Si alguna vez hablais con los vientos, con las aves, con las nubes, preguntadle por el corazon de una mujer que les comunicó sus delirios allá en los jardines de su pátria; hoy por un arcano de la suerte esas mismas nubes, esas mismas aves, esos mismos vientos, escuchan estas palabras que se arrancan del alma. ¡Oh! ya os responderán como el eco del dolor y de la desesperacion.

Y mirando al cielo como un nuevo consuelo, prosiguió:

—¿Qué más debo deciros? Nada. Adios, instante supremo; adios, esperanza fugitiva; adios, sueño de felicidad; adios, para siempre.

Enjugó sus lágrimas, levantó altivamente la cabeza, se sonrió de una manera terrible y prosiguió con un acento glacial y soberano:

—Acaba de llegar á este islote mi comitiva: ved á la duquesa de Terranova, al marqués de Velada, al embajador de Francia, al marqués de los Balbases que vienen hácia mí. El pueblo victorea frenéticamente á la reina: retumba de más cerca el estruendo que anuncia la proximidad de mi esposo: el sol nos manda sus rayos: vuelvo á la vida entre los aplausos de todos... ¡Oh! D. Fernando: ya veis cuan dichosa soy, pero... ¡me muero!

Esta última palabra era el acento desesperado de la mujer enamorada.

Don Fernando se extremeció.

Instantes despues llegaba la comitiva régia al lado de su augusta soberana, y un griterío inmenso, un nuevo grito de júbilo y de felicidad, ahogó el estampido de la artillería y llevó hasta Cárlos II este clamor de entusiasmo:

—¡Viva la reina!

CONCLUSION.

En el que al fin y al cabo se llegan á reunir los reyes de España.

¡Triste destino el de aquellos jóvenes monarcas que representaban la paz y la alianza de dos pueblos rivales! Las célebres bodas que con tan inusitado lujo acababan de verificarse, habian de tener su complemento en una oscura y triste aldea de Castilla la Vieja. Las *glorias de Quintanapalla*, como entonces se dijo, fueron bien desgraciadas.

Salvada la reina, y vuelta ésta á su carroza, todo el inmenso convoy real prosiguió su marcha hácia la oscura poblacion que hemos nombrado. Un cuarto de legua más allá terminaban los pantanos, y allí esperaba la espléndida y brillante córte que venia de Madrid.

Los duques de Osuna y de Medinaceli, el primero como caballerizo mayor, y el segundo como regidor perpétuo de la ciudad de Búrgos, fueron los primeros que se presentaron á su soberana.

Un poco más atrás avanzaba el coche donde venia el rey de España para recibir á su egregia esposa.

Los que fueron testigos de la primera entrevista de los reyes, refieren detalles y circunstancias dignas de ser consignadas en la historia que de estas bodas reales vamos haciendo.

Habíase advertido que el rey parecia triste durante aquella mañana, pero cuando descubrió la carroza donde venia María Luisa de Borbon, mandó parar la suya y hechó pié á tierra. Toda la timidez del jóven monarca habia desaparecido, y nunca se presentó ni más gallardo ni más dueño de sí mismo. Bien es cierto que latia su corazon de una manera violentísima.

Cárlos II iba á olvidar los tormentos pasados por la dicha presente, y era necesario vencerse á sí mismo, dominando por completo los recuerdos de su corazon. Avanzó algunos pasos y por su propia mano abrió la portezuela de la carroza donde venia María Luisa de Borbon.

Por uno de esos efectos de asombro y entusiasmo, enmudeció en aquel instante la voz del bronce guerrero y el acento del pueblo entusiasmado.

—¡Señor!—exclamó la reina descendiendo del carruaje y haciendo una de aquellas reverencias que constituian el saludo más difícil de la córte de Francia.

Cárlos, por toda contestacion, estrechó trému-

lamente la helada mano de su esposa, como si quisiera encontrar en ella la fé conyugal que habia principiado á faltarle.

Por su parte María Luisa cerró los ojos pidiendo fuerzas al cielo para ser digna del afecto que creia inspirar.

¿Era posible comprender lo que pasaba en el fondo de aquellos corazones en el apetecido instante en que la pareja real se saludaba tal vez con forzadas demostraciones de regocijo? Nó.

Pero Cárlos II y María Luisa de Borbon se veian por vez primera. En medio de aquella campiña desolada, delante de una humilde aldéa, teniendo en torno suyo á toda la nobleza de Castilla, se complementaba aquel matrimonio que habia servido de alianza, de intriga y de recelos europeos, viniendo á encontrar un desenlace singular á impulso de las tempestades del próximo invierno.

Algo de supremo, algo de extraordinario pasó por los ojos de los dos jóvenes esposos que, sin saber cómo, principiaban á sentir los dolores de la vida á la hora de la felicidad, pero aquella sombra, aquella tiniebla del alma se disipó con estas palabras del rey:

—¡Ah! señora, este es el dia más dichoso de mi vida.

Respondió á las palabras de Cárlos II, el grito alegre y entusiasta de toda la córte y del pueblo que estaba á mayor distancia, y media hora des-

pues la pareja real entraba en Quintanapalla, seguida de la grandeza y de aquellos que habian podido salir de los pantanos, en donde quedaba atascado y detenido el convoy real.

Pensóse por un momento seguir á Búrgos, pero el estado del camino no lo permitia, y el rey queria que se celebrase al momento la solemne ratificacion del matrimonio, por muy extraño que fuera el que dicha ratificacion se hiciese en una triste y solitaria aldea, sin el aparato y ostentacion que era consiguiente á las dos casas más poderosas que entónces se disputaban el dominio de la Europa.

En efecto, en la mejor casa del pueblo, la única que tenia un balconcillo que daba luz á una sala despoblada de adornos, se levantó un altar portátil, y el patriarca de las Indias, D. Antonio de Benavides y Bazan, bendijo la uñion de aquellos dos jóvenes soberanos.

¡Triste boda por cierto, que hubiera producido honda sensacion en todos los ánimos, si el entusiasmo no hubiera borrado lo feo del lugar, lo triste de la estacion y lo violento de las circunstancias!

La boda se verificó delante del Condestable de Castilla, de los duques de Medinaceli, Osuna, Uceda y Hancourt, de los condes de Oropesa, Arcos, Talara y Altamira, del marqués de los Balbases, de D. Antonio y de D. Fernando de Toledo, de D. Pedro de Leiva, de D. Francisco de Córdoba, de los duques de Sexto y de San Pedro y de toda la

alta servidumbre que seguia á las dos córtes.

Como era imposible que todos cupieran en local tan reducido, muy pocos fueron los que estudiaron en el aspecto de los régios esposos las sensaciones que pasaban en el fondo de sus almas.

Hay dos relaciones que se escribieron por testigos personales de aquel extraño matrimonio: es la una, una carta escrita en Búrgos el 22 de Noviembre, carta *muy puntual y verdadera de lo sucedido*, segun su autor, y es la otra un relato que con el título de *Dichas de Quintanapalla y Glorias de Búrgos*, refiere los pormenores de aquellas bodas.

La primera dice, que en el intérvalo que medió desde la llegada á la aldea hasta la hora del matrimonio, se vistieron los reyes para este acto; «así es, que al verse de nuevo, en ámbos hubo que batallar la admiracion gustosamente halagüeña, así en la hermosura de la reina como en lo perfecto del rey. Saludáronse con cariñosos semblantes, no sólo al resplandor de sus peregrinas prendas, sino al de los diamantes de los vestidos de ambos, en ricas telas y admirables bordados, á la francesa la reina, y el rey á la española.»

Terminado el matrimonio, la reina se asomó al balconcillo de la casa con el rey, casa que fué entónces *breve concha de la mejor perla*.

El pueblo, que por todas partes acudia en tropel, saludó á la régia desposada con frenéticos vivas é incesantes aplausos.

Acto seguido, hubo un besamanos, en donde toda la grandeza española y parte del pueblo á quien era imposible contener, se inclinaron ante los jóvenes monarcas.

Las damas todas se hallaban estrechamente apretadas detrás de María Luisa de Borbon.

Cuando se presentaron entre los demás personajes de la córte D. Fernando de Toledo y D. Francisco de Córdoba, el rey les dijo con acento conmovido:

—En el dia de mi felicidad, quiero que sean tambien felices mis más leales vasallos. Estos dos caballeros, capitanes de mi guardia, se han hecho acreedores por sus servicios á toda mi consideracion. Me consta que el señor de Toledo ama á la señorita Adelaida de Spínola; del mismo modo me consta que igualmente D. Francisco de Córdoba adora á la señorita de Sandobal, y seria egoista si mis fieles amigos no gozáran tanto como yo en este momento.

Al pronunciar el rey estas palabras, se puso pálido como un cadáver, y todos advirtieron que una palidez igual habia aparecido en el semblante de la reina.

El rey hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y prosiguió en medio del silencio general:

—Señores marqueses de los Balbases, señores duques de San Pedro, vosotros, que representais los derechos de las dos señoritas que he nom-

brado, ¿teneis algo que oponer á mis deseos?

Entónces salieron del círculo de cortesanos las personas nombradas, y contestaron que el más alto honor, la más señalada muestra de sumision que ellos podian dar, era acceder á lo dicho por el rey.

—¡Ah! en ese caso, y á nuestra llegada á Búrgos, los reyes de España serán los padrinos de esas dos bodas,—contestó Cárlos II.

¿Escuchaba la reina estas palabras? ¿Experimentaba el rey dolor más bien que alegría al otorgar aquella gracia entre las muchas que estaba dispuesto á dispensar á su numerosa servidumbre?

Hay abismos en donde no puede penetrar ni la razon ni el pensamiento.

El rey se volvió hacia su esposa, y mirándola con respetuoso cariño, prosiguió:

—Es preciso que sean felices todos los que nos rodean. ¿Nó opinais del mismo modo?

María Luisa abrió los lábios para responder, pero sus ojos se fijaron en la hermosa Adelaida de Spínola que estaba llena de rubor, y entónces inclinó la cabeza en señal afirmativa.

Terminado el besamanos, el mayordomo mayor, marqués de Velada y Astorga, dispuso un banquete para que comiesen SS. MM. Para que todo tuviera un carácter original y sombrío en aquellas bodas, habia ocurrido un nuevo contratiempo. Las galeras y furgones donde venia perfectamente preparado todo el servicio de boca de la real casa,

habian quedado atascados en medio del camino, y el mayordomo mayor se encontró en el más terrible aprieto, puesto que se hallaba sin los alimentos necesarios para llenar cumplidamente su deber y preparar una mesa cual correspondia á lo solemne de las circunstancias.

Al decir de uno de los testigos presenciales, el bueno del marqués hizo maravillas, «*tanto, que lo que se pudo suponer no pasaria de una olla de aldea*, fué verdadero convite de bodas *en donde nada faltó.*»

No esplican los testigos de este acontecimiento cómo se efectuó este milagro, pero los reyes se sentaron á la mesa y apenas comieron: la reina, cada vez más pálida, hacia esfuerzos por sonreirse, hasta que al fin de aquel estraño festin de bodas dijo á su augusto esposo:

—¡Ay, Dios mio! me duele horriblemente la cabeza.

Entonces se levantó Cárlos, y en vez de disponer que la espedicion continuase á Búrgos, ordenó que la reina se acostase para descansar.

Acto seguido, dispuso que toda la comida se repartiese entre la córte y la servidumbre, pues la escasez de víveres era cada vez mayor, á causa del retraso del convoy.

La reina se vió combatida por un fuerte ataque de jaqueca que la tuvo dos dias en cama; de manera que hasta el 19 de Noviembre no fué posible emprender el viaje á Búrgos.

Dejamos al espíritu analítico de nuestros lectores la causa moral y material del repentino padecimiento de la reina. Pero el dia 19 ésta se levantó alegre y feliz; el rey parecia dominado de la mayor satisfaccion; Quintanapalla estaba *llena de dichas*, si hemos de valernos de la frase del escritor anónimo que nos ha dejado todos los curiosos detalles que vamos exponiendo, y toda la córte no sabia cómo enaltecer las admirables dotes de su nueva soberana.

Respecto del mayordomo mayor, marqués de Velada y Astorga, estaba contentísimo á causa de tener ya á sus órdenes el convoy de víveres que tan malos ratos le habia hecho pasar.

En aquella expléndida mañana del 19, el sol resplandecia con más fuerza; los campos se hallaban brillantes y magníficos; el camino se habia compuesto; los soberbios escuadrones de guardias se presentaban con sus lujosos y bellos uniformes y los cañones volvieron á atronar el espacio con sus estampidos.

Los reyes de España, unidos ya para siempre, olvidando los tormentos pasados, felices en medio de aquellas lúgubres bodas que predecian algo de siniestro para el porvenir, entraron de incógnito en Búrgos aquel mismo dia, é hicieron el 20 su entrada solemne en la novilísima capital, dirigiéndose primero al histórico monasterio de los Huelgas, y despues á rendir un homenage de sumision y de

gratitud al Dios que manda en los reyes y en los pueblos.

Habíase dispuesto todo de antemano, y la oferta de Cárlos II debia cumplirse. Despues de la adoracion hecha por SS. MM., en la catedral, los marqueses de los Balbases y los duques de San Pedro, presentaron respectivamente á Carolina de Sandoval y á Adelaida de Spínola, las cuales, vestidas con trages blancos de desposadas, calleron de rodillas, dominadas por las más dulces emociones.

Los duques de Medinaceli y de Osuna, presentaron á D. Fernando de Toledo y á D. Francisco de Córdoba, y algun tiempo despues se verificaba aquella doble boda, en donde los reyes de España fueron los padrinos.

Cuando Carolina y Adelaida saludaron á la reina, ésta dijo con acento que parecia salir del alma:

—Sed felices, que el cielo os colme de dicha, y si la gratitud y el amor residen en vuestras almas, pedid al cielo iguales dones para la reina de España.

Tal fué el término de las Bodas Reales que han dado asunto al libro que acabamos de escribir.

Réstanos decir la última palabra.

Mientras el rey se dirigia á Madrid con su real esposa, Carolina y Adelaida partian hácia Italia con los señores de Córdoba y Toledo.

Iban á buscar la dicha y la paz del corazon bajo el puro cielo del golfo de Nápoles.

FIN.

BIBLIOTECA ILUSTRADA

BAJO LA DIRECCION DE

D. TORCUATO TÁRRAGO Y MATEO

IMPORTANTÍSIMO.

Para adquirir esta obra, y cualquiera otra que proceda de la misma casa, por el correo y franca porte, se remitirá el precio marcado en libranzas á Manuel Martinez, Meson de Paredes, 100, Madrid.

Las BODAS REALES se vende al precio de

CUATRO REALES EN TODA ESPAÑA.

Deseosa esta casa de dar la mayor variedad posi á la BIBLIOTECA ILUSTRADA de que es propietaria, seg rá publicando una novela cada mes.

OBRA EN PRENSA.

LA NIÑA DE LAS FLORES

de Paul de Kock.

OBRAS EN VENTA.

LA CADENA DEL DESTINO, por D. T. Tárrago, 1 *tomo*.....	4
EL PARAISO PERDIDO, por Milton, 1 *tomo*.....	16
PINTURA DEL AMOR CONYUGAL, por Venette, 1 *tomo*.....	12
EXTRAVÍOS SECRETOS ú ONANISMO SOLITARIO, por Peratoner, 1 *tomo*.....	12
ESTUDIOS PERICIALES, útil para arquitectos, agrimensores, etc., 1 *tomo*.....	40

NOTA. Esta casa abona el **35** por **100** en los pedi de más de seis ejemplares y remitan su importe adelant

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: August 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 825 702 5